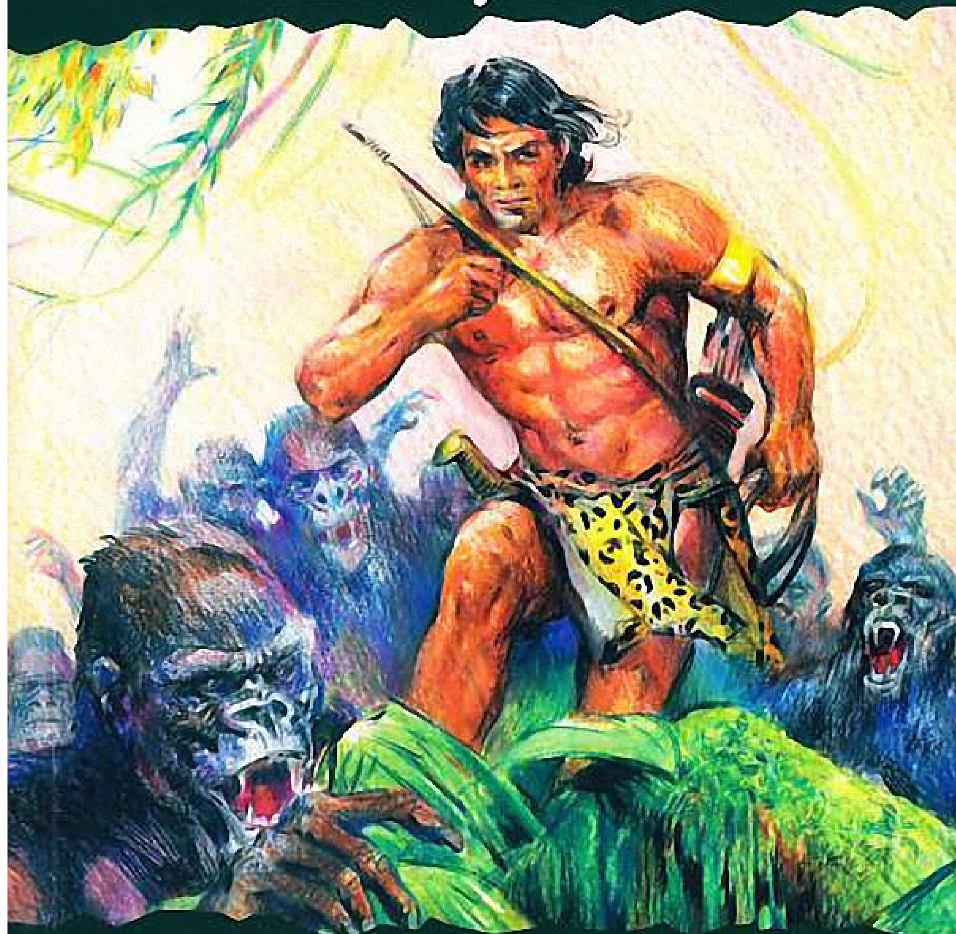
Tarzan®

EDGAR RICE BURROUGHS

Tarzán y el loco



El sonido de los tambores suena en la selva y en las sabanas declarando a Tarzán un temible enemigo que, no solo está esclavizando a mujeres y ha raptado a la hija de un millonario inglés, que ha puesto precio a su cabeza, sino que se ha investido a sí mismo como un nuevo dios.

Ni que decir tiene que estas criminales acciones no las ha llevado a cabo Tarzán sino un miserable impostor, pero no será tarea fácil poner las cosas en claro, y mucho menos rescatar a la desdichada Sandra Pickerall.



Edgar Rice Burroughs

Tarzán y el loco

Tarzán - 23

ePub r1.0

Titivillus 27.12.15

Título original: *Tarzan and the Madman*
Edgar Rice Burroughs, 1964
Traducción: Carme Camps

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



I
Amigos o enemigos

El hombre tiene cinco sentidos, algunos de los cuales están más o menos desarrollados, y otros más o menos atrofiados. Las bestias poseen estos mismos sentidos, y siempre uno y a veces dos de ellos están desarrollados hasta un punto que el hombre civilizado no puede concebir. Estos dos sentidos son el del olfato y el del oído. La vista de las aves es fenomenal, pero la de muchas bestias resulta escasa. Su perro invariablemente comprueba lo que ven sus ojos acercándose a usted y oliéndole. Sabe que sus ojos podrían engañarle, pero su olfato, jamás.

Y las bestias al parecer poseen otro sentido, desconocido para el hombre. Nadie sabe lo que es, pero muchos hemos visto demostraciones de ello en un momento u otro a lo largo de nuestra vida: de pronto a un perro se le eriza el pelo y se pone gruñir por la noche, mirando intensamente con ojos relucientes y temerosos algo que usted no ve. Hay quien sostiene que los perros pueden ver espíritus desencarnados, o al menos percibir su presencia.

Tarzán de los Monos poseía los cinco sentidos que comparten los hombres y las bestias, y todos los tenía mucho más desarrollados que un hombre corriente. Además, estaba dotado de ese otro extraño sentido del que he hablado. No se podía definir. Incluso es posible que él no fuera consciente de que lo poseía. Pero ahora, mientras avanzaba con cautela por un sendero de la jungla, tuvo el presentimiento de que le estaban siguiendo: el cazador estaba siendo cazado. Ninguno de sus sentidos objetivos verificó la conclusión, pero el hombre mono no podía quitarse de encima esta convicción.

Así que entonces avanzó todavía con más cautela, pues el

instinto de precaución que posee la bestia salvaje le advirtió de que no hiciera caso omiso del presagio. No era el miedo lo que le impulsaba, pues él no conocía el miedo como usted o como yo. Él no temía a la muerte, con la que se había visto cara a cara tan a menudo. Simplemente, lo que de un modo más o menos inconsciente le hacía actuar era la primera ley de la Naturaleza: la autoconservación. Igual que el perro que percibe la presencia de un fantasma por la noche, él sentía que fuera lo que fuere aquello que había afectado a su consciencia era mucho más maligno que beneficioso.

Tarzán tenía muchos enemigos. Estaban sus enemigos naturales, como *Numa*, el león, y *Sheeta*, la pantera. Estos los había tenido siempre, desde el día en que nació en la solitaria cabaña de la lejana Costa Oeste. Había aprendido de ellos incluso mientras chupaba el peludo pecho de su madre adoptiva: *Kala*, la gran simia. Había aprendido a evitarlos, pero nunca a temerlos; y había aprendido a molestarlos y fastidiarlos.

Pero sus peores enemigos eran los hombres —hombres a los que tenía que castigar por sus transgresiones— nativos africanos y hombres blancos, *gomangani* y *tarmangani* en el lenguaje de su gente fiera y peluda.

Admiraba a *Numa* y a *Sheeta*: su mundo habría sido desolado sin ellos; pero por los hombres que eran sus enemigos solo sentía desprecio. No les odiaba. El odio era algo que ellos albergaban en su pequeño y pervertido cerebro. No era para el Señor de la Jungla.

Nada que se salga de lo corriente puede pasar inadvertido o no ser investigado por la bestia salvaje que sobrevivirá; y por eso Tarzán se subió a los árboles y volvió sobre sus pasos, siguiendo el impulso de suponer de forma natural que si le estaban acechando, el acechador le había estado siguiendo por detrás.

A medida que iba saltando de árbol en árbol a favor del viento, siguiendo la terraza media donde las ramas más bajas le ocultarían mejor a los ojos del enemigo que estaba en el suelo, se dio cuenta de que la dirección del viento transportaría el rastro de olor que él desprendía y que debía depender por entero de sus oídos para tener la primera información de la presencia de un enemigo. Empezó a sentirse un poco tonto cuando los ruidos corrientes de la jungla se quebraban por cualquier otro que pudiera sugerir una amenaza para

él. Empezó a compararse con *Wappi*, el antílope, que es receloso y temeroso de todo. Y al fin estuvo en el punto en el que su aguzado oído detectó un ruido que no era de la primitiva jungla. Era el tintineo que produce el metal cuando choca con otro metal, y le llegó débilmente de lejos.

Ahora su avance tenía una finalidad y un destino, y se movía con más rapidez aunque en silencio en la dirección de donde le había llegado el sonido. Este que había oído indicaba que se trataba de hombres, pues los habitantes salvajes de la jungla no hacen chocar metal contra metal. En ese momento oyó otros sonidos, los pasos ahogados de pies enfundados en botas, una tos y luego, muy débilmente, voces.

Entonces gjró a la izquierda y dio un amplio rodeo para dar la vuelta a su presa y acercarse a ella por detrás y de cara al viento, con el fin de poder determinar su fuerza y composición antes de arriesgarse a que le vieran. Bordeó un claro que había junto a un río y después llegó a una posición a la que *Usha*, el viento, llevó el rastro de olor de un grupo de negros y blancos. Tarzán calculó que habría unos veinte o treinta hombres, entre los cuales no habría más de dos o tres blancos.

Cuando estuvieron al alcance de su vista, ya habían llegado al claro junto al río y se estaban preparando para montar el campamento. Había dos hombres blancos y una veintena, o más, de negros. Podría tratarse de un inofensivo grupo de caza, pero la premonición de Tarzán le hizo permanecer alerta. Oculto en el follaje de un árbol, observaba. Más tarde, cuando fuera oscuro, se acercaría más y escucharía, pues no podía hacer caso omiso de lo que su extraño sentido le había advertido.

Después llegó a sus oídos otro ruido, procedente del río: el chapoteo de unos remos en el agua. Tarzán se acomodó para aguardar. Tal vez venían nativos amistosos, tal vez hostiles; porque en aquella parte de la jungla aún había tribus salvajes.

Los hombres que estaban abajo no daban muestras de ser conscientes de que se aproximaban las canoas, cuyo ruido era evidente para el hombre mono. Incluso cuando hubo cuatro canoas al alcance de la vista en el río, los hombres del campamento no las vieron. Tarzán se preguntó cómo lograban sobrevivir aquellas estúpidas criaturas. Nunca esperaba nada mejor de los hombres

blancos, pero le parecía que los nativos tenían que haberse dado cuenta hacía rato de que se aproximaban extraños.

Tarzán vio que había dos hombres blancos en la canoa que iba a la cabeza, e incluso de lejos percibió algo familiar en una de ellas. Entonces uno de los negros del campamento se percató de la presencia de los recién llegados y se puso a gritar para llamar la atención de sus compañeros. Al mismo tiempo los ocupantes de la canoa que iba a la cabeza vieron el grupo que se encontraba en la playa y, cambiando de dirección, condujeron a las demás hacia el campamento. Los dos hombres blancos, acompañados por algunos askaris, bajaron a recibirles; y luego, tras una conversación que Tarzán no pudo oír, las cuatro canoas fueron arrastradas a la orilla y los recién llegados se prepararon para montar un campamento al lado del otro grupo.

II
Los dos safaris

Cuando los dos hombres blancos bajaron de la canoa, su aparición no impresionó mucho a Pelham Dutton. Tenían un aspecto duro y siniestro, pero les saludó con cordialidad.

Bill Gantry, el guía y cazador de Dutton, avanzó hacia uno de los hombres tendiéndole la mano.

—Hola, Tom. Hace tiempo que no nos vemos. —Entonces se volvió a Dutton—. Este es Tom Crump, Mr. Dutton; lleva muchos años por estos alrededores.

Crump hizo un gesto de asentimiento con expresión arisca.

—Este es Minsky —dijo, señalando a su compañero.

Desde un árbol situado en el borde del claro, Tarzán reconoció a Crump como un notorio cazador de marfil al que había echado del país un par de años atrás. Le tenía por un hombre peligroso y un sinvergüenza, y era buscado por las autoridades de al menos dos países. A los otros tres hombres, Dutton, Gantry y Minsky, no les había visto nunca. Dutton causó buena impresión al hombre mono. Gantry no le causó ninguna impresión en absoluto; pero mentalmente catalogó a Ivan Minsky como del mismo tipo que Crump.

Crump y Minsky estuvieron un rato ocupados, dirigiendo la descarga de las canoas y montando el campamento. Dutton había vuelto al suyo, pero Gantry se quedó con los recién llegados.

Cuando Crump estuvo libre se volvió hacia Gantry.

—¿Qué haces aquí, Bill? —preguntó; luego señaló con la cabeza hacia Dutton, que estaba de pie fuera de la tienda—. ¿Quién es ese tipo, la ley?

Era evidente que estaba bastante nervioso y recelaba.

—No tienes que preocuparte por él —dijo Gantry, para tranquilizarle—. Ni siquiera es británico. Es americano.

—¿Está cazando? —preguntó Crump.

—Lo estábamos —respondió Gantry—. Yo era el guía y cazador de este tal Dutton y de un viejo rico llamado Timothy Pickerall; ya sabes, de
Pickerall's
Ale. Es de Edimburgo, creo. Bueno, el viejo ha traído a su hija Sandra con él. Un día, un tipo alto y fornido entra en el campamento vestido solo con un taparrabos. Es un tipo corpulento y bien parecido. Dijo que se llamaba Tarzán de los Monos. ¿Alguna vez has oído hablar de él?

Crump hizo una mueca.

—Ya lo creo —dijo—. Es un canalla. Me echó de una buena reserva de elefantes hace dos años.

—Bueno, parece que la hija de Pickerall y su viejo habían oído hablar de este tal Tarzán. Dijeron que era una especie de lord o duque o algo así, y le trataban como a un hermano al que no hubieran visto desde hacía tiempo. Y un día van a cazar, y la chica sale sola con este tal Tarzán, y jamás regresaron; creímos que les habían matado o les había ocurrido algo, y les buscamos durante una semana hasta que nos tropezamos con un nativo que les había visto. Explicó que este tal Tarzán llevaba a la chica con las manos ligadas a la espalda y la arrastraba con una cuerda atada al cuello; entonces supimos que la habían secuestrado. Así que al viejo Pickerall le da un ataque al corazón y está a punto de diñarla, y este tal Dutton le dice que él la encontrará aunque sea lo último que haga en la Tierra, porque el tipo está enamorado de la hija de Pickerall. Entonces el viejo asegura que dará una recompensa de mil libras al que le devuelva a su hija sana y salva, y quinientas libras por Tarzán vivo o muerto. El viejo también quería ir, pero debido al estado de su corazón no se atrevió. Por eso estamos aquí; Y tú no tienes que preocuparte por nada.

—O sea que te gustaría encontrar a este tal Tarzán, ¿no? —preguntó Crump.

—Por supuesto.

—Bueno, yo también. Tengo una cuenta pendiente con él, y con quinientas libras por su cabeza valdrá la pena que dedique un poco

de tiempo a este asunto; y yo soy el tipo indicado para dar con él.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Gantry.

—Bueno, acabo de estar en la región salvaje de los waruturis, con intención de comerciar un poco. Son mala gente, esos waruturis; caníbales y eso, pero me llevo bien con el viejo Mutimbwa, su jefe. En una ocasión le hice un favor, y siempre le llevo muchos regalos. Y mientras estuve allí, me hablaron de un hombre blanco desnudo que había robado a muchas de sus mujeres y niñas. Dicen que vive más allá del gran bosque de espinos que crece en la falda de los montes Ruturi. Es una mala zona. No creo que ningún blanco haya estado jamás allí; pero los nativos le dan un nombre siniestro.

»Una vez algunos waruturis siguieron a este tipo, y saben muy bien dónde se esconde; pero al llegar más allá del bosque de espinos, les entró miedo y dieron media vuelta, porque toda esa zona de allí es tabú. —Crump se quedó callado unos instantes; luego agregó—: Creo que me uniré a vosotros para ayudaros a encontrar a la muchacha y a ese tal Tarzán.

—Te gustaría echarle el guante a tu viejo amigo Tarzán, ¿no? —dijo Gantry.

—Y a las mil quinientas libras —añadió Crump.

—Nada de eso —replicó Gantry—. Esas son mías.

Crump sonrió con una mueca.

—El mismo Gantry de siempre —comentó—. Pero esta vez te tengo cogido de los pelos. Puedo ir solo, porque conozco el camino; y si tratas de seguirme, acabarás en las ollas de los waruturis. Lo único que tengo que hacer es decirles que vas a ir y te estarán esperando con astillas de bambú envenenadas en todos los senderos. La única razón por la que te llevo conmigo es porque, cuantas más armas tengamos, más posibilidades tendremos.

—De acuerdo —aceptó Gantry—. Tú ganas. De todos modos, solo bromeaba.

—¿Dutton se lleva una parte? —preguntó Crump.

—No, lo hace porque está enamorado de la chica. De todos modos, cuenta con montones de dinero falso.

—Tendremos que meter a Minsky.

—¡Ni hablar! —exclamó Gantry.

—Espera un momento, Bill —dijo Crump—. Él y yo nos lo

repartimos todo a medias. Además, es bueno tenerle como amigo; pero vigila si no le caes bien. Le gusta más de la cuenta apretar el gatillo. Será mejor que te lleves bien con él.

—Eres el mismo viejo aprovechado de siempre —repuso Gantry, indignado.

—Prefiero ser un aprovechado que el blanco de una bala —replicó Crump, con una mirada cargada de intención.

El breve crepúsculo ecuatorial había pasado y la oscuridad había caído sobre el campamento mientras los hombres blancos terminaban su comida de la noche. Los negros estaban sentados en cuclillas alrededor de sus pequeñas fogatas para cocinar mientras preparaban una fogata más grande para que los grandes felinos no se acercaran. Los ruidos nocturnos de la jungla hacían de la selva un lugar misterioso, y Pelham Dutton los percibía vivamente. Para los otros blancos, muy acostumbrados a ellos, así como para los nativos, para quienes constituía una experiencia de toda la vida, este diapasón de la selva virgen ahogado por la distancia no les producía ninguna reacción: el crujido de una rama que caía a lo lejos, los grillos, la estridente llamada de las cigarras, el coro perpetuo de las ranas y el triste grito del lémur a su compañera, y, muy a lo lejos, el rugido de un león.

Dutton se estremeció; pensaba que en algún lugar de aquel espantoso mundo de tinieblas y ferocidad y misterio se encontraba en las garras de un enemigo la muchacha a la que amaba. Ojalá le hubiera dicho que la amaba. Nunca se lo había dicho, y ahora sabía que no se había dado cuenta de ello hasta que se la habían arrebatado. Durante la cena, Crump le contó lo que había oído referir en la región de los waruturis: que ninguna mujer que el hombre mono hubiese robado, como así le había llamado Crump, había regresado jamás. La débil esperanza de Dutton se reanimó un poco cuando Crump aseguró que podía llevarles a la guarida del secuestrador, y Dutton trató de consolarse pensando que si no podía rescatarla, al menos podría vengarse.

La fogata para las fieras estaba encendida, y ahora las llamas se elevaban iluminando todo el campamento. De pronto un negro lanzó un grito de asombro y alarma, y cuando los blancos levantaron la vista vieron a un gigante bronceado, desnudo salvo por un taparrabos, que se acercaba lentamente.

Crump se puso en pie de un salto.

—Es el maldito hombre mono en persona —exclamó; y, sacando su pistola, disparó a quemarropa a Tarzán.

III
Perseguido

El disparo de Crump se perdió en el aire y, tan instantáneas son las reacciones de Tarzán, que dio la impresión de que casi simultáneamente una flecha atravesaba el hombro derecho de Crump y el brazo con cuya mano sostenía la pistola quedó inutilizado.

El incidente había sido tan repentino y terminó tan deprisa que por un momento todo el campamento quedó sumido en la confusión; y en aquel instante, Tarzán se fundió en la negrura de la jungla.

—¡Tú, imbécil! —gritó Dutton a Crump—. Venía al campamento. Habríamos podido interrogarle. —Y entonces alzó la voz y gritó—: ¡Tarzán, Tarzán, vuelve! Te doy mi palabra de que no te haremos daño. ¿Dónde está *miss* Pickerall? Vuelve y dínoslo.

Tarzán oyó la pregunta, pero para él no tenía sentido y no regresó. No deseaba que Crump volviera a dispararle, pues estaba seguro de que le había disparado solo por razones personales de venganza. Aquella noche se tumbó en un árbol preguntándose antes de quedarse dormido quién sería *miss* Pickerall y por qué alguien creía que él conocía su paradero.

A primera hora de la mañana siguió a un pequeño ciervo y lo mató. En cuclillas a su lado, se llenó el estómago mientras *Dango,* la hiena, y *Ungo,* el chacal, daban vueltas alrededor de él con envidia, esperando las sobras.

Más tarde se dio cuenta de que tenía a un grupo de nativos delante de él, pero se hallaba en territorio amistoso en el que no había nativos hostiles hacia el hombre mono. Lo había recorrido durante años y sabía que los nativos le consideraban como amigo y

protector; por eso iba con menos cautela de lo habitual, pues no pensaba en el peligro hasta que una flecha pasó volando junto a él procedente de una emboscada tan cercana que sintió el aire que produjo a su paso.

Si matara o hiriera usted a una bestia salvaje le costaría ver si su primer proyectil le ha dado o no. Poco antes de que su atacante pudiera determinar si su puntería había sido certera, Tarzán había saltado a las terrazas inferiores de la jungla y desaparecido.

Dando un gran rodeo Tarzán trazó un círculo y regresó, con cautela, por la terraza media, para conocer la identidad de su atacante; y entonces se tropezó con unos veinte guerreros apiñados y padeciendo un ataque de terror.

—No le has dado —estaba diciendo uno de ellos—, y vendrá y se vengará de nosotros.

—Hemos sido unos idiotas —dijo otro—. Deberíamos haber esperado a que viniera a nuestra aldea. Allí le habríamos tratado como a un amigo; y después, cuando hubiera bajado la guardia, le habríamos atacado y atado.

—No me gusta nada todo esto —dijo un tercero—. Tarzán de los Monos me da miedo.

—Pero la recompensa es muy grande —insistió otro—. Dicen que es tan grande que con ella se podrían comprar un centenar de esposas para cada hombre de la aldea, y vacas y cabras y gallinas en un número jamás visto.

Todo esto desconcertaba al hombre mono, y decidió resolver el misterio antes de seguir adelante.

Sabía dónde se hallaba la aldea de aquellos hombres negros, y cuando se hizo de noche se aproximó a ella y se tumbó en un árbol cercano. Tarzán conocía las costumbres de aquella gente, y sabía que como era una noche tranquila, sin baile ni bebida, pronto estarían todos en sus cabañas, sumidos en el sueño, tumbados en sus esteras de dormir, y un único centinela estaría de guardia ante la choza del rey; así que esperó con la infinita paciencia de la bestia observando la guarida de su presa, y cuando en la aldea reinaba el más absoluto silencio se aproximó a la empalizada por la parte trasera. Tomó carrera en los últimos pasos, como un gato, y trepó hasta lo alto, luego se dejó caer sin hacer ruido a las sombras que había detrás.

Velozmente y con todos los sentidos alerta planeó su retirada. Observó que había un árbol, una de cuyas ramas colgaba por encima de la empalizada. Esta serviría a su propósito, aunque tendría que pasar por delante de varias cabañas para llegar hasta ella. El guardia apostado ante la choza del jefe había preparado un pequeño fuego para calentarse, pues la noche era fresca; pero ardía poco, lo que a Tarzán le indicó que el hombre tal vez estuviera dormitando.

Manteniéndose en las sombras más densas de las chozas, el hombre mono avanzó en silencio hacia su presa. Oía la fuerte respiración de los que dormían en las chozas, y no tenía miedo de ser sorprendido; pero siempre existía el peligro de que algún perro le descubriera y ladrara.

La luz de las estrellas que avanza por la cara de un planeta no hace ningún ruido. Tampoco hacía ningún ruido el hombre mono mientras avanzaba, y por ello llegó hasta la choza del jefe sin ser descubierto, y allí encontró lo que esperaba: un centinela dormitando. Tarzán se arrastró por detrás de él. Al mismo tiempo, unos dedos de acero agarraron la garganta del hombre y una fuerte mano le tapó la boca. Una voz le habló al oído:

—Silencio, y no te mataré.

El hombre forcejeó cuando Tarzán se lo echaba al hombro. Por un momento el tipo quedó paralizado por el miedo, pero después se deshizo de la mano de Tarzán que le tapaba la boca y soltó un grito de terror; entonces el hombre mono cerró la mano en la nuez del tipo y echó a correr hacia el árbol que sobresalía por encima de la empalizada; sin embargo, la aldea ya se había despertado. Llegaron los perros ladrando desde las chozas, seguidos por los guerreros, confusos y con cara de sueño. Un fornido guerrero le bloqueó el paso, pero el Señor de la Jungla se abalanzó contra él antes de que el tipo pudiera utilizar su arma, arrojándole al suelo, y luego, saltando por encima de él, corrió hacia el árbol, perseguido ahora por perros y guerreros.

Empujado por el viento como un arbusto, el árbol se inclinaba hacia la empalizada en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados; y antes de que el primer guerrero pudiera alcanzarle, Tarzán, corriendo por el tronco inclinado, desapareció en el follaje. Un instante después cayó al suelo fuera de la empalizada, bastante

seguro de que los nativos no le perseguirían allí, al menos no hasta que hubieran perdido mucho tiempo hablando, lo que resulta característico del salvaje africano, y para entonces él se encontraría muy lejos en la jungla con su cautivo. Entonces aflojó la mano que apretaba la garganta del negro y le dejó en el suelo.

—Ven conmigo en silencio —le dijo— y no te haré daño.

El negro temblaba.

—¿Quién eres? —preguntó. Estaba demasiado oscuro para ver las facciones de su captor, y antes no se encontraba en una postura en la que pudiera verle.

—Soy Tarzán —respondió el hombre mono.

Entonces el negro se puso a temblar violentamente.

—No me hagas daño, bwana Tarzán —rogó—, y haré todo lo que desees.

Tarzán no respondió, pero condujo al hombre al interior de la jungla en silencio.

Se detuvo justo tras el borde del claro y subió a su cautivo a un árbol desde el cual tenía un punto de observación para saber si le perseguían.

—Ahora —dijo cuando se hubo instalado cómodamente en una rama—, te haré algunas preguntas. Cuando respondas, di la verdad si quieres vivir.

—Sí, bwana Tarzán —respondió el negro—. Solo diré la verdad.

—¿Por qué los guerreros de tu aldea me han atacado e intentado matarme?

—Los tambores nos dijeron que te matáramos porque venías a robar a nuestras mujeres y niñas.

—Tu gente hace mucho tiempo que conoce a Tarzán —dijo el hombre mono—. Sabe que él no roba mujeres ni niñas.

—Pero dicen que el corazón de Tarzán se ha vuelto malo y que ahora roba mujeres y niñas. Los waruturis le han visto llevarse mujeres a su aldea, que está más allá del bosque de espinos que crece junto a las pequeñas colinas de las estribaciones de los montes Ruturi.

—¿Os creéis lo que dicen los waruturis? —preguntó Tarzán—. Son gente mala. Son caníbales y mentirosos, como todo el mundo sabe.

—Sí, bwana, todos los hombres saben que los waruturis son

caníbales y mentirosos; pero los hombres de mi propia aldea te vieron, bwana, hace menos de un mes, cuando atravesaste nuestro territorio conduciendo a una muchacha con una cuerda atada al cuello.

—Ahora no dices la verdad —dijo Tarzán—. Hace muchas lunas que no he estado en tu territorio.

—Yo no digo que te viera, bwana —replicó el negro—. Solo repito lo que los tres hombres dijeron que habían visto.

—Vuelve a tu aldea —dijo el hombre mono— y dile a tu gente que no era a Tarzán a quien vieron los tres guerreros, sino a algún hombre de corazón malo al que Tarzán encontrará y matará para que vuestras mujeres y niñas ya no tengan que tener miedo.

Ahora Tarzán tenía una meta definida, y a la mañana siguiente partió en dirección a los montes Ruturi, desconcertado aún por el origen de la información de sus atrocidades, pero decidido a resolver el enigma y llevar al culpable ante la justicia.

Poco después de mediodía, Tarzán captó el rastro de olor de un nativo que se aproximaba a él por el sendero. Sabía que solo era un hombre, y por lo tanto no hizo ningún esfuerzo por ocultarse. Después se encontró cara a cara con un guerrero de lustroso color ébano. Los ojos del tipo se dilataron con consternación al reconocer al hombre mono, y al mismo tiempo arrojó su lanza a Tarzán y se dio media vuelta y corrió tan deprisa como sus piernas le permitían.

Tarzán había reconocido al negro, que era hijo de un jefe amistoso; y el incidente, junto con las recientes experiencias, parecían indicar que todos los hombres estaban contra él, incluso sus amigos.

Ahora estaba seguro de que alguien se hacía pasar por él; y, como tenía que encontrar a ese hombre, no podía pasar por alto ni una sola pista; por lo tanto, siguió al guerrero y después saltó sobre sus hombros desde el follaje que sobresalía sobre el sendero.

El guerrero forcejeó, aunque inútilmente, en las garras del hombre mono.

—¿Me habrías matado? —preguntó Tarzán—. ¡A mí, que he sido vuestro amigo!

—Los tambores —dijo el guerrero; y entonces le contó casi la misma historia que le había contado a Tarzán el centinela negro la noche anterior.

—¿Y qué más os dijeron los tambores? —siguió preguntando el hombre mono.

—Nos dijeron que cuatro hombres blancos con un gran safari te están buscando a ti y a la muchacha blanca que robaste.

De modo que esa era la razón por la que Crump le había disparado. Todo ello explicaba asimismo la pregunta del otro hombre: «¿Dónde está *miss* Pickerall?».

—Dile a tu pueblo —declaró Tarzán al guerrero negro— que no fue Tarzán quien robó a sus mujeres y niñas, que no fue Tarzán quien robó a la muchacha blanca. Es alguien con mal corazón que ha robado el nombre de Tarzán.

—Un demonio, quizá —sugirió el guerrero.

—Hombre o demonio, Tarzán lo encontrará —dijo el hombre mono—. Si los blancos vienen por aquí, cuéntales lo que te he dicho.

IV
Capturada

La oscuridad de la jungla se cerraba sobre Sandra Pickerall, dejándola ciega a la belleza de las orquídeas, la delicada tracería de los helechos, los elegantes lazos de las lianas gigantescas que adornaban el paisaje de árbol en árbol. Ella solo se daba cuenta de que era siniestra, misteriosa, horrible.

Al principio había tenido miedo del hombre que la llevaba con una cuerda atada al cuello como si fuera una bestia a la que iba a matar; pero a medida que transcurrían los días y él no le hacía ningún daño, el miedo fue disminuyendo. Aquel hombre era un enigma para ella. Porque durante todos los angustiosos días que habían caminado penosamente por la interminable jungla apenas si había pronunciado una sola palabra. En su semblante a menudo percibía una expresión de perplejidad y duda. Era un hombre corpulento y fornido, posiblemente rayando los treinta, pensaba ella, con un rostro bastante agradable. No tenía el aspecto de un sinvergüenza o un villano, esa fue la conclusión que sacó; pero ¿qué quería de ella? ¿Adónde la llevaba? Ahora, sentados para descansar y comer, preguntó por enésima vez:

—¿Quién eres? ¿Adónde me llevas? ¿Por qué no me respondes?

El hombre meneó la cabeza como si tratara de sacudirse las telarañas de la cabeza. La miró con atención.

—¿Quién soy? Vaya, soy Tarzán. Sé que soy Tarzán; pero me llaman Dios; aunque —se inclinó hacia ella— chist, no soy Dios; pero no les digas a ellos que te lo he dicho.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó ella.

—Los alentejos —respondió él—. Da Gama dice que yo soy Dios, pero el viejo Ruiz dice que soy un diablo al que han enviado para

traer mala suerte a los alentejos.

—¿Quiénes son Da Gama y Ruiz? —insistió la muchacha, preguntándose a qué venía que el hombre hubiera roto de pronto su silencio y esperando estimularlo con sus preguntas.

—Da Gama es rey —respondió el hombre— y Ruiz es sumo sacerdote. Quiere deshacerse de mí porque no quiere tener a un dios cerca. Verás, un dios es más poderoso que un sumo sacerdote. Al principio intentó que Da Gama me matara; pero Da Gama no quiso hacerlo; así que, al fin, Ruiz dijo que un dios no servía de nada sin una diosa. Bien, al cabo de un tiempo, Da Gama accedió a ello y me dijo que fuera a buscar una diosa; de lo contrario, me matarían. Tú eres mi diosa. Ahora regreso contigo y no me matarán.

—¿Por qué regresas? —preguntó ella—. Lo único que hará ese sumo sacerdote es encontrar alguna otra excusa para matarte.

—¿Adónde iría, si no volviera a Alentejo? —preguntó él.

—Vuelve al lugar de donde viniste —dijo la muchacha.

De nuevo apareció en el rostro del hombre aquella expresión de perplejidad.

—No puedo hacerlo —dijo—. Vine del cielo. Da Gama lo dijo; y no sé cómo regresar. Dijo que llegué flotando desde el cielo. En realidad, todos lo dicen. Dicen que me vieron; pero no sé subir flotando, y si lo hiciera no sabría dónde encontrar el cielo. Sin embargo, no creo que sea Dios. Soy Tarzán.

—Te diré lo que vas a hacer —dijo Sandra—. Vuelves conmigo adonde están los míos. Ellos serán buenos contigo, si me devuelves. Yo me encargaré de que no te hagan daño.

Él meneó la cabeza haciendo gestos de negación.

—No, debo hacer lo que dice Da Gama, o se enfadará mucho.

Ella trató de argumentar la cuestión, pero él se mostró firme. La muchacha llegó a la conclusión de que aquel hombre era un simple, y de que, al haberle dado Da Gama una idea, esta se había quedado fijada en su mente hasta el punto de que era incapaz de seguir ninguna otra sugerencia; sin embargo no parecía tonto. Tenía la cabeza bien formada y un rostro inteligente. Hablaba como un hombre educado; su actitud hacia ella era la de un caballero.

Sandra había oído contar historias de Tarzán de los Monos, pero todo lo que había oído la había convencido de que era demasiado inteligente para permitirse incluso albergar la idea de que podía ser

un dios, y en cuanto a estar siempre a disposición de ese tal Da Gama o de cualquier otro, estaba segura de que no había ni que pensar en ello; sin embargo, aquel hombre insistía en que era Tarzán. Encogiéndose de hombros, Sandra se rindió, desesperada.

En cuanto emprendieron de nuevo el viaje después de descansar, el hombre siguió hablando. Era como si hubiese habido una presa en sus reservas de habla, y ahora que se había roto dejar fluir sus palabras le aliviaba.

—Eres muy hermosa —dijo de pronto—. Serás una bella diosa. Estoy seguro de que Da Gama quedará satisfecho. Tardé mucho tiempo en encontrarte. Les llevé mujeres negras y niñas, pero no las querían como diosas; así que muchas de ellas sirvieron de alimento a los guardianes de Alentejo. De vez en cuando hay que ofrecerles sacrificios. A los guardianes de Alentejo no les gusta mucho la carne de los hombres.

—¿Quiénes son los guardianes de Alentejo, que comen seres humanos? —preguntó Sandra; mas su pregunta quedó sin respuesta, pues en el instante en que la expresó en voz alta una veintena de guerreros con las caras pintadas les rodearon.

—Los waruturis —susurró el falso Tarzán.

—Es Tarzán —gritó Mutimbwa, el jefe.

Dos guerreros dieron un salto hacia delante con las lanzas preparadas, pero Mutimbwa, el jefe, se interpuso entre ellos y el hombre blanco.

—No le matéis —dijo—. Nos lo llevaremos a la aldea y convocaremos a la tribu para celebrar un festín.

—Pero nos ha robado a nuestras mujeres y niñas —objetó uno de los guerreros.

—Mucho mejor, porque morirá despacio; para que lo recuerde —dijo Mutimbwa.

—¿Entiendes lo que dicen? —preguntó Sandra al hombre.

Este asintió.

—Sí, ¿y tú?

—Lo suficiente —dijo ella.

—No te preocupes —dijo el hombre—. Escaparé, y después vendré por ti.

—¿Cómo escaparás? —preguntó ella.

—Puedo intentarlo, y si soy Dios, como Da Gama ha dicho que

soy, debería resultarme fácil escapar; y si soy Tarzán, como sé que soy, debería ser muy fácil.

Avanzaban ahora por el sendero de la jungla con negros delante y detrás de ellos. A Sandra no le parecía que resultara fácil escapar, ni siquiera para un dios. De repente el hombre que decía ser Tarzán levantó la cabeza y lanzó un estridente grito, extraño y misterioso. Un negro le golpeó con el mango de la lanza y le dijo que permaneciera callado; pero aquel grito había puesto nerviosos a los waruturis, y no paraban de echar miradas temerosas alrededor.

De lejos llegó un grito a modo de respuesta. Los negros parlotearon excitados entre ellos, y a menudo Sandra captó la palabra demonio. Mutimbwa el jefe instó al grupo a ir más deprisa. Al parecer, toda la compañía era presa de una nerviosa aprensión.

—Algo ha respondido a tu grito —dijo la muchacha al hombre—. ¿Qué ha sido?

Él le sonrió.

—Uno de los sirvientes de Dios —contestó él—. Después vendrán y me llevarán.

La muchacha estaba perpleja. Todo el asunto era misterioso, pues el sonido que había llegado hasta ellos no podía haber brotado de una garganta humana.

Entonces llegaron a una parte más abierta del bosque y, para alivio de Sandra, redujeron el paso. No había comido mucho ni de forma regular desde que la habían capturado, y las largas y agotadoras marchas le habían consumido las fuerzas. De pronto le sobresaltó un fuerte grito de alarma detrás de ella y, al volverse, vio lo que para ella era una visión terrible, igual que debía de haberlo sido para los negros, verdaderamente aterrorizados: una banda de enormes simios con aspecto de hombre, que no paraban de rugir, habían cargado contra los waruturis. Sus grandes colmillos, sus enormes manos y brazos musculosos hacían estragos entre los aterrados negros. De común acuerdo, huyeron, llevándose consigo a Sandra Pickerall. Los grandes simios les persiguieron una corta distancia y luego dieron media vuelta. Cuando Mutimbwa hubo conseguido tranquilizar y reunir a sus guerreros, descubrieron que el prisionero blanco, que creían que era Tarzán, había desaparecido.

¡Así que Dios había escapado! Sandra ahora estaba contenta de no haber escapado con él, pues aquellos grandes y peludos simios

parecían aún más terribles que los negros. Estos, al menos, eran hombres. Podía persuadirles, con vistas al rescate que sabía que podía ofrecer, de devolverla a su gente; pero entonces Sandra no conocía a los waruturis ni sus costumbres. Sin embargo, una pequeña duda latía en su mente. Había advertido, desde el primer momento en que había podido observar a estos guerreros con atención, que todos ellos portaban objetos dorados: brazaletes, tobilleras de sólido oro eran corrientes; y casi todos ellos lucían aros dorados en las orejas. ¿Qué tentación podría ser el dinero de su padre para una gente que poseía tanta riqueza?

Cuando llegaron a la aldea rodeada por la empalizada del jefe de los waruturis, vio muestras aún mayores de oro y riqueza.

Una vez dentro de la aldea fue entregada a las mujeres, que le pegaron y le escupieron y le desgarraron casi toda la ropa que llevaba puesta. La habrían matado de no haber intervenido Mutimbwa, el jefe.

—Ya basta —dijo el jefe—. Dejadla en paz, y la noche después de esta noche tendremos un festín.

—¿Tú eres el jefe? —preguntó Sandra.

Mutimbwa asintió.

—Soy Mutimbwa, el jefe —respondió.

—Devuélveme a mi gente —pidió la muchacha— y puedes pedir el rescate que quieras. Habló en swahili entrecortado.

Mutimbwa se rio de ella.

—Si el hombre blanco tiene algo que queremos, vamos y se lo arrebatamos —dijo.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó Sandra.

Mutimbwa señaló una gran olla y se frotó el vientre.

V
Festín caníbal

El hombre mono se encontraba ahora en una región nueva y desconocida, mientras se acercaba a las mal definidas fronteras del territorio de los waruturis. Conocía a este pueblo solo de oídas. Sabía que eran feroces salvajes, incivilizados y caníbales; lo único que le preocupaba era permanecer ante ellos constantemente en guardia.

Su objetivo era seguir el rastro del hombre blanco que se hacía pasar por él, y destruirle. El rescate de la muchacha blanca aparecía como algo secundario. Si podía encontrarla y devolverla a su gente, muy bien; pero antes debía destruir al impostor que estaba robando las mujeres y las niñas de aquellos que habían sido sus amigos.

Había caído la segunda noche desde que entrara en la región de los waruturis. No había visto a ningún waruturi ni había tropezado con el rastro del impostor y la muchacha. Su plan inmediato era penetrar en los montes Ruturi y buscar allí.

A media tarde había matado un animal para saciar su apetito. Ahora se hallaba tumbado para pasar la noche en la horcadura de un gran árbol. Los ruidos nocturnos de la jungla le estaban adormeciendo cuando le llegó débilmente a los oídos el sonido de tambores. El hombre mono escuchó con atención. Los tambores llamaban a la tribu a un festín que tendría lugar la noche siguiente. Supuso que eran tambores de los waruturis.

Reunió la información que tenía. La muchacha blanca y su captor habrían tenido que atravesar la región de los waruturis. Los waruturis eran caníbales. Estaban reuniendo a su gente de otras aldeas para un festín. No era probable que fuera así a no ser que se tratara de un festín caníbal. Tarzán decidió investigar. La dirección

de la que provenían los sonidos y su volumen le dieron cierta idea de dónde estaba situada la aldea y de su distancia. Se instaló cómodamente en la horcadura del árbol y se quedó dormido. Al día siguiente iría a la aldea.

Se aproximaba la segunda noche de cautiverio de Sandra Pickerall. La aldea de Mutimbwa el jefe se encontraba abarrotada. Todo el día habían estado llegando guerreros y mujeres y niñas de otras aldeas. Sandra les veía a través del umbral de la choza donde la tenían prisionera. Cuando calculó su número, se dio cuenta con tristeza de que no habría suficiente con su cuerpo para todos. Incluso ante un final tan horrible, la muchacha sonrió. Ella era así.

Al fin fueron a por ella. Las grandes ollas ya hervían a fuego lento. Cinco cabras que no paraban de balar estaban atadas y yacían bajo el gran árbol frente a la choza del jefe. Sandra fue arrastrada a un lugar junto a las cabras. El hechicero y unos cuantos tipos se pusieron a bailar a su alrededor. Cantaban y los tambores seguían un ritmo melancólico.

De pronto se oyó un fuerte grito, el hechicero entró de un salto en el círculo y cayó sobre una cabra, cortándole la yugular con el cuchillo; entonces el cántico se elevó en forma de gemido y todos los aldeanos se unieron a él.

Sandra comprendió que se trataba de un rito religioso. Vio que era un sacerdote el que descuartizaba el cuerpo de la cabra. Murmuraba sonidos ininteligibles con cada pedazo cuando se lo entregaba a un guerrero, quien a su vez se lo daba a una mujer que lo depositaba en una de las grandes ollas.

Una a una fueron descuartizadas las cabras. El hechicero estaba desmembrando la quinta cabra. Sandra sabía que ella sería la siguiente víctima. Trató de ser valiente. No debía dar muestras de miedo ante aquellas bestias salvajes. Las cabras habían balado, pero ella no emitió sonido alguno. Pensó en su padre y en sus amigos. Pensó en Pelham Dutton. Rogó para que al buscarla a ella no cayeran en manos de los waruturis.

Habían arrojado a una olla el último pedazo de la quinta cabra. El hechicero se acercaba a ella. Los guerreros danzaban a su alrededor. El cántico aumentó de volumen y adquirió un tono salvaje.

El momento final había llegado. El hechicero corrió hacia ella,

agarrando el cuchillo con las manos manchadas de sangre, el cuchillo que iba a cortarle la yugular. De pronto el hechicero se detuvo, lanzó un solo grito de agonía y se desplomó en el suelo, sobresaliendo de su corazón el mango de una flecha. Simultáneamente, un hombre blanco, desnudo salvo por un taparrabos, saltó al suelo desde el árbol más próximo junto a ella. Saltó en medio de los caníbales que danzaban justo cuando la danza cesó y todos los ojos estaban fijos en el cuerpo del hechicero.

Todo sucedió tan deprisa que después nadie, probablemente, habría podido decir cómo ocurrió. Por un instante la víctima estuvo allí, con el cuchillo del hechicero rozándole la yugular, y al instante siguiente el hechicero estaba muerto y la cautiva había desaparecido.

Ni siquiera Sandra habría podido decir cómo pasó. Ella se encontraba de pie esperando la muerte inminente cuando de súbito la cogieron por la cintura y la levantaron del suelo. Al instante siguiente se encontraba en el árbol que daba sobre la choza del jefe y se la llevaban a través del follaje en la cerrada oscuridad nocturna. Cómo superaron la empalizada, jamás lo supo. Estaba seminconsciente debido a la sorpresa y al miedo cuando cruzaron el claro. Lo primero que recordaba después era que estuvo sentada en las ramas de un árbol en el bosque, rodeada por el fuerte brazo de un hombre para que no se cayera.

—¿Quién eres? —preguntó con voz entrecortada.

—Soy Tarzán de los Monos —respondió una voz profunda.

—Da Gama debía de tener razón —aventuró ella—. Debes de ser Dios, pues nadie más habría podido rescatarme. —La voz le había parecido diferente, pero no podía tratarse de nadie más que de su extraño captor, el cual había prometido volver y rescatarla.

—No sé de qué hablas —dijo Tarzán.

—Solo de lo que me dijiste ayer —replicó ella—, que creías que eras Tarzán… pero Da Gama insistía en que eras Dios.

—Yo no te vi ayer —afirmó el hombre mono—. No te he visto nunca. Soy Tarzán de los Monos.

—¿Quieres decir que no me robaste del campamento de mi padre y me trajiste aquí, a esta región?

—Ese fue otro hombre que se hace pasar por mí. Le estoy buscando para matarle. ¿Sabes dónde está? ¿También era cautivo

de los waruturis?

—No, él escapó; pero prometió volver para rescatarme.

—Cuéntame algo de él —le pidió el hombre mono.

—Es una criatura extraña —respondió la muchacha—. Creo que llegó a ser un caballero. No me hizo ningún daño, y siempre se mostró considerado y respetuoso.

—Entonces, ¿por qué te robó?

—Dijo que Da Gama insistía en que él era Dios, y le había enviado a encontrar una mujer blanca para que fuera su diosa. Creo —vaciló— creo que no estaba muy bien de la cabeza; pero él estaba tan seguro de que era Tarzán de los Monos… ¿Estás seguro de que eres tú?

—Completamente —dijo el hombre mono.

—¿Por qué me has salvado? —preguntó ella—. ¿Cómo sabías que estaba en la aldea de los waruturis?

—No lo sabía. Los tambores me dijeron que esta noche los waruturis iban a celebrar un festín; y como sé que son caníbales, y sabía que tú estabas en esta parte de la jungla, he venido a la aldea a investigar.

—¿Y ahora me llevarás con mi padre?

—Sí —dijo el hombre mono.

—¿Sabes dónde está el safari?

—Hay un safari con cuatro hombres blancos que me buscan para matarme —dijo Tarzán con una sonrisa irónica—. Sin duda se trata del safari de tu padre.

—En nuestro safari solo había tres hombres blancos —explicó Sandra—, mi padre, Pelham Dutton y nuestro guía y cazador, un hombre llamado Gantry.

—Con este safari había un hombre llamado Crump. Me disparó pero erró el tiro.

—No había ningún hombre llamado Crump en nuestro safari.

—¿Qué aspecto tiene tu padre?

Cuando la muchacha le hubo descrito a su padre, Tarzán hizo gestos de negación con la cabeza.

—Tu padre no está con el safari.

Sin embargo, cuando ella le describió a Dutton y a Gantry, les reconoció.

—Crump y el cuarto hombre se reunieron con Dutton y Gantry

hace algún tiempo. Crump es un hombre malo. No conozco al otro, pero si está con Crump tampoco puede ser bueno —le dijo Tarzán.

Aquella noche Sandra Pickerall durmió sobre una tosca plataforma que Tarzán construyó para ella entre las ramas altas de un patriarca de la jungla, y durmió bien, pues se hallaba exhausta; y durmió sin temor, pues había algo en el hombre que estaba con ella que le inspiraba confianza.

Al despertar por la mañana se encontró sola, y cuando se dio cuenta de su situación tuvo miedo. No estaba en absoluto preparada para hacer frente a los peligros de la jungla, ni sabía en qué dirección ir para encontrarse con el safari que la estaba buscando.

Se preguntó por qué el hombre la había abandonado. Le parecía incoherente con lo que había hecho la noche anterior: arriesgar su vida para salvarla de los waruturis. Llegó a la conclusión de que todos los hombres salvajes de la jungla eran irresponsables y, tal vez, algo dementes. No parecía creíble que un hombre blanco en sus cabales corriera por la jungla casi desnudo en lugar de vivir en un lugar civilizado.

Tenía hambre, pero no tenía la más remota idea de cómo obtener comida. Sabía que algunos frutos de los árboles de la jungla no eran peligrosos; pero miró alrededor y no reconoció ninguno y no se atrevió a comer nada. La situación parecía muy desesperada, tan desesperada que empezó a preguntarse cuánto tiempo tardaría en morir de hambre, si alguna fiera de la jungla no la mataba antes.

Y entonces, en el más profundo abatimiento, oyó un ruido en el árbol que tenía detrás y, al volverse, vio al que la había rescatado la noche anterior que saltaba con agilidad hasta la rama donde estaba ella, con un brazo cargado de frutos.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Mucha.

—Entonces, come; y cuando hayas comido, nos pondremos en marcha para encontrar el safari de tus amigos.

—Creía que me habías abandonado —dijo ella.

—No te dejaré —replicó él—, hasta que te haya devuelto sana y salva a tu gente.

Tarzán solo podía suponer la dirección general en la que buscar el safari de los amigos de la muchacha; pero sabía que al final lo encontraría, aunque las grandes junglas del África Central abarcan

trescientas mil millas cuadradas de territorio.

* * *

Los hombres del safari de Dutton tenían hambre de carne fresca; por eso los hombres blancos decidieron permanecer un día en el campamento y cazar algo. Partieron a primera hora de la mañana, cada uno en una dirección diferente, con sus porteadores de armas. Cuando se encontraba a casi dos kilómetros del campamento, Crump tropezó con una charca, claramente utilizada por las bestias de la jungla para beber, y al hallar un escondrijo entre unos arbustos, se tumbó para esperar a que su presa se acercara a él.

Llevaba casi una hora oculto sin ver señal alguna de caza cuando oyó que se acercaba alguien. Oyó sus voces antes de verles y le pareció reconocer una muy parecida a la de una mujer; por lo tanto no le sorprendió que Tarzán y Sandra Pickerall aparecieran ante sus ojos.

Crump curvó los labios en una mueca desagradable mientras alzaba con cautela su rifle y apuntaba con atención al hombre mono. Cuando apretó el gatillo, Tarzán cayó de bruces, brotándole sangre de una herida en la cabeza.

VI
A sangre fría

Cuando Tarzán cayó, Crump se puso en pie de un salto y llamó a la muchacha por su nombre mientras se acercaba a ella con grandes pasos.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Soy uno de los tipos que te están buscando —respondió él—. Me llamo Tom Crump.

—¿Por qué le has disparado? —preguntó—. Le has matado.

—Eso espero —dijo Crump—. Se lo merecía por haberte secuestrado.

—Él no me secuestró. Me salvó la vida, y me llevaba al safari de Pelham Dutton.

—Bueno, pues está muerto —dijo Crump, empujando el cuerpo inerte de Tarzán con la bota—. Ven conmigo. Te llevaré con Dutton. Nuestro campamento está a solo un kilómetro y medio de aquí.

—¿No vas a hacer nada para enterrarle?

—Yo no soy sepulturero. Las hienas y los chacales le enterrarán. Vámonos. No puedo perder más tiempo aquí. Si hubiera algo de caza, el disparo la habrá asustado y ya se ha ido.

La tomó del brazo y echó a andar hacia el campamento.

—Él dijo que eras un hombre malo —dijo Sandra.

—¿Quién dijo que yo era un hombre malo?

—Tarzán.

—Yo era demasiado bueno para él.

Mientras partían, un par de ojos muy juntos, inyectados en sangre, les observaban desde un matorral que servía de escondrijo, y luego dio media vuelta para descansar sobre el cuerpo de Tarzán de los Monos.

Sandra y Crump llegaron al campamento antes de que regresaran los demás; y hasta última hora de la tarde no llegó Dutton, el último de los tres, con un pequeño ciervo y un par de liebres.

Cuando vio a la muchacha, dejó caer lo que había cazado y fue corriendo hacia ella.

—¡Sandra! —exclamó, tomándole ambas manos—. ¿De verdad eres tú? Estaba a punto de perder la esperanza. —La voz le temblaba de emoción, y la muchacha vio lágrimas en sus ojos, lágrimas de alivio y felicidad—. ¿Quién te ha encontrado?

—Yo —dijo Crump—, y también a ese maldito Tarzán. No volverá a robar más muchachas.

—Él no me robó —dijo Sandra—. Se lo he dicho a este hombre una docena de veces. Él me rescató anoche de una aldea waruturi justo cuando iban a matarme; y este hombre le ha disparado a sangre fría y le ha dejado ahí en la jungla. Oh, Pelham, ¿quieres ir conmigo y algunos de los muchachos, y al menos hacerle un entierro decente?

—Claro que sí —dijo Dutton—; y lo haré enseguida, si podemos hacerlo antes de que sea de noche.

—No está lejos —dijo Sandra.

—¿Crees que podrás encontrar el lugar? —preguntó él.

—No lo sé —respondió ella.

—Si enterrarle te hace sentirte mejor —dijo Crump—, te mostraré dónde es; pero me parece una absoluta tontería. Probablemente ya se lo están comiendo. A las hienas no les cuesta mucho localizar dónde alimentarse, ni a los buitres.

—¡Qué horrible! —exclamó Sandra—. Partamos enseguida, Pelham.

Dutton reunió a media docena de muchachos negros y, con Gantry a la cabeza del grupo, él y Sandra partieron en busca del cuerpo de Tarzán. Gantry y Minsky, curiosos por ver de cerca al hombre mono, les acompañaron.

Media hora más tarde llegaron a la charca. Crump, que iba a la cabeza, se paró en seco profiriendo un juramento y una exclamación de sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dutton.

—Ese hijo de perra no está aquí —dijo Crump.

—Debes de haberle dejado herido solamente —observó Dutton.

—¡De herido, nada! Le he disparado a la cabeza. Estaba muerto y bien muerto. Sin duda resulta muy raro lo que ha sido de él.

—Los muertos no andan —dijo Gantry.

—Entonces algo se lo llevó —dijo Crump.

—Puede que esté cerca —intervino Sandra; y llamó a Tarzán a gritos varias veces, pero no obtuvo respuesta.

—Todo esto es muy extraño —dijo Dutton—. Primero te captura un Tarzán, Sandra, y después te rescata otro Tarzán. Me pregunto cuál de los dos era Tarzán, o si alguno de ellos lo era.

—El que he matado era Tarzán —dijo Crump—. Nunca he visto al otro; pero he conocido a ese tipo enseguida.

—Tal vez sería mejor que regresáramos al campamento —dijo Gantry—. No sirve de nada quedarnos por aquí.

—Si al menos lo supiera —dijo Sandra.

—Si supieras qué —preguntó Dutton.

—Si está o no por aquí cerca, solo herido, tal vez inconsciente otra vez y presa de la primera bestia depredadora que se le acerque. Era tan valiente. Arriesgó su vida para salvarme.

—Bueno, no está por aquí cerca, herido —replicó Crump—. Está muerto. Algún león o algo lo ha devorado; y de todos modos, no veo sentido alguno en montar tanto alboroto por un maldito hombre mono.

—Al menos era un hombre y no un bruto —dijo Sandra con resentimiento.

—Si hubiera sabido que estabas enamorada de él, no le habría disparado —dijo Crump.

—¡Cierra el pico! —espetó Dutton—. Todo lo que nos está pasando es por culpa tuya.

—¿Y qué? —exclamó Crump.

—Por favor —rogó Sandra—, no discutáis. Ya hemos tenido bastantes problemas. Llévame de nuevo al campamento, por favor, Pelham; y mañana prepararemos nuestro propio safari para regresar al de mi padre.

—¿Sí? —dijo Crump con una mueca—; y Minsky y yo iremos con vosotros.

—No os necesitaremos —replicó Dutton.

—Tal vez no nos necesitéis; pero vamos a ir con vosotros de

todos modos. Debo recoger la recompensa.

—¿Qué recompensa? —preguntó Sandra.

—Tu padre ofreció una recompensa de mil libras por tu regreso —explicó Dutton— y quinientas por la captura, vivo o muerto, del hombre que te robó.

—Entonces, nadie puede recoger ninguna de las dos recompensas —dijo la muchacha—. Tú mataste al hombre que me rescató; y el hombre que me secuestró anda suelto todavía.

—Eso ya lo veremos —gruñó Crump.

A medida que el grupo se dirigía hacia el campamento, unos ojos salvajes les observaban. Entre ellos había un par de ojos que no eran ni salvajes ni hostiles. Eran los ojos del hombre que creía ser Tarzán. Los otros ojos pertenecían a los grandes y peludos simios de aspecto parecido al hombre a los que él llamaba los sirvientes de Dios.

Cuando el grupo al que estaban observando hubo desaparecido hacia su campamento, el hombre y sus compañeros salieron a campo abierto. El hombre llevaba a una mujer negra, con una cuerda atada al cuello. Le había sorprendido ver a Sandra Pickerall, pues suponía que para entonces los waruturis ya la habrían matado. Al verla se había animado pues ahora volvía a existir la posibilidad de que pudiera llevar consigo a Alentejo una diosa blanca. Tenía un poco de miedo de regresar sin ninguna; así que había capturado a la mujer waruturi para llevársela como un pequeño ofrecimiento de paz a Da Gama.

Después de caer la noche en la jungla, el falso Tarzán y su fiera banda se acercaron con cautela al campamento de los blancos donde el hombre podría observar y hacer planes.

Sandra y Dutton estaban sentados ante la tienda de ella hablando de los acontecimientos pasados y haciendo planes para el futuro, mientras Crump, Minsky y Gantry, fuera del alcance de su oído, hablaban en susurros.

—No voy a quedarme sin mi parte de esa recompensa —estaba diciendo Crump—, y tengo un plan que puede darnos el doble.

—¿De qué se trata? —preguntó Gantry.

—Este tipo, Dutton, puede morir accidentalmente; después Minsky y yo nos apoderamos de la muchacha. Tú regresas junto al anciano y le dices que peleaste pero que eran demasiados para ti. Le

dices que te dejamos marchar, por eso has podido volver y contarle que le devolveremos a la chica por tres mil libras de rescate. Somos tres. Nos las repartimos. Cada uno obtiene mil libras, y tú no corres ningún riesgo.

—No quiero tener nada que ver con un asesinato —dijo Gantry —. Tengo un historial limpio en África y no quiero mancharlo.

—Eso es porque nunca te han pillado —dijo Crump.

—Y no tengo intención de que me pillen ahora —replicó Gantry —, y, de todos modos, este Dutton es un buen tipo.

—No sirve de nada matarle —dijo Minsky—. Escuchad.

—Habla —dijo Crump.

—Cuando Dutton y la muchacha se dispongan a dormir esta noche —prosiguió Minsky—, Crump y yo cargaremos nuestro safari y después te ataremos y amordazaremos en tu tienda y robaremos a la chica. En el momento que Dutton te descubra por la mañana, puedes decirle que nosotros te atacamos, pero antes de irnos con la muchacha te dijimos que su viejo podría recuperarla si enviaba tres mil libras.

—¿Adónde? —preguntó Gantry.

—A eso voy —dijo Minsky—. Sabes dónde está la aldea del viejo jefe pwonja en el río Upindi, ¿verdad?

—Sí —dijo Gantry.

—Bien, allí es adonde llevaremos a la muchacha. Esperaremos allí dos meses. Si para entonces no has llegado con el dinero del rescate, sabremos lo que tendremos que hacer con ella.

—Pero si sé dónde estáis, ello me convierte en cómplice de todo el asunto —dijo Gantry.

—No —dijo Minsky—. Diles solo que tuviste que elegir entre hacer lo que te decíamos o morir y morir si nos traicionabas. Conociendo la reputación de Tom, te creerán.

—Tu reputación tampoco huele muy bien —gruñó Crump.

—Bueno, entre los dos, nuestra reputación bien valdría tres mil libras —dijo Minsky con una sonrisa irónica—, y ellos tienen una reputación bastante valiosa.

—Pero… ¿y si me traicionas? —preguntó Gantry.

—No es probable, Bill —dijo Crump—. Sabes que jamás traicionaría a un camarada.

Sin embargo, Gantry nada sabía de eso ni tampoco de lo que

estaba pasando por la mente de estos hombres; ni ellos sabían lo que estaba pasando por su mente. Tampoco Crump o Minsky tenían la más mínima intención de entregar nada de las tres mil libras a Gantry, y, cuando estuviera a salvo en sus manos, Crump ya había planeado matar a Minsky y quedarse con todo, mientras que Gantry no tenía ninguna intención de ir a la aldea del jefe Pwonja junto al río Upindi una vez tuviera el dinero en sus manos. Había oído hablar mucho de Hollywood, y creía que allí podría divertirse todo cuanto quisiera con tres mil libras. Se cambiaría el nombre y nadie sabría nada de nada. Así pues, estos tres magníficos personajes trazaron sus planes; y la luna se escondió tras una nube; y Sandra y Dutton fueron a sus respectivas tiendas.

El hombre que creía ser Tarzán observaba y aguardaba con paciencia. Se fijó en la tienda a la que entraba la muchacha y luego esperó a que los otros entraran en las suyas. Finalmente, Gantry se retiró a su tienda; Crump y Minsky, sin embargo, estaban ocupados entre los porteadores. El falso Tarzán observaba a los negros mientras cargaban sus fardos, y se preguntó por qué lo hacían; vio entonces a uno de los blancos que iba a la tienda ocupada por Gantry. Al cabo de unos minutos volvió a salir Y se reunió con su compañero. En ese momento los porteadores se echaron los fardos a la espalda y emprendieron el camino hacia el oeste.

Esto era muy interesante. El hombre que creía ser Tarzán se acercó arrastrándose con cautela. Deseaba que los dos hombres blancos se marcharan con sus porteadores; así a él le resultaría mucho más fácil raptar a la muchacha; mas no se marcharon, y el hombre empezó a impacientarse.

A Sandra le costaba conciliar el sueño. Estaba físicamente cansada, pero su mente y sus nervios danzaban como derviches. No podía apartar de sus pensamientos el recuerdo del asesinato de Tarzán. Aún veía a aquella magnífica figura desplomándose sin vida, por un instante tan vital y alerta y, al siguiente, inerte como un terrón de arcilla.

Odiaba a Crump por lo que había hecho; y ahora durante semanas tendría que verle cada día mientras efectuaban el lento y penoso viaje de regreso al campamento de su padre; pero daba gracia a Dios por tener a Pelham Dutton. Sin él, aquel viaje de regreso sería impensable. Intentaba apartar de su mente la muerte

de Tarzán pensando en Pelham. Su intuición le decía que aquel hombre estaba muy encariñado con ella. Nunca le había dicho una palabra de amor; no obstante, cuando la saludó aquel día, sus ojos hablaban con más elocuencia que sus palabras. Intentó valorar lo que ella misma sentía. Al igual que cualquier muchacha normal, había tenido sus enamoramientos y sus pequeños coqueteos. A veces incluso había tenido la sensación de que se trataba de amor, mas nunca había durado lo suficiente para averiguarlo. Sabía que lo que sentía por Pelham Dutton era diferente de lo que jamás había sentido por ningún otro hombre. Era un sentimiento más sólido, más sustancial y satisfactorio; y también resultaba estimulante. En el momento en que le tomó la mano al reunirse aquel día, tuvo que negarse un súbito impulso de arrojarse a sus brazos y abrazarse fuerte a él en busca de protección y compasión; sin embargo, eso, se decía, podía haber sido una reacción natural después de todo lo que le había ocurrido. Podía haber sentido lo mismo por cualquier amigo en el que confiara plenamente.

Todavía estaba concentrada en su problema cuando la cortina de su tienda se levantó y entraron Crump y Minsky.

VII
Secuestrada

Un gran simio macho se había acercado a la charca a beber; pero como todas las bestias salvajes que son presa natural de *Numa*, el león, o *Sheeta*, la pantera, antes de salir al claro había hecho un reconocimiento del terreno. Desde su escondrijo en un espeso matorral había examinado la escena, y después había visto moverse la parte superior de un arbusto próximo a la charca. No había viento que pudiera moverlo, y de inmediato el antropoide empezó a recelar. Esperó, sin dejar de observar; y entonces vio un tarmangani con un rifle que se levantaba justo por encima del matorral, apuntaba y disparaba. Hasta que Tarzán cayó de bruces al suelo el simio no les vio ni a él ni a la muchacha que lo acompañaba. Aguardó hasta que la muchacha y el hombre que había disparado se hubieron ido; después salió al claro y se acercó al cuerpo del hombre mono. Le dio la vuelta y lo oliscó, emitiendo un leve ruido como un gemido; luego lo tomó en sus grandes y peludos brazos y se lo llevó a la jungla.

* * *

Sandra Pickerall se incorporó en su camastro.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Qué quieres?

—Cierra el pico —gruñó Crump—. No te haremos daño si mantienes la boca cerrada. Vamos a irnos de aquí, y tú vienes con nosotros.

—¿Dónde está Mr. Dutton? —preguntó.

—Si tiene suerte, estará dormido. Si haces algún ruido y le

despiertas, morirá.

—Pero ¿qué queréis de mí? ¿Adónde vais a llevarme? —preguntó.

—Vamos a llevarte a un lugar donde estarás a salvo —dijo Crump.

—¿Por qué no se lo decimos? —intervino Minsky—. Oye, muchacha, vamos a llevarte a un lugar donde nadie te encontrará hasta que tu viejo venga con tres mil libras; y si sabes lo que os conviene a ti y a este tal Dutton, no nos causarás problemas.

Sandra pensó con rapidez. Sabía que si gritaba para pedir ayuda, Dutton acudiría y le matarían; aquellos hombres eran peligrosos y estaban desesperados, y su situación no se vería afectada en lo más mínimo por un crimen más.

—Dejad que me vista y reúna algunas de mis cosas —dijo ella—, e iré sin hacer ruido.

—Ahora hablas con sensatez —dijo Crump—; pero solo para asegurarnos, esperaremos a que te vistas.

El falso Tarzán, seguido de cerca por los sirvientes de Dios, se había acercado con sigilo al campamento, que no estaba vigilado, ya que Crump había enviado a los askaris con los porteadores.

Mientras Crump, Sandra y Minsky salían de la tienda de la muchacha, el hombre que creía ser Tarzán echó a correr hacia delante, seguido de cerca por los grandes simios. Rugiendo, golpeando, desgarrando, las peludas bestias se abalanzaron sobre los dos hombres, mientras su cabecilla humano tomaba a la muchacha y a toda prisa la sacaba a rastras del campamento.

Todo ocurrió en pocos segundos; pero el ruido había despertado a Dutton, que salió corriendo de su tienda, rifle en mano. A la vacilante luz de la fogata, vio a Crump y a Minsky poniéndose en pie con movimientos lentos, aturdidos y mareados, con sangre que les brotaba de varias heridas superficiales.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dutton—. ¿Qué ha pasado?

Minsky fue el primero en comprender la situación.

—He visto algo merodeando por la tienda de *miss* Pickerall —dijo— y he despertado a Crump y hemos venido aquí; entonces una docena al menos de gorilas se han abalanzado sobre nosotros, pero he visto a un hombre blanco que raptaba a la muchacha y se la llevaba corriendo. Era ese Tarzán.

—Vamos —dijo Dutton—. Tenemos que encontrarla. Hemos de seguirles y rescatarla.

—Es inútil —observó Crump—. En primer lugar, son demasiados. En segundo lugar, está demasiado oscuro. Jamás podríamos encontrar su rastro. Aunque les encontráramos, no podríamos disparar por miedo a darle a la muchacha. Esperemos a mañana.

—Sin embargo, estoy seguro de que podemos hacer algo —insistió Dutton.

Mientras los dos hablaban, Minsky se había arrastrado hasta la tienda de Gantry y le había desatado, al mismo tiempo que le contaba lo que había ocurrido.

—Quiere que vayamos a buscar a la muchacha —concluyó—. Ve un rato con él y luego le haces volver, o déjale ir solo, por mí…; y entretanto, volverán los chicos al campamento. Si vienen mientras él está aquí, seguro que sospechará.

—De acuerdo —dijo Gantry, y se dirigió hacia su tienda.

Dutton les vio acercarse, pero Minsky se adelantó a sus sospechas.

—Este tipo seguro que duerme bien —bromeó—. Ha dormido todo el rato. He tenido que entrar en su tienda y despertarle.

—Voy a ir en busca de *miss* Pickerall —dijo Dutton—. ¿Vendréis conmigo?

—Yo no —replicó Crump—, porque no serviría de nada.

—Yo iré con usted, Mr. Dutton —dijo Gantry.

—De acuerdo, vamos —concluyó el americano, y echó a andar en la dirección en la que Crump había dicho que los secuestradores se habían llevado a la muchacha.

Caminaron penosamente por la jungla durante un cuarto de hora. De vez en cuando, Dutton llamaba a Sandra a gritos; mas no obtenía respuesta alguna.

—Es inútil, Mr. Dutton —dijo Gantry al fin—. No podremos encontrarles de noche, y aunque nos topáramos con ellos por casualidad, ¿qué podríamos hacer? Crump ha dicho que eran diez o quince. No tendríamos ni una sola oportunidad contra ellos; y no nos atreveríamos a disparar por miedo a herir a *miss* Pickerall.

—Creo que tienes razón —aceptó Dutton en tono de desánimo —. Tendremos que esperar hasta mañana; entonces nos llevaremos

a todos los hombres para los que tengamos un arma, y les seguiremos hasta dar con ellos.

—Eso parece más sensato —dijo Gantry; y los dos dieron media vuelta y se encaminaron hacia el campamento. Cuando llegaron allí, los porteadores y askaris habían regresado; y no había señal alguna de que hubiesen estado fuera.

Cuando llegó la mañana el falso Tarzán llevaba a dos mujeres con sendas cuerdas atadas al cuello. Una era una waruturi negra, la otra era Sandra Pickerall. Detrás de ellos iban los salvajes y peludos sirvientes de Dios.

Las dos mujeres estaban muy cansadas, pero el hombre las obligaba a seguir. Sabía que hasta llegar al bosque de espinos situado en la falda de los montes Ruturi no se encontraría a salvo ni de los waruturis ni de los hombres blancos, que estaba seguro les seguirían; y no debía volver a perder a la diosa blanca o Da Gama se enfadaría mucho con él. Era una marcha agotadora, y solo efectuaban breves paradas de vez en cuando para descansar. No tenían comida, pues el hombre no se atrevía a dejar solas a las mujeres demasiado tiempo para ir en busca de algo para comer; mas a la caída de la noche, incluso el hombre que creía ser Tarzán se hallaba al borde del agotamiento, se tumbaron donde estaban y durmieron hasta la mañana.

Terriblemente hambrientos, aunque descansados, emprendieron de nuevo la marcha al romper el alba; y hacia mediodía llegaron a la linde del bosque de espinos.

Aquella interminable extensión de árboles armados no parecía tener interrupción alguna, pero finalmente el hombre localizó un lugar en el que, poniéndose a cuatro patas, podían evitar los pinchos. Avanzaron de este modo unos cuantos metros, y entonces se abrió ante ellos un sendero por el que podían caminar en pie.

Después de haber capturado a la muchacha por primera vez, el hombre había pasado mucho tiempo sin hablar apenas, y en esta ocasión se había mostrado igual de taciturno, hablando solo cuando era necesario para dar órdenes; sin embargo, al atravesar el bosque de espinos y salir a campo abierto, su actitud cambió.

Exhaló un suspiro de alivio.

—Ahora estamos a salvo —dijo—. Esta vez le llevaré a Da Gama la diosa blanca.

—Oh, ¿por qué lo has hecho? —preguntó ella—. Yo nunca te he causado ningún daño.

—Y yo nunca te lo he hecho a ti —replicó él—; tampoco tengo intención de hacértelo. Te estoy haciendo un gran favor. Te aseguro que serás una diosa. Tendrás lo mejor de todo cuanto Alentejo pueda darte, y serás adorada.

—Yo soy tan solo una muchacha inglesa —explicó ella—. No soy una diosa, y no tengo ningún deseo de serlo.

—Eres muy ingrata —le dijo el hombre.

El sendero que seguían serpenteaba penetrando en las estribaciones, y al frente, Sandra vio una elevada escarpadura, una barrera extraordinaria: la Línea Maginot, tal vez, de los montes Ruturi. Antes de llegar a la escarpadura, llegaron a la estrecha boca de un cañón, al otro lado de la cual habían construido una resistente empalizada. Sandra pensó que se trataba de la aldea a la que la llevaban. Bajo la empalizada discurría un riachuelo de agua cristalina, que relucía a la luz del sol, y seguía hacia el gran bosque.

—¿Aquello es Alentejo? —preguntó Sandra.

El hombre negó con la cabeza.

—No —respondió—. Es el hogar de los guardianes de Alentejo. Alentejo está detrás.

De repente llegó a los oídos de la muchacha un salvaje rugido, que fue seguido por otros tan terribles que la tierra tembló.

Sandra miró alrededor atemorizada.

—¡Leones! —exclamó—. ¿Adónde podemos ir si nos atacan?

—No nos atacarán —dijo el hombre con una sonrisa—, porque no pueden llegar hasta nosotros.

A medida que se acercaban a la empalizada, cuyos postes estaban separados unos quince centímetros, Sandra pudo ver más allá de la garganta que se ensanchaba. ¡Leones! ¡Leones! Hasta entonces nunca había visto tantos leones juntos. Habían captado el olor del hombre y se acercaban a la empalizada gruñendo y rugiendo.

En un extremo de la empalizada ascendía un estrecho sendero junto al cañón. Era muy empinado, y solo se podía subir por él porque se habían tallado toscos escalones. Aquí el hombre tomó la cuerda que rodeaba el cuello de Sandra y la entregó a dos de los simios, cada uno de los cuales le cogió una mano; entonces el

hombre quitó la cuerda del cuello de la mujer negra y la instó a que subiera por el sendero delante de él. Una vez coronada la parte superior de la empalizada, el sendero se nivelaba y discurría junto al cañón. Abajo, rugientes leones daban saltos en un esfuerzo por alcanzarles. El sendero era estrecho. Un solo paso en falso y uno se vería lanzado a los salvajes leones. Los grandes simios seguían el sendero, uno delante de Sandra, otro detrás, agarrándola de las manos. El hombre y la mujer negra iban delante.

Sandra apenas podía apartar los ojos de los leones; algunos de ellos daban saltos tan altos que a punto estaban de alcanzarles. El simio que iba delante de ella se paró, y cuando lo hizo ella levantó la mirada para saber por qué lo había hecho, justo a tiempo de ver que el hombre blanco empujaba a la mujer negra para precipitarla del estrecho sendero.

Se oyó un estridente grito cuando la mujer cayó a los leones que esperaban abajo. Les llegó un fuerte alboroto de patas almohadilladas y salvajes rugidos procedentes de abajo cuando las fieras se abalanzaron sobre su presa.

Sandra no pudo mirar.

—¡Bestia! —gritó—. ¿Por qué lo has hecho?

El hombre se giró y la miró con expresión de sorpresa.

—No soy ninguna bestia —dijo—. Los guardianes de Alentejo tienen que comer.

—¿Y yo soy la siguiente? —preguntó ella.

—Claro que no —respondió él—. Tú eres una diosa.

Prosiguieron en silencio, siguiendo el camino que ascendía empinado hasta el otro extremo del cañón sobre el cual se alzaban colosales acantilados de seiscientos metros o más —acantilados casi verticales, en cuya cumbre caía una hermosa cascada que formaba el riachuelo que Sandra había visto discurrir bajo la empalizada.

La muchacha se preguntó adónde irían entonces. El enorme acantilado les bloqueaba el paso. A su derecha había una pared vertical del cañón, imposible de escalar; a su izquierda, la garganta y los leones.

Cuando el sendero terminaba al pie del acantilado, se ensanchaba considerablemente durante un breve trecho. Aquí el simio que guardaba su espalda le soltó la mano y pasó delante de ella y del hombre que se había detenido al final del sendero. La

criatura tomó al hombre de la mano y empezó a ascender, ayudándole a pasar de un precario punto de apoyo a otro. Sandra palideció ante la perspectiva, pero el simio tiró de ella hacia delante y después también él empezó a ascender, arrastrándola tras de sí.

Había grietas y diminutos salientes y pequeños asideros y puntos de apoyo, y de vez en cuando un robusto matorral que brotaba en alguna pequeña grieta. La muchacha estaba aterrada, casi paralizada por el miedo. Parecía fantástico creer que cualquier criatura, salvo un lagarto o una mosca, pudiera escalar aquella gran altura; y, abajo, los leones aguardaban.

Al fin llegaron a una chimenea, un estrecho conducto por el que los simios subieron. Aquí se movían un poco menos despacio, pues los costados de la chimenea eran ásperos y de vez en cuando había grietas transversales que proporcionaban excelentes puntos para agarrarse y poner los pies.

Sandra levantó la mirada. Vio al simio que iba en cabeza y al hombre sobre ella. Habían ganado un poco de distancia, pues el hombre precisaba menos ayuda que ella. No se atrevía a mirar abajo. La sola idea de hacerlo la paralizaba.

Siguieron escalando, parándose de vez en cuando para descansar y respirar. Transcurrió una hora, una hora pavorosa, y luego una segunda hora. ¿Jamás alcanzarían la cima? La muchacha de pronto fue presa de la horrible premonición de que caería, tenía que caerse, que nada podía impedir la tragedia final; sin embargo fueron ascendiendo lenta y penosamente. Sandra tenía los nervios de punta. Sentía la urgente necesidad de gritar. Casi tenía ganas de soltarse ella misma del simio y saltar, cualquier cosa que pusiera fin a aquel inefable horror.

¡Y entonces ocurrió! El simio colocó su pie sobre un fragmento que sobresalía, y como apoyó todo su peso para impulsarse hasta un nuevo asidero, se rompió y el animal se fue hacia atrás, cayendo de lleno sobre la muchacha. Frenética, ciega, esta buscó con las manos algún punto de apoyo. Sus dedos se aferraron a una grieta. El simio le golpeó el hombro y rebotó hacia fuera; sin embargo, el impacto de su cuerpo rompió el apoyo de la muchacha y esta se desplomó hacia atrás.

VIII
Alentejo

La luz del sol penetraba oblicuamente a través del follaje de viejos árboles y moteaba el suelo cubierto de hierba de un pequeño claro natural que había en el corazón de la jungla. Era un lugar tranquilo y sereno. Las hojas de los árboles susurraban suavemente, ronroneando con las caricias de la agradable brisa, allí, en el corazón de un viejo bosque aún no contaminado por la crueldad del hombre.

Una docena de grandes simios se hallaba en cuclillas alrededor de algo que estaba en la sombra a un lado del claro. Era el cuerpo sin vida de un hombre blanco.

—Muerto —dijo Ga-un.

—No —insistió Ungo; y una vez más Zu-tho zarandeó suavemente al hombre mono.

Tarzán parpadeó y luego abrió los ojos. Miró aturdido los rostros de los grandes simios. Recorrió el claro con la mirada. Sentía un terrible dolor de cabeza. Débilmente, se llevó una mano a la sien y palpó la sangre seca de una fea herida. Intentó apoyarse en un codo, momento en que Ungo le pasó un brazo por debajo y le ayudó. Vio entonces que tenía el cuerpo salpicado de sangre seca.

—¿Qué ha ocurrido, Ungo? —preguntó.

—Vinieron tarmangani con los palos de fuego. ¡Pum! Tarzán cayó. Tarzán sangró. Ungo se llevó a Tarzán.

—¿Y la tarmangani hembra? —preguntó Tarzán—. ¿Qué fue de ella?

—Se fue con tarmangani.

Tarzán hizo gestos de asentimiento. En ese caso, estaba a salvo. Se hallaba con su gente. Se preguntó quién le habría disparado y

por qué. No había visto a Crump. Bueno, las manos de todos los hombres parecían estar contra él. Mayor razón aún por la que debía curarse rápidamente y buscar al impostor que era el causante de todo aquello.

Tarzán se recuperó enseguida de los efectos de la herida, que le había rozado el cráneo pero no lo había fracturado.

Un día, cuando se sintió repuesto, interrogó a Ungo. Le preguntó si alguna vez había visto a algún otro hombre blanco que fuera desnudo como Tarzán. Ungo asintió y levantó dos dedos.

Tarzán supo que Ungo había visto a este hombre dos veces.

—Con mangani extraños —añadió Ungo.

Esto resultaba interesante: un hombre que decía ser Tarzán y que se relacionaba con los grandes simios.

—¿Dónde? —preguntó el hombre mono.

Ungo discutió el asunto con los otros simios. Algunos de ellos deseaban regresar a su territorio de caza. Hacía mucho tiempo que habían salido de allí, y estaban inquietos; pero al fin accedieron a ir con Tarzán, y al día siguiente Tarzán de los Monos, con sus grandes amigos antropoides, emprendió el camino hacia los montes Ruturi.

* * *

Cuando el cuerpo del simio golpeó el hombro de Sandra, su curso se desvió lo suficiente para no golpear a los otros simios que se encontraban debajo; pero Sandra cayó de lleno sobre el simio que iba justo debajo de ella. Aferrándose precariamente en los escasos asideros, la bestia agarró uno de los tobillos de la muchacha, y aunque no pudo retenerla, su acción retrasó su caída, de modo que el simio que estaba debajo de él pudo asirla y sujetarla.

Colgando cabeza abajo, la muchacha vio el cuerpo del simio que había caído a la garganta, muy abajo. Fascinada, observó los brazos y piernas que se agitaban de forma grotesca; pero justo antes de que el cuerpo golpeara el suelo cerró los ojos; luego llegaron a sus oídos los rugidos y gruñidos de los grandes carnívoros que peleaban por el cuerpo.

El hombre, que había llegado a un saliente que proporcionaba un apoyo relativamente resistente, al mirar abajo vio el apuro en que se encontraban la muchacha y el simio que la sujetaba.

Comprobó que el gran antropoide no podía avanzar ni retroceder, tampoco podían ayudarle el simio que estaba sobre él ni el que iba debajo; mientras tanto la muchacha, colgando cabeza abajo, se hallaba absolutamente indefensa.

La horrorizada muchacha se dio cuenta también de la situación tan apurada en la que se encontraba. El único modo en que el simio podía salvarse era soltándola a ella. ¿Cuánto rato tardaría el gran bruto en rendirse al instinto de supervivencia?

Entonces oyó la voz del hombre por encima de ella.

—Voy a arrojarte una cuerda. Átatela con firmeza al cuerpo. Sancho y yo te subiremos.

Mientras hablaba, ató las dos cuerdas con las que había estado conduciendo a las dos mujeres y arrojó un extremo a la muchacha. Con gran dificultad, pero tan deprisa como pudo, Sandra se la ató con fuerza alrededor de su cuerpo por debajo de los brazos.

—Estoy lista —dijo; y volvió a cerrar los ojos.

El gran simio, Sancho, y el hombre la izaron lentamente, centímetro a centímetro, en lo que a ella le pareció una eternidad espeluznante; pero al fin puso los pies en el pequeño saliente junto a su salvador. Había sido muy valiente durante la difícil prueba, pero al reaccionar tras ella se puso a temblar violentamente.

El hombre le puso una mano en el brazo.

—Has sido muy valiente —dijo—. No te vengas abajo ahora. Lo peor ya ha pasado y pronto estaremos en la cima.

—Ese pobre simio —dijo ella, estremeciéndose—. Le he visto caerse… hasta los leones.

—Sí —coincidió él—, ha sido una pena. Fernando era un buen sirviente; pero esas cosas, a veces, ocurren. Sin embargo, no se quedan sin compensación. Los guardianes de Alentejo no están demasiado bien alimentados. A veces se matan unos a otros para obtener carne. Siempre son voraces.

Entonces Sandra recuperó el control de sí misma y reanudaron la ascensión; pero esta vez Sancho y el hombre siguieron sujetando la cuerda.

Pronto llegaron a un punto en el que la chimenea había sido erosionada muy lejos de la cima en el acantilado, de modo que se inclinaba hacia arriba formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. En comparación con lo que había ocurrido antes, para la

muchacha esto era casi como caminar sobre un sendero llano; y en media hora, durante la cual descansaron varias veces, alcanzaron la cima.

La muchacha vio ante sus ojos una vasta colina llana. Más cerca distinguió un bosque, y al fondo un pequeño riachuelo serpenteaba para saltar sobre el borde del acantilado y formar la cascada cuya belleza no había podido apreciar debido a la terrible ascensión.

El hombre que se llamaba Dios dejó que la muchacha se tumbara en la verde hierba y descansara.

—Sé lo que has soportado —dijo, comprensivo—, pero ya ha pasado y nada debes temer. Estoy muy contento de haberte traído hasta aquí sana y salva. —Vaciló, y la perplejidad que ella había observado antes se reflejó en los ojos del hombre—. Siempre me siento contento cuando estoy contigo. ¿Por qué será? No lo entiendo.

—Yo tampoco —dijo la muchacha.

—Yo no quería una diosa —prosiguió él—. Ni siquiera quería ir a buscar una. Cuando te encontré, no quería traerte aquí. Sé que me odias, y eso me entristece; sin embargo, soy feliz cuando estás conmigo. No creo que jamás haya sido tan feliz. No recuerdo haber sido feliz nunca.

—Sin embargo, no tenías que traerme aquí —dijo ella—. Podías haberte quedado con el safari de mi padre.

—Debía traerte aquí. Da Gama me dijo que te trajera, y se habría enfadado mucho si no lo hubiera hecho.

—No tenías por qué haber vuelto. No creo que este sea tu sitio. Eres un hombre muy extraño.

—Sí, soy extraño —admitió—. No me entiendo a mí mismo. ¿Sabes? —se inclinó hacia ella—, creo que estoy algo loco; en realidad, estoy seguro de ello.

Sandra estaba más que segura de ello; pero no sabía qué decir, y por lo tanto no dijo nada.

—Crees que estoy loco, ¿verdad? —preguntó el hombre.

—Has hecho cosas muy extrañas —admitió ella—, cosas muy incoherentes.

—¿Incoherentes?

—A pesar del hecho de robarme a mi padre, y más tarde a mis amigos, has sido muy amable y considerado conmigo; sin embargo,

a sangre fría y sin provocación arrojaste a esa pobre mujer negra a los leones.

—No veo nada malo en ello —dijo él—. Todas las criaturas de Dios deben comer. Los waruturis se comen a los de su propia especie. Tú comes muchas criaturas de Dios que otras personas han ido a matar para ti. ¿Por qué está mal que los leones se coman a una de las criaturas de Dios, y en cambio está bien si lo haces tú?

—Hay una diferencia —dijo ella—. Esa mujer era un ser humano.

—Era una caníbal cruel y salvaje —dijo el hombre—. Los pequeños antílopes que tú comes son inofensivos y buenos; o sea, que si alguno de los dos casos está mal, ese es el tuyo sin duda alguna.

—Me temo que ni tú vas a convencerme ni yo voy a convencerte —dijo Sandra—, y de todos modos, ¿qué importa?

—A mí me importa mucho —dijo él.

—¿Y por qué? —preguntó la muchacha.

—Porque me gustas —dijo él— y deseo agradarte.

—No creo que seas tan optimista como para creer que me puede gustar el hombre que me separó de mi padre y me trajo a este horrible lugar del que no puedo esperar huir jamás.

—Alentejo no es un lugar horrible —dijo él—. Es un sitio agradable para vivir.

—No me importa si es horrible o agradable —replicó ella—. Tendré que quedarme aquí, porque jamás podré descender ese espantoso acantilado.

—Espero que lleguemos a gustarte Alentejo y yo —observó él con aire ilusionado.

—Jamás —respondió la muchacha.

El hombre meneó la cabeza con tristeza.

—No tengo amigos —dijo—. Creía que tal vez, al fin, había encontrado uno.

—Aquí tienes a tu gente —dijo ella—. Debes de tener amigos entre ellos.

—Ellos no son mi gente —replicó el hombre—. Yo soy Dios, y Dios no tiene amigos.

Se quedó en silenció y después emprendió el camino de nuevo en dirección al bosque, que se extendía al otro lado de la meseta.

Siguieron el riachuelo junto al cual había un sendero muy trillado que finalmente les llevó al bosque, en el cual se habían adentrado unos ochocientos metros cuando de pronto apareció ante los asombrados ojos de la muchacha un gran castillo erigido en un claro. Era un castillo como los que había visto en Abisinia, en una de las anteriores expediciones de caza de su padre; un castillo como el que el clérigo portugués Pedro Díaz construyó allí a principios del siglo XVII.

En aquella época Sandra había leído mucho sobre el intento de colonización de Abisinia por parte de Portugal, y estaba muy familiarizada con los detalles de aquel malhadado plan. Muchas veces había oído a su captor hablar de Da Gama; pero ese nombre adquirió un significado particular para ella cuando vio aquel castillo. Ahora se explicaba el porqué de los otros nombres que el hombre había utilizado, como Ruiz el sumo sacerdote, y Fernando y Sancho, los simios: todos ellos nombres portugueses. Ahora se enfrentaba a un nuevo misterio.

IX
Cuando el león atacó

Dutton se había levantado antes del amanecer la mañana siguiente al secuestro de Sandra por el falso Tarzán y sus sirvientes de Dios. Fue en busca de su criado, mas no pudo encontrarle. Perplejo, despertó al jefe y le dijo que avisara a los otros muchachos, que desayunaran y prepararan los fardos pues había decidido llevar adelante el safari para ir en busca de Sandra; después despertó a Gantry y a los otros dos blancos.

Nada más amanecer, era evidente que faltaban varios muchachos, y Dutton envió a buscar al jefe.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Qué se ha hecho de los porteadores y askaris que no están en el campamento?

—Bwana —dijo el jefe—, tenían miedo, y deben de haberse escapado durante la noche.

—¿De qué tenían miedo? —preguntó Dutton.

—Saben que Tarzán y sus monos entraron anoche en el campamento y se llevaron a la chica. Tienen miedo de Tarzán. No quieren que se enfade. También tienen miedo de los waruturis, que son caníbales; y están muy lejos de casa. Desean regresar a su región.

—Se han llevado parte de nuestras provisiones —dijo Dutton—. Cuando regresen serán castigados.

—Sí, bwana —aceptó el jefe—, pero prefieren ser castigados en casa que morir aquí. Yo de ti, bwana, daría media vuelta. No puedes hacer nada en esta región contra Tarzán y los waruturis.

—Tarzán está muerto —dijo Crump—. Lo sé. Yo mismo le maté. Y en cuanto a los waruturis, podemos mantenernos alejados de sus aldeas. De todos modos, tenemos suficientes armas para

amedrentarles.

—Se lo diré a mi gente —dijo el jefe—, pero yo de ti daría media vuelta.

—Creo que tiene algo de razón —intervino Gantry—. No me gusta nada todo esto.

—Vuelve si quieres —dijo Crump—, pero yo no voy a renunciar fácilmente a esa recompensa.

—Ni yo —coincidió Minsky.

—Y yo no abandonaré —dijo Dutton— hasta que haya encontrado a *miss* Pickerall.

No eran un grupo de porteadores y askaris muy entusiastas los que emprendieron la marcha con los cuatro hombres blancos aquella mañana. Dutton y Gantry encabezaban la columna, siguiendo el sendero llano que los simios habían hecho, mientras que Crump y Minsky iban en la retaguardia para impedir las deserciones. Los nativos se mostraban hoscos. El jefe, que normalmente era locuaz, caminaba en silencio. Nadie cantaba. El ambiente era tenso. Caminaron todo el día haciendo solo un descanso a mediodía; pero no alcanzaron a la muchacha y a su captor.

A media tarde, sorprendieron a un guerrero solitario. Trató de escapar, pero Crump alzó su rife y le disparó.

—Un waruturi —dijo al examinar el cadáver—. ¿Veis esos dientes afilados?

—¡Caramba! —exclamó Gantry—. Mira los adornos de oro que lleva. Vaya, este tipo va cargado de oro.

Los negros del safari se agolparon alrededor del cadáver. Observaron los dientes afilados.

—Waruturi —murmuraron.

—*Mtu mla vatu* —dijo uno, con voz asustada.

—Sí —dijo el jefe—, «caníbales». —Era evidente que incluso él estaba impresionado y tenía miedo, a pesar del hecho de que en otro tiempo en su propia región había sido un notable guerrero.

Aquella noche reinó una sombría calma; y por la mañana, cuando los hombres blancos se despertaron, comprobaron que se hallaban solos.

Crump se puso furioso. Recorrió el campamento profiriendo maldiciones a grito pelado como un loco.

—Esos demonios negros se han llevado todas nuestras provisiones y la mayor parte de nuestra munición —se lamentó.

—Ese caníbal al que mataste acabó con ellos —dijo Gantry— y no sé si reprochárselo demasiado. Los caníbales no son agradables. Creo que los muchachos son mucho más sensatos que nosotros.

—¿Tienes miedo? —preguntó Crump.

—No digo que tenga miedo, ni tampoco que no lo tenga —replicó Gantry, evasivo—. Llevo mucho más tiempo que tú en este país, Tom, y he visto algunas cosas que hacen esos salvajes y he oído a los ancianos contar historias que se remontan a la época de Stanley. Esos caníbales harían cualquier cosa por un pedazo de carne humana. Bueno, incluso siguieron al safari de Stanley cuando sus hombres morían de viruela y se comían los cadáveres. Creo que deberíamos retroceder, amigos.

—¿Y perder esa recompensa? —preguntó Minsky.

—¿Y abandonar a *miss* Pickerall a su destino sin intentar siquiera encontrarla?

—Hemos intentado dar con ella —dijo Gantry—. No hay ni una posibilidad entre un millón de que los cuatro podamos atravesar esta región vivos. No hay ni una posibilidad entre diez millones de que podamos rescatarla, si alcanzamos a ese tal Tarzán y a sus simios.

—Bueno, estoy dispuesto a seguir —concluyó Dutton—. Vosotros haced lo que os plazca.

—Yo voy contigo —dijo Crump.

—Tú no harás nada por unas cuantas miserables libras —le amenazó Gantry.

—Hay algo más en esto que unas cuantas miserables libras —replicó Crump—. Ayer viste el oro que llevaba encima ese guerrero, ¿no? Bueno, me hizo recordar algo que oí hace un par de años. Ese oro procedía de los montes Ruturi. Allí se encuentran trozos grandes como dos puños. En ese lugar está el filón de todos los filones que hay en las colinas. Si los waruturis pueden dar con él, nosotros también.

—Supongo que tendrás que volver solo, Gantry —dijo Minsky.

—Sabes muy bien que jamás podría volver solo —replicó Gantry —. Iré con vosotros, pero quiero mi parte de la recompensa y del oro que encontremos.

—Se cuentan muchas historias curiosas sobre ese oro —recordó Crump—. Dicen que está protegido por mil leones y dos tribus que viven detrás, en los montes Ruturi.

—Bien, ¿y cómo lo consiguen los waruturis? —preguntó Minsky.

—Bueno, esa gente de las montañas no tienen ni sal ni hierro. Ellos bajan oro para comprar esos artículos a los waruturis, no muy a menudo, solo de vez en cuando. Los waruturis compran sal y hierro a otras tribus, lo cambian por marfil, porque saben que tarde o temprano aquellos tipos bajarán de las montañas y traerán oro.

—¿Qué te hace pensar que puedes encontrar aquí esta mina de oro? —preguntó Gantry.

—Bueno, está en los montes Ruturi y tiene que haber senderos que lleven allí.

—¿Y tú, Dutton? —quiso saber Gantry—. ¿Estás de acuerdo?

—Tenemos razones para creer que llevan a *miss* Pickerall a los montes Ruturi. Vosotros id en busca de vuestra mina de oro. Mientras nuestras rutas sigan la misma dirección, podemos permanecer juntos. Estoy de acuerdo en ayudaros en vuestra búsqueda, si vosotros estáis de acuerdo en ayudarme en la mía. Si permanecemos juntos, tenemos más oportunidades de conseguirlo. Cuatro armas son mejores que una, o dos, o tres.

—Eso parece sensato —dijo Minsky—. Permaneceremos juntos.

—Una cosa que debemos hacer, cualquiera que sea el camino que tomemos —dijo Gantry es comer, y no tenemos nada de comida. Mañana habrá que ir de caza.

A primera hora de la mañana siguiente los cuatro hombres partieron en diferentes direcciones para cazar. Dutton fue hacia el oeste. El bosque era claro y la marcha buena. Esperaba que uno de ellos matara algún animal, para poder seguir buscando a Sandra Pickerall. Creía sin duda alguna que seguían los pasos de sus secuestradores, y tenía muchas esperanzas de encontrarla. Detestaba retrasarse, aunque fuera para cazar y poder comer; pero había tenido que atenerse a los deseos de los demás. Al fin y al cabo, un hombre no podía viajar indefinidamente con el estómago vacío. Siempre se mantenía alerta a las señales de algún animal para cazar, pero él era un hombre civilizado con un historial de centenares de años de cultura a sus espaldas. Sus sentidos del olfato y el oído no eran aguzados. Habría podido pasar a tres metros del

mejor antílope del mundo, si el animal hubiera estado fuera del alcance de su vista; pero había otros cazadores en el bosque con la nariz y el oído muy finos.

Numa, el león, no había matado nada la noche anterior. Se estaba haciendo viejo. No saltaba con la agilidad o la seguridad de su época de juventud. Fallaba su objetivo con demasiada frecuencia, a veces solo por el roce de una garra. Ese día tenía hambre. Había estado acechando a Dutton durante algún tiempo; pero el desconocido olor del hombre blanco le hacía ser inusualmente cauto. Se deslizaba detrás del americano, manteniéndose fuera de la vista todo lo que podía, tumbándose pegado al suelo de pronto para quedarse inmóvil cuando Dutton se paraba, como hacía de vez en cuando para aguzar el oído y para buscar algún animal con la vista.

Había otro cazador en la jungla con los sentidos más aguzados y un mejor cerebro que Dutton o *Numa*. *Usha*, el viento, había transportado el rastro de olor de ambos, el hombre y el león, a su sensible olfato; y ahora, empujado más por la curiosidad que por el humanitarismo, avanzaba en silencio y con agilidad por los árboles, de cara al viento, hacia los dos.

Dutton empezaba a creer que no había fieras en la jungla. Pensó que tal vez iba en una dirección equivocada y decidió torcer a la izquierda para ver si podía encontrar un sendero por el que pudiera seguir el rastro de algún animal.

El león se encontraba ahora completamente a la vista; y en el instante en que Dutton se detuvo, el gran felino se pegó al suelo; pero no había forma de ocultarse, y cuando Dutton torció a la izquierda vio el manto dorado del rey de las fieras. Miró con atención para ver lo que era, y se sumió en el desaliento. Nunca había matado un león, pero había oído contar suficientes historias sobre ellos para saber que aunque una bala le atravesara el corazón, podía seguir viviendo el tiempo suficiente para atacar a un hombre y matarlo. Además, estaba el hecho de que no sabía que era un mal tirador. Empezó a retroceder hacia un árbol, con la idea de que podría refugiarse entre sus ramas antes de que el león le alcanzara.

Numa se levantó muy despacio y con paso majestuoso se dirigió hacia él, mostrando sus grandes colmillos amarillentos y lanzando unos rugidos que le brotaban del fondo de sus entrañas. Dutton intentó recordar todo cuanto había oído sobre matar un león. Sabía

que el cerebro era muy pequeño y estaba situado en la parte trasera del cráneo, bien protegido por un fuerte hueso. El lugar al que había que apuntar era el pecho izquierdo, exactamente entre el hombro y el cuello. Esto le atravesaría el corazón, pero el blanco parecía muy pequeño; y aunque el león solo estaba caminando, se movía de un lado a otro y arriba y abajo. De pronto, retrocediendo, Dutton dio un salto y se subió a un árbol. Exhaló un suspiro de alivio y miró hacia arriba. El desaliento volvió a apoderarse de él, pues la rama más próxima estaba solo a tres metros del suelo. Él no lo sabía, pero si la rama hubiera estado a cuatro metros, el león habría podido alcanzarle, en caso de ataque, mucho antes de que él hubiera saltado para ponerse a salvo; porque pocas cosas hay en la tierra más rápidas que un león cuando ataca.

El gran león se iba acercando. A medida que se aproximaba parecía hacerse más grande; y ahora rugía de un modo horrible, mirando a su víctima con sus relucientes ojos verdeamarillentos. Dutton murmuró en silencio una breve plegaria cuando alzó el rifle y apuntó. Se oyó un fuerte estallido cuando apretó el gatillo. El león se desplomó sobre las patas, detenido por un momento a causa del impacto de la bala, y luego, lanzando un espantoso rugido, atacó.

X
Sacrificio humano

Cuando Sandra Pickerall se encontró ante el imponente castillo de Alentejo aumentaron sus esperanzas, pues le pareció que un edificio tan impresionante debía de estar habitado por hombres y mujeres civilizados; por personas que comprenderían su situación, por lo que tal vez, con el tiempo, llegara a convencerles de que la devolvieran a su gente.

Esperaba que la llevaran a alguna pequeña aldea de nativos, gobernada probablemente por un sultán negro donde sería insultada y maltratada por al menos una veintena de esposas y concubinas. La insistencia de su captor en que ella sería una diosa nunca le había impresionado, pues estaba convencida de que aquel hombre estaba loco y creía que sus historias no eran sino producto de su mente perturbada.

—¡De modo que este es el castillo de Alentejo! —exclamó la muchacha, casi en voz alta.

—Sí —dijo el hombre—. Es el castillo de Cristóforo da Gama, el rey de Alentejo.

No había señales de vida fuera del castillo; pero cuando su compañero se adelantó y señaló la gran puerta con la empuñadura de su cuchillo, un hombre se inclinó desde la barbacana y le gritó:

—¿Quién va? —Y luego exclamó—: ¡Oh, es Dios, que ha regresado!

—Sí —respondió el captor de la muchacha—. Es aquel al que el rey llama Dios. Déjanos entrar, y envía recado a Cristóforo da Gama, el rey, de que he regresado y traigo a una diosa.

El hombre se apartó de la abertura y Sandra le oyó que llamaba a alguien en el interior de la puerta, que entones se abrió

lentamente; y un instante después Sandra y su captor entraron en el patio, mientras los sirvientes de Dios regresaban a la jungla.

Tras la puerta había un número de soldados del color del chocolate puestos en pie, con cascos de oro y corazas de cota de malla dorada. Llevaban desnudas las piernas morenas y los pies, calzados con toscas sandalias. Todos portaban espadas y algunos llevaban hachas de guerra, y otros antiguos mosquetes, estos últimos con un aspecto muy impresionante a pesar del hecho de que en Alentejo llevaban casi cuatrocientos años sin munición.

En el patio, que era ancho y que se extendía alrededor del castillo, había hileras de plantas de jardín, entre las que tanto hombres como mujeres trabajaban. También estos, igual que los soldados de la puerta, tenían un color muy parecido al del chocolate. Los hombres vestían chalecos de piel y sombreros de ala ancha; y las mujeres, un atuendo que se asemejaba a un sarong atado a las caderas. Las mujeres iban desnudas de cintura para arriba. Todas mostraron una considerable excitación cuando reconocieron al hombre; y cuando, más tarde, él y Sandra fueron conducidos a través del patio hacia la entrada principal del castillo, se arrodillaron y se santiguaron al pasar por delante de ellas.

Sandra estaba confundida por esta muestra de que aquella gente, al menos, creía que su compañero era un dios. Tal vez todos estaban locos. Esta idea le causó una considerable inquietud. Ya era bastante tener la sensación de que se hallaba en manos de un loco, pero ser prisionera en una tierra de locos resultaba demasiado espantoso para pensar en ello.

En el interior del castillo fueron a recibirles media docena de hombres ataviados con largas túnicas con capucha. Cada uno llevaba una cadena de abalorios de la que colgaba una cruz. Era evidente que se trataba de sacerdotes. Estos les condujeron por un largo corredor hasta un gran apartamento que Sandra reconoció de inmediato como la sala del trono.

En este aposento entraba gente por otras puertas, como si hubieran sido convocados recientemente, y se congregaron ante un estrado sobre el que se erguían tres tronos.

Los sacerdotes condujeron a Sandra y a su compañero al estrado, y mientras atravesaban la sala la gente se apartaba a ambos lados y se arrodillaba y se santiguaba.

«Realmente se lo toman en serio», pensó Sandra.

Después de subir al estrado, tres de los sacerdotes condujeron al hombre, que creían que era Tarzán y al que llamaban Dios, al trono de la derecha. Mientras uno se quedaba de cara al público, los otros dos hacían sentar a Sandra en el trono de la izquierda, dejando vacío el trono del centro.

Entonces se oyó el tronar de unas trompetas en el otro extremo del aposento. Se abrieron puertas de par en par y entró una procesión encabezada por dos trompeteros. Detrás de ellos iba un hombre gordo con una corona de oro en la cabeza, y detrás de él una doble fila de hombres con cascos y corazas de oro y grandes espadas de doble filo que les colgaban al costado. Todos ellos subieron al estrado, todos menos el hombre gordo con la corona, y pasaron por detrás de los tres tronos para ocupar sus respectivos lugares.

El hombre que llevaba la corona se paró un momento ante Sandra, hizo ademán de arrodillarse y se santiguó; luego pasó por delante del hombre al que llamaban Dios y repitió su genuflexión ante él, tras lo cual se sentó en el trono del centro.

Las trompetas volvieron a sonar y apareció otra procesión en la sala del trono. La encabezaba un hombre vestido con una larga túnica negra con capucha. Portaba al cuello un cordón con cuentas del que colgaba una cruz. Era mucho más moreno que la mayoría de los presentes en la estancia, pero sus facciones no eran negroides. Eran más semíticas y sin duda alguna semejantes a las de un halcón. Era Ruiz, el sumo sacerdote. Detrás de él iban las siete esposas del rey. Las mujeres entraron y se sentaron sobre túnicas de búfalo y pieles de león extendidas en el estrado a los pies del trono del centro.

Ruiz se quedó de pie detrás de un altar de piedra bajo, que parecía haber sido pintado de un color rojo parduzco, como óxido.

Durante largo rato Ruiz, el sumo sacerdote, permaneció en el centro del estrado. Los ritos, que a todas luces eran de naturaleza religiosa, prosiguieron de forma interminable. Ruiz quemó tres veces un polvo sobre el altar. Por el espantoso olor que desprendía Sandra dedujo que el polvo debía de estar hecho básicamente de pelo. La asamblea entonó un canto al extraño acompañamiento de tamtanes paganos. De vez en cuando el sumo sacerdote hacía la

señal de la cruz, pero a Sandra le resultaba evidente que se había convertido en diosa de una religión bastarda que no tenía ninguna conexión con el cristianismo, aparte del simbolismo de la cruz, que era evidente que no tenía ningún significado para el sumo sacerdote y sus seguidores.

Oyó mencionar varias veces a Kibuka, el dios de la guerra; y a Walumbe, el dios de la muerte, se le suplicaba con frecuencia; mientras que Mizimo, los espíritus que han partido, ocupaban un lugar destacado en el cántico y las plegarias. Por supuesto, se trataba de una forma muy primitiva de adoración pagana de la que derivaba el vudú.

Durante el transcurso de toda esta larga ceremonia los ojos del público se posaban a menudo en Sandra, en especial los de Cristóforo da Gama, rey de Alentejo.

Al principio, los ritos habían interesado a la nueva diosa; pero a medida que transcurría el tiempo le parecían monótonos y aburridos. También la gente le había interesado. Era evidente que se trataba de un cruce de portugueses con negros, y tenían un aspecto ligeramente moruno. Las grandes cantidades de oro que había en la habitación despertaron su curiosidad, pues, con excepción de ella misma y del hombre al que llamaban Dios y de Ruiz el sumo sacerdote, todo el mundo iba cargado de adornos o atuendos de oro. Las esposas del rey iban tan cargadas de oro que se preguntó cómo podían andar.

Sandra estaba muy cansada. No había tenido ocasión de descansar; y aún llevaba los harapos con los que había sufrido tantas penurias, así como la suciedad producida por su larga caminata. Los ojos se le cerraban de sueño. Notaba que los párpados le iban bajando y se dio cuenta de que estaba dando una cabezada cuando de pronto unos fuertes gritos la despertaron con sobresalto.

Al levantar la mirada vio a una docena de danzarinas desnudas que entraban en la estancia, y detrás de ellas dos soldados que arrastraban a una muchacha negra de unos doce años que no dejaba de gritar. Entonces el público se puso alerta, estiraba el cuello y todos los ojos se centraron en la chiquilla. Los tamtanes sonaban con una cadencia salvaje. Las danzarinas, saltando, inclinándose, dando vueltas, se acercaron al altar; y mientras ellas bailaban los soldados alzaron a la chiquilla que no dejaba de gritar y la

sostuvieron boca arriba, sobre su superficie manchada y marrón.

El sumo sacerdote hizo unos pases con las manos por encima de la víctima, mientras entonaba una jerga sin sentido. Los gritos de la chiquilla se habían reducido a sollozos y gemidos, mientras Ruiz se sacaba un cuchillo de debajo de la túnica. Sandra se inclinó hacia delante en su trono agarrándose los brazos, con los ojos abiertos con todas sus fuerzas ante la horrible escena que se le ofrecía a la vista.

Un silencio mortal inundó la habitación, quebrado solo por los sollozos entrecortados de la chiquilla. El cuchillo de Ruiz relució un instante por encima de la víctima, y luego la punta se hundió en su corazón. Sin vacilar le cortó la garganta y untándose las manos con la sangre que brotaba roció con ella al público, que se precipitó para recibirla; pero Sandra Pickerall no vio nada más. Se había desmayado.

XI
La voz en la noche

Cuando el león atacó, Dutton volvió a disparar y erró; entonces, para su asombro, vio a un hombre semidesnudo caer directamente del árbol bajo el cual se encontraba sobre el lomo del león y que la gran bestia se estrellaba contra el suelo por unos instantes.

Distraída ahora su atención de la presa que perseguía, el gran felino se volvió contra el hombre-cosa que se aferraba a su lomo. Un brazo de acero le rodeó el cuello y unas potentes piernas se entrelazaron bajo su vientre. Se puso sobre las patas traseras para quitarse de encima a aquella criatura.

Dutton observaba la escena atónito y aterrado. Vio la reluciente hoja que el hombre sostenía con la mano izquierda hundirse una Y otra vez en el costado de la bestia, y oyó los rugidos del primero mezclarse con los del carnívoro; y se le puso carne de gallina. Quería ayudar al hombre, pero no podía hacer nada, pues como se movía tan rápido y los cuerpos se entrelazaban resultaba imposible emplear el rifle sin poner en peligro la vida de su salvador.

Pronto terminó todo. El león, mortalmente herido por el rifle y el cuchillo, permaneció inmóvil un momento sobre sus temblorosas patas y luego cayó pesadamente al suelo para yacer muerto.

Lo que su cedió a continuación, Dutton lo supo al instante, permanecería grabado de forma indeleble en su memoria durante toda su vida. El vencedor se levantó del cuerpo de su enemigo muerto, colocó un pie sobre la carcasa y, alzando el rostro hacia el cielo, lanzó un desgarrador e interminable grito. Era el grito de victoria del simio macho; aunque esto Dutton no lo sabía. Luego, el hombre se volvió hacia él, extinguiéndose en sus ojos el destello salvaje que había brillado durante la batalla.

—¿Eres Pelham Dutton? —preguntó.

—Sí —respondió Dutton—, pero ¿cómo lo sabes?

—Te he visto antes; y la muchacha a la que estás buscando me dijo tu nombre y me dio tu descripción.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Tarzán de los Monos.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Dutton.

—Solo hay un Tarzán.

Dutton observó la herida medio curada que Tarzán tenía en la sien.

—¡Oh! —exclamó—, no eres el que robó a *miss* Pickerall. Eres el que la rescató, al que Crump disparó.

—Así que fue Crump el que me disparó —masculló Tarzán.

—Sí, fue Crump. Creía que eras tú quien había secuestrado a *miss* Pickerall.

—Sin embargo, en lo que más pensaba era en la recompensa y en su venganza. Es un hombre malo. Habría que destruirle.

—Bueno, al final la ley probablemente le atrapará —comentó Dutton.

—Al final le atraparé yo —replicó Tarzán. Lo dijo con gran sencillez, pero Dutton se alegró de no ser Crump.

—¿Qué hacías solo en la jungla? —preguntó Tarzán.

—Cazar —respondió el americano—. Los chicos de nuestro safari nos han abandonado, llevándose todas las provisiones y el equipo. No teníamos comida; y por eso esta mañana hemos echado a andar en diferentes direcciones para cazar.

—¿Quiénes son los demás? —preguntó Tarzán. ¿Crump, Minsky y Gantry?

—Sí —dijo Dutton—, pero ¿cómo sabes sus nombres?

—La muchacha me los dijo. También me contó que tú eras el único de los cuatro en quien confiaba.

—Sin duda yo no confiaría ni en Crump ni en Minsky —coincidió Dutton—, y no estoy muy seguro de Gantry. Últimamente ha estado cuchicheando mucho con ellos, y su mente piensa más en la recompensa que en salvar a *miss* Pickerall. Verá, su padre ha ofrecido una recompensa de mil libras al que se la devuelva.

—Y quinientas libras por mí, vivo o muerto —añadió Tarzán con una sonrisa torva.

—Bueno, ofreció eso por el hombre que secuestró a su hija; un hombre que nos había dicho que era Tarzán de los Monos.

—¿Qué habéis hecho con *miss* Pickerall mientras cazabais? —preguntó Tarzán.

—No está con nosotros —dijo Dutton—. La volvió a secuestrar un grupo de simios dirigidos por un hombre blanco. Debía de ser el mismo que decía ser Tarzán de los Monos.

—¿Y la estáis buscando? —preguntó el hombre mono.

—Sí —respondió Dutton.

—Entonces nuestros caminos van en la misma dirección, pues yo estoy buscando al hombre que la secuestró. Ya ha causado demasiados problemas. Le destruiré.

—¿Irás con nosotros? —preguntó Dutton.

—No —respondió el hombre mono—. No me gustan tus compañeros. Y me sorprende que tres hombres así, familiarizados con África, corran los riesgos que están corriendo por trescientas miserables libras cada uno, como mucho quinientas, si me matan también, pues debo decir que sin un safari, y solo cuatro armas, no hay ni una sola probabilidad.

—Tienen otro incentivo —dijo Dutton.

—¿Cuál? —preguntó el hombre mono.

—Una fabulosa mina de oro que se supone que se halla en los montes Ruturi.

—Sí —aseguró Tarzán—. He oído hablar de esa mina. Creo que no cabe ninguna duda de que existe, pero jamás llegarán a ella.

—Sin embargo… tú tienes intención de ir solo a los montes Ruturi —replicó Dutton—. ¿Cómo esperas hacerlo, si crees que nosotros cuatro no lo conseguiremos?

—Yo soy Tarzán —respondió el hombre mono.

Dutton se quedó reflexionando sobre eso. Le impresionó la sencilla seguridad de aquel hombre que podría llevar a cabo lo que cuatro hombres no podrían. También le impresionaba su capacidad, que había demostrado al vencer al rey de las bestias en un combate cuerpo a cuerpo.

—Me gustaría ir contigo —dijo—. Vas en busca del hombre que secuestró a *miss* Pickerall; y si le encuentras, yo la encontraré a ella; y como ya la rescataste una vez, estoy seguro de que me ayudarás a rescatarla de nuevo. En cuanto a los otros tres, solo les mueve la

avaricia. Si no hubiera recompensa, no darían un solo paso por salvar a *miss* Pickerall. Si encuentran la mina de oro, abandonarán su búsqueda.

—Probablemente tengas razón —dijo Tarzán.

—Entonces, ¿puedo ir contigo? —preguntó Dutton.

—¿Y que hay de los otros tres? —preguntó el hombre mono.

—Creerán que me ha ocurrido algo; pero ni siquiera me buscarán. En realidad no me sirven de mucho.

—Bien —dijo el hombre mono—, puedes venir conmigo si eres capaz de soportarlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dutton.

—Quiero decir que tratarás con bestias salvajes. Tendrás que aprender a actuar como una bestia salvaje, lo cual puede resultar difícil para un hombre civilizado. A las bestias salvajes no las mueve la avaricia, y pocas veces las ideas de venganza. Tienen más dignidad que el hombre. Solo matan para defenderse o para obtener comida. No mienten ni engañan, y son leales con sus amigos.

—Tienes muy buena opinión de las bestias salvajes, ¿verdad? —comentó Dutton.

—¿Por qué no iba a tenerla? —preguntó el hombre mono—. Nací y me crie entre ellas. Casi era un hombre adulto cuando vi por primera vez a otro ser humano o me di cuenta de que había otros seres como yo. Era un adulto antes de ver por primera vez a una persona blanca.

—¿Y tus padres? —preguntó Dutton.

—No les recuerdo —dijo Tarzán—. Era muy pequeño cuando murieron.

—Creo que comprendo tus sentimientos hacia los hombres —dijo Dutton—. A veces yo siento lo mismo. Iré contigo.

—¿Quieres ir antes a tu campamento? —preguntó Tarzán.

—No. Llevo conmigo todo cuanto poseo.

—Entonces, ven y sígueme. —Tarzán se dio la vuelta y echó a andar en dirección al norte.

Dutton le siguió, preguntándose qué le esperaba con aquella extraña criatura. Sentía cierta confianza en él; pero tal vez era porque no había sentido confianza alguna con ninguno de sus tres compañeros. Al llegar a un claro por el que discurría un riachuelo, Dutton, sin querer, se detuvo y puso el dedo en el gatillo de su rifle,

pues alrededor del claro había una docena de enormes simios antropoides, grandes, peludos, de aspecto salvaje. Vio que se levantaban, gruñendo, cuando Tarzán se acercó a ellos; entonces oyó que el hombre hablaba en una lengua extraña y vio que los simios se relajaban y le contestaban.

Tarzán se dio la vuelta y vio que Dutton se había detenido.

—Ven aquí —le dijo—. Deja que te huelan y se familiaricen contigo. Les he dicho que eres mi amigo. No te harán daño; pero no serán amistosos. Limítate a dejarles en paz, en especial a las hembras y a los balúes.

—¿Qué son los balúes? —preguntó Dutton.

—Los bebés. Los cachorros —explicó Tarzán.

Dutton se aproximó y los grandes simios se acercaron a él y le oliscaron y le tocaron con sus callosas manos. De pronto, uno de ellos le cogió el rifle y lo arañó con la mano. Tarzán le habló al simio, que entonces le devolvió el rifle.

—No les gustan las armas —explicó—. Les he dicho que solo la utilizarías para obtener comida o defender a la tribu. Procura usarla para esto.

—Hablando de comida —dijo Dutton—, ¿crees que podríamos conseguir algo por aquí? Estoy muerto de hambre. No he comido nada más que una fruta en los dos últimos días.

Tarzán alzó la cabeza y oliscó el aire.

—Espera aquí —dijo—. Te traeré comida. Y dicho esto se subió a un árbol y desapareció entre el follaje.

Dutton miró alrededor las grandes bestias salvajes que le rodeaban y no se sintió nada tranquilo. Era cierto que no le hacían caso, pero recordaba historias que había oído contar de machos que se volvían locos sin motivo aparente. Se puso a pensar y de pronto le asaltó una duda. Allí estaba un hombre blanco que se relacionaba con los simios. Un hombre blanco, acompañado por un grupo de simios había secuestrado a Sandra. ¿Podía ser que hubiera dos criaturas iguales en la jungla? ¿Podía darse semejante coincidencia? Empezó a dudar de la sinceridad de Tarzán y miró alrededor en busca de alguna señal de Sandra. Se puso en pie y echó a andar dando vueltas, atisbando detrás de los arbustos. Tal vez encontrara alguna pista. En los libros de aventuras siempre había una pista: un pañuelo, un retal de tela desgarrado de una prenda, una pisada. No

encontró nada parecido; pero seguía sin estar satisfecho, y aún se encontraba vagando por los alrededores del claro cuando regresó Tarzán, con un antílope pequeño al hombro. Tarzán cortó el cuarto trasero del animal y se lo arrojó a Dutton.

—¿Sabes hacer fuego? —preguntó.

—Sí —respondió el americano.

—Corta lo que quieras comer ahora —propuso el hombre mono — y guarda el resto para mañana.

—Coceré suficiente para ti también —se ofreció Dutton—. ¿Cuánto vas a comer?

—Cuece solo la tuya —replicó Tarzán—, yo me ocuparé de la mía.

Descuartizó la carcasa, separando diferentes piezas; luego llevó las vísceras y las arrojó entre los arbustos en la dirección del viento. Cuando regresó entregó unos trozos a cada uno de los simios, quienes, aunque en general son herbívoros, en ocasiones comen carne. Se sentaron donde estaban, Tarzán entre ellos, y desgarraron la carne cruda con los colmillos, gruñendo un poco mientras lo hacían.

Dutton estaba horrorizado, pues el hombre comía la carne cruda igual que las bestias y gruñía como ellas. Era horrible. Cada vez tenía más miedo. Ahora no apostaría ni un centavo por sus posibilidades.

Había caído la noche cuando hubieron terminado de comer.

—Después volveré —dijo Tarzán a Dutton—. Puedes tumbarte en cualquier parte y dormir. Los simios te avisarán si amenaza algún peligro. —Entonces le pidió a Ungo que procurara que no le ocurriera nada malo al hombre. Ungo gruñó.

* * *

Era tarde cuando el último de los tres hombres regresó al campamento. Ninguno de ellos había tenido suerte. Todos habían recogido y comido un poco de fruta y nueces; pero lo que necesitaban era carne, jugosa carne roja para recobrar fuerzas.

—Me pregunto dónde está el encopetado ese —dijo Gantry—. Creía que le encontraríamos aquí cuando regresáramos.

—Me importa un comino dónde esté —dijo Crump—. Cuanto

antes deje de verle para siempre, mejor. No soporto a esos canallas.

—No era tan mal tipo —dijo Gantry.

—Era como los demás —replicó Minsky—. ¿Sabes lo que piensan de nosotros allí? Piensan que somos escoria y así nos tratan. Odio a todos esos malditos burgueses. Forman parte del sistema capitalista, quitando el pan de la boca de los trabajadores, aplastando al proletariado bajo la bota de hierro del imperialismo.

—¡Mierda! —exclamó Crump—. Yo tampoco los soporto, pero todavía soporto menos a un maldito bolchevique.

—Eso es porque todavía eres una criatura del capitalismo —intervino Minsky—. Probablemente incluso perteneces a una iglesia y crees en Dios.

—Cierra el pico —instó Crump.

—Decidme —intervino Gantry, más para cambiar de tema que por otra cosa—, ¿habéis oído un grito esta tarde?

—Sí —dijo Minsky—. ¿Qué supones que ha sido?

—Yo también lo he oído —asintió Crump—. Ha sonado como una especie de… bueno… no sé qué.

—A mí me ha sonado como un alarido de muerte —apuntó Gantry—. Los nativos me dijeron que los simios machos a veces gritan a sí cuando han matado una presa.

—Voy a acostarme —dijo Gantry.

—Está bien —advirtió Crump—. Yo haré guardia durante cuatro horas, al cabo de las cuales te despertaré. Minsky te seguirá. Mantened el fuego encendido y procurad no quedaros dormidos durante la guardia, ninguno de los dos.

Minsky y Gantry se tumbaron en el suelo, mientras Crump arrojaba un poco más de madera al fuego y se sentaba junto a este. Reinaba un silencio absoluto. Más allá de los límites de la luz que arrojaba la fogata todo estaba negro como boca de lobo. El universo entero se hallaba englobado en aquel pequeño círculo de luz.

Crump estaba pensando en lo que podría hacer con el dinero del rescate y las riquezas que esperaba llevarse de la fabulosa mina de oro de Ruturi, cuando de pronto el silencio se vio quebrado por una voz que surgía de la oscuridad.

—Marchaos —gritó la voz—. Volved a vuestro país. Marchaos antes de que sea demasiado tarde.

Gantry y Minsky se incorporaron al instante.

—¿Qué diantre ha sido eso? —susurró este último con voz asustada.

XII
Viene el rey

Cuando Sandra recuperó el conocimiento, se hallaba tumbada en un diván cubierta con pieles de búfalo; Ruiz, el sumo sacerdote, estaba inclinado sobre ella murmurando un montón de palabras incomprensibles, mientras cuatro mujeres nativas y un muchacho de unos diecinueve años contemplaban la escena. Las nativas la miraban fijamente, con los ojos desorbitados y asustados, y cuando vieron que ella abría los ojos se pusieron de rodillas y se santiguaron.

Ruiz hizo gestos de asentimiento.

—La he hecho volver del cielo, hijos míos —dijo—. Cuidadla bien. Esta es la orden de Cristóforo da Gama, rey de Alentejo, y de Ruiz el sumo sacerdote. —Entonces se santiguó y salió de la habitación.

Las nativas seguían arrodilladas.

—Levantaos —ordenó ella; pero las mujeres no se movieron. Lo intentó de nuevo en swahili y entonces se pusieron en pie—. ¿Quiénes sois? —les preguntó en la misma lengua.

—Tus esclavas —respondió el muchacho.

—¿Por qué ponéis cara de tener tanto miedo? —preguntó.

—Porque tenemos miedo —dijo él— de estar tan cerca de una diosa. No nos mates. Te serviremos con lealtad.

—Claro que no voy a mataros. ¿Qué os ha hecho pensar que lo haría?

—El sumo sacerdote mata a muchos nativos Y los arroja a los guardianes de Alentejo. Una diosa podría querer matar más que un sumo sacerdote, ¿no?

—Yo no quiero matar a nadie. No debéis tener miedo de mí.

¿Cómo te llamas?

—Kyomya —respondió el muchacho—. ¿Cómo podemos servirte, diosa?

Sandra se sentó en el borde del camastro y miró alrededor. La habitación era grande y estaba bastante desprovista de muebles. Solo contenía una mesa y varios bancos. El suelo se hallaba cubierto con pieles de búfalo y de león. Las ventanas eran dos estrechas troneras sin cristal. A un lado de la habitación había una gran chimenea. Ya que era una diosa, pensó, mejor sería que sacara el máximo provecho.

—Kyomya —dijo.

—Sí, diosa.

—Quiero un baño, y ropa limpia, y comida. Estoy muerta de hambre.

Los nativos se miraron sorprendidos, y a Sandra se le ocurrió que tal vez creían que una diosa no debería estar muerta de hambre… que no debería necesitar comida en absoluto.

Kyomya se volvió a una de las muchachas.

—Prepara un baño —dijo, y ordenó a la otra—: Ve a buscar comida. Yo traeré la vestimenta para la diosa.

Al cabo de un rato las tres muchachas se la llevaron a una estancia contigua donde se estaba calentando agua sobre un brasero de carbón. La desnudaron y dos de ellas la bañaron mientras la tercera le peinaba el cabello. Sandra empezaba a sentirse como una diosa.

Después llegó Kyomya con la vestimenta; y era vestimenta, no simple ropa corriente o incluso atuendo. Era evidente que Kyomya nunca había oído hablar de Emily Post, que escribía libros sobre etiqueta, pues entró en la habitación sin llamar a la puerta y parecía absolutamente ajeno al hecho de que Sandra estuviera desnuda. Dejó la vestimenta sobre un banco y salió; después, las tres muchachas la vistieron. Su ropa interior era una piel de ante suavemente curtida, sobre la que colocaron una falda de fina red de oro que estaba abierta en un lado. Dos discos de oro sumamente adornados le sujetaban los senos. Las tiras de sus sandalias estaban tachonadas de oro, y había un adorno de oro para su pelo, así como tobilleras, brazaletes y anillos del mismo metal.

Le pareció que su atuendo era un poco más que escotado, pero

como ninguna de las mujeres que había visto en Alentejo llevaba nada más arriba de la cintura, se dio cuenta de que iba vestida con modestia; y de todos modos, ¿quién era ella para decir cómo debía vestir una diosa? Ni siquiera la artista Schiaparelli sabría eso.

El baño la había refrescado y rejuvenecido, y ahora, ricamente vestida, casi podía sentirse como si fuera una diosa; pero por mucho que lo intentara, no podía borrar de su memoria aquella horripilante escena que se había visto obligada a presenciar en la sala del trono. Mientras viviera vería aquella lastimosa figura sobre el altar y oiría los gritos y los sollozos entrecortados.

En la habitación de al lado pusieron comida para ella sobre la mesa y, mientras comía, las cinco esclavas se movían a su alrededor, dándole ahora esto y después lo otro.

Había fruta fresca y verdura, y un estofado que más tarde se enteró de que era de carne de búfalo. Estaba muy sazonada y era absolutamente deliciosa, y había vino fuerte que le recordó el oporto, y café fuerte. Era evidente que el rey de Alentejo vivía muy bien. No era de extrañar que estuviera gordo.

Cuando se estaba terminando la comida, se abrió la puerta de golpe al son de unas trompetas y entró el rey.

Sandra Pickerall era perspicaz, de lo contrario tal vez se hubiera levantado y hubiera hecho una reverencia; pero en el mismo instante en que supo que era el rey, recordó que ella era una diosa y permaneció sentada.

El rey se acercó, medio hincó una rodilla y se santiguó.

—Puedes sentarte —dijo Sandra. Habló en swahili, esperando que el rey lo entendiera, y habló deprisa antes de que pudiera sentarse sin permiso. Era conveniente poner a un rey en su lugar desde el principio.

Da Gama pareció un poco sorprendido, pero se sentó en un banco frente a ella; entonces ordenó a los esclavos de la diosa que salieran de la estancia.

—Kyomya se quedará —dijo ella.

—Pero yo le he dicho que se marchara.

—Se quedará —dijo Sandra la diosa, imperiosamente.

Da Gama se encogió de hombros. Era evidente que había encontrado a una verdadera diosa.

—Como quieras —dijo.

El pobre Kyomya parecía estar de lo más incómodo. Tenía la frente perlada de sudor, y el blanco de sus ojos destacaba alrededor de los iris. No era suficiente con estar constantemente corriendo el riesgo de desagradar a una diosa que solo faltaba desagradar a un rey.

—¿Te han atendido bien? —preguntó Da Gama.

Ella se sintió desnuda bajo su mirada.

—Muy bien —respondió ella—. Mis esclavas son muy atentas. Me han bañado y vestido, y he comido. Ahora deseo descansar —concluyó sin rodeos.

—¿Dónde te encontró Dios? —preguntó.

—¿Dónde se encuentra a una diosa? —repuso ella.

—Entonces, tal vez dijo la verdad —dijo el rey.

—¿Qué dijo? —preguntó ella.

—Dijo que te enviaron directamente del cielo.

—Dios lo sabe —dijo ella.

—Eres muy hermosa —dijo el rey—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Sandra —respondió ella—, pero puedes llamarme la Santa o Diosa. Solo los dioses pueden llamarme Sandra.

—Vamos, vamos —replicó él—. Seamos amigos. No nos andemos con ceremonias. Al fin y al cabo, yo soy rey. Puedes llamarme Cris, si lo deseas.

—No lo deseo —dijo ella—. Te llamaré Da Gama; y, por cierto, Da Gama, ¿cómo es que llevas ese nombre?

—Soy Cristóforo da Gama, rey de Alentejo, descendiente directo del primer Cristóforo da Gama, hermano de Vasco da Gama.

—¿Qué te hace creer eso? —preguntó Sandra.

—¿Qué me hace pensar eso? —exclamó el rey—. Está registrado en la historia de Alentejo. Ha ido pasando de padres a hijos durante cuatrocientos años.

—Si la memoria no me falla ni miente la historia, Cristóforo da Gama, el hermano de Vasco da Gama, fue derrotado por los musulmanes y murió con sus cuatrocientos cincuenta mosqueteros. Al menos, Da Gama resultó muerto.

—Entonces tu historia miente —replicó el rey—. Cristóforo da Gama escapó con la mitad de sus mosqueteros. Una horda de musulmanes les persiguió hacia el sur, hasta que por fin hallaron refugio aquí. Hicieron esclavos y prosperaron; y durante los

primeros cien años construyeron este castillo, ellos y sus descendientes, pero los musulmanes acamparon al otro lado del valle y siempre entablaron guerra con Alentejo. Sus descendientes siguen allí y siguen guerreando con nosotros, excepto durante las épocas en que nosotros les hacemos la guerra a ellos.

—Alentejo —dijo la muchacha—. Este nombre me resulta muy familiar, sin embargo no puedo situarlo.

—Es el nombre del país de donde procedía el primer Da Gama —explicó el rey; y entonces ella recordó.

—Ah, sí —exclamó—, es una provincia de Portugal.

—Portugal —dijo él—. Sí, se menciona en nuestra historia. Yo antes creía que iría a conquistar el mundo y encontraría Portugal; pero aquí en Alentejo se está muy bien, así que ¿para qué voy a marcharme para estar entre bárbaros desnudos cuya comida probablemente es atroz?

—Creo que eres muy sensato —dijo Sandra—. Estoy segura de que no te valdría la pena conquistar el mundo. Por cierto, ¿has conquistado ya a los musulmanes del otro lado del valle?

—¡Claro que no! —se apresuró a responder—. Si les conquistara, no tendríamos a nadie con quien pelear; y la vida sería muy aburrida.

—Al parecer ese es un sentimiento general en todo el mundo —admitió ella—; y ahora, Da Gama, puedes irte. Deseo retirarme.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Esta vez me iré —dijo—, pero vamos a ser amigos. Vamos a ser muy buenos amigos. Puede que seas una diosa, pero también eres una mujer.

Cuando el rey salió de la estancia de Sandra se tropezó con Ruiz en el corredor.

—¿Qué haces aquí, Cris? —preguntó el sumo sacerdote.

—Ya estamos otra vez —se quejó Da Gama—. Cualquiera diría que eres el rey de aquí. ¿No es este mi castillo? ¿No puedo ir adónde me plazca?

—Te conozco, Cris. Mantente alejado de la diosa. He visto la forma en que la mirabas hoy.

—Bueno, ¿y qué? —replicó Da Gama—. Soy rey ¿No me siento al mismo nivel que Dios Y su diosa? Soy tan sagrado como ellos. Soy un dios, además de rey; y los dioses no pueden hacer nada mal.

—¡Tonterías! —exclamó el sumo sacerdote—. Sabes tan bien como yo que ese hombre no es Dios ni la mujer es diosa. El destino envió al hombre desde los cielos… o no sé cómo; pero estoy seguro de que es tan mortal como tú o como yo; luego tuviste la idea de que controlándole podrías controlar a la Iglesia, pues sabes que quien controla la Iglesia controla el país. Estabas celoso de mí, eso era todo; entonces concebiste la idea de tener también una diosa, que tú creías que podría doblar su poder. Bueno, ya los tienes; pero ellos serán tan útiles para mí como lo son para ti. La gente ya cree en ellos; y si yo fuera y les dijera que has hecho daño a la muchacha, te harían pedazos. ¿Sabes?, no caes muy bien a la gente, Cris; y hay muchos nobles que creen que Da Serra sería mejor rey que tú.

—Chist —chistó Da Gama—. No hables tan alto. Alguien puede oírnos. Pero no discutamos, Pedro. Nuestros intereses son idénticos. Si Osorio da Serra se convierte en rey de Alentejo, Pedro Ruiz morirá misteriosamente; y Quesada el sacerdote se convertirá en sumo sacerdote. Puede que incluso pase a ser sumo sacerdote mientras yo sea rey.

Ruiz frunció el entrecejo, pero palideció un poco; luego sonrió y dio unas palmadas al rey en el hombro.

—No discutamos, Cris —dijo—. Solo estaba pensando en tu bienestar; por supuesto, tú eres rey y el rey no puede hacer nada mal.

XIII
Capturado por los caníbales

Gantry no durmió bien la noche en que oyeron aquella voz en la oscuridad. Solo había hablado una vez; sin embargo, durante una noche casi de insomnio, Gantry la había oído una y otra vez. Fue lo primero en que pensó al despertar. Crump y Minsky ya estaban levantados.

—Será mejor que nos vayamos —dijo el primero—. Necesitamos cazar algo para comer carne hoy.

—¿Qué supones que fue? —preguntó Gantry.

—¿Qué supongo que fue el qué? —preguntó a su vez Crump.

—Aquella voz de anoche.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Hablaba en swahili, pero no parecía una voz nativa —prosiguió Gantry—. Nos dijo que nos marcháramos o nos matarían.

—¿Cómo va a matarte una voz? —dijo Minsky.

—Había algo detrás de aquella voz —señaló Gantry—, y no creo que fuera humano.

—¡Bobadas! —exclamó Crump—. Vamos. Tenemos que irnos.

—¿Qué camino vas a tomar? —preguntó Gantry.

—¿Adónde crees que voy? A los montes Ruturi, por supuesto.

—Entonces yo no voy contigo —dijo Gantry—. Sé ver mis límites, y yo me vuelvo.

—Siempre he creído que eras un cobardica —dijo Crump.

—Piensa lo que quieras —concedió Gantry—. Yo me vuelvo.

—Gracias, mejor para mí —replicó Crump—. Uno menos con el que repartir la recompensa.

—Los muertos no pueden gastarse ninguna recompensa.

—¡Cierra el pico! —exclamó Minsky.

—Y lárgate —añadió Crump.

—Puedes estar seguro de que lo haré —dijo Gantry, colgándose el rifle en el hueco del brazo y echando a andar hacia el sur.

Justo antes de que se perdiera de vista, se volvió y miró atrás a sus dos antiguos compañeros. ¿Tuvo la premonición de que estaba mirando por última vez los rostros de hombres blancos?

Dos días más tarde, los tambores de los waruturis invitaban a los hombres de las tribus a un festín.

* * *

Cuando Tarzán se marchó, dejando a Dutton a solas con los simios, el americano trató de dormir; pero su mente estaba tan activa repasando sus recientes experiencias e intentando resolver algunos de los desconcertantes enigmas que se habían presentado que no había sido capaz de hacerlo.

Cuanto más pensaba en Tarzán y los simios, más convencido estaba de que Tarzán era el hombre que había secuestrado a Sandra; sin embargo, ¿por qué Tarzán le trataba como a un amigo? Tal vez solo fingía, para poder secuestrario y obtener un rescate también, pues Dutton empezaba a creer que esta era la verdadera razón del secuestro de Sandra, a menos que el hombre en realidad fuera un loro irresponsable.

En cualquier caso, no ganaría nada quedándose con Tarzán, y su única esperanza de rescatar a Sandra dependería de que él la encontrara antes que Tarzán.

Por fin decidió que su único recurso era escapar de aquel loco y seguir su camino solo hasta los montes Ruturi; y mientras Tarzán estuviera fuera, no podría encontrar mejor momento.

Dutton se levantó y se apartó lentamente de los simios. Los que todavía no dormían no le prestaron atención alguna; y unos instantes después se sumergió en la jungla.

De vez en cuando vislumbraba las estrellas, lo que le ayudaba a mantener la dirección que seguía. Una pequeña brújula de bolsillo que llevaba le serviría para el mismo fin durante el día; de manera que fue avanzando a tientas a través de la oscura noche, un ser indefenso que solo se daba cuenta a medias de su indefensión. Y mientras avanzaba con dificultad hacia el norte, Tarzán de los

Monos regresaba al campamento de los grandes simios donde enseguida descubrió la ausencia del americano. Asegurándose de que no se hallaba en las inmediaciones, llamó a Dutton a gritos, mas no obtuvo respuesta; entonces despertó a los simios y les interrogó. Dos de ellos habían visto al tarmangani marcharse del campamento. Aparte de esto, nada más sabían. Otro habría podido pensar que ellos se habían deshecho del hombre y mentían a Tarzán, pues era evidente que no les había caído bien y no querían que merodease por allí; pero Tarzán sabía que las bestias no mienten.

Tarzán raras veces tiene prisa. El tiempo no significa nada para los habitantes de la jungla. Sabía que a la larga atraparía al impostor y lo destruiría; pero no podía saber si sería ese día, al día siguiente o al mes siguiente; y por eso Tarzán y sus grandes y peludos compañeros avanzaban tranquilamente hacia los montes Ruturi, buscando comida los simios mientras el hombre yacía en soñolienta indolencia durante las horas más calurosas del día.

Sin embargo, muy diferente era la situación del joven americano, que se esforzaba hasta el límite de su capacidad física para alcanzar su meta antes de que le alcanzara a él el hombre del que ahora creía que estaba loco y que constituía una amenaza para él y para Sandra Pickerall.

Durante su breve experiencia en África, Dutton siempre había tenido junto a él a alguien con mucha más experiencia con quien podía contar, lo que dio como resultado no aprovechar bien las semanas transcurridas en la jungla; y por eso era patéticamente vulnerable a recibir una sorpresa y un ataque, dada su ignorancia de los peligros que le rodeaban.

Elefantes, rinocerontes, búfalos, leopardos y leones no se esconden detrás de todos los arbustos, en África. Ha habido hombres que han cruzado el continente entero sin ver un solo león; sin embargo, siempre existe la posibilidad de que se pueda tropezar con una de estas peligrosas bestias, y el que quiere sobrevivir debe estar siempre alerta.

Moverse en silencio significa moverse con mayor seguridad, pues el ruido advierte de tu presencia a un enemigo con el oído aguzado y al mismo tiempo te impide oír cualquier ruido que este haga.

Con la mente ocupada en sus problemas, es posible que no fuera consciente del hecho de que a menudo silbaba tonadas o de que en ocasiones cantaba; pero si no era consciente de ello, hubo un momento en que una docena de oscuros guerreros sí lo eran. Se pararon a escuchar, susurrando entre ellos, y después se mezclaron en la maleza a ambos lados del camino; y cuando Dutton pasó por delante se levantaron, le rodearon y le amenazaron con feas lanzas. Él vio los adornos de oro y los dientes limados y supo, por lo que había oído contar, que se hallaba frente a caníbales waruturis. Su primer pensamiento fue recurrir a su rifle; pero casi al mismo tiempo se dio cuenta de que era inútil ofrecer resistencia y, un instante después, la tentación fue eliminada por completo por un guerrero con aspecto de villano que le arrebató el arma.

Entonces empezaron a tratarle con bastante brutalidad, pegándole y pinchándole con sus lanzas, y después le ataron las manos a la espalda y una cuerda al cuello, y le condujeron a lo largo del camino por el que él acababa de ir en dirección al sendero que torcía al este hacia la aldea de los waruturis.

Tarzán iba hacia el norte por el sendero que los waruturis seguían hacia el sur con su cautivo; pero avanzaba muy despacio, tan despacio que cabía poca duda de que los salvajes torcerían desde este sendero al que conducía al este antes de que él llegara a la intersección; así de cerca estaba Dutton de recibir posible ayuda.

Dutton comprendió la gravedad de su situación. Sabía que había sido capturado por caníbales. ¿Cómo podría persuadirles de que le soltaran? Solo se le ocurría una recompensa; pero cuando vio los adornos de oro que lucían, se dio cuenta de lo inútil de su oferta. Las amenazas no servirían de nada, pues se hallaban demasiado lejos en el interior para conocer la ley o el poder del hombre blanco; y aunque hubiera algún argumento con el que pudiese convencerles u obligarles a soltarle, ¿cómo iba a transmitírselo con las pocas palabras de swahili que conocía?

Sin embargo, existía una débil esperanza a la que agarrarse. Él sabía que el loco de Tarzán se dirigía al norte, hacia los montes Ruturi. Había salvado a Sandra Pickerall de aquellos mismos caníbales. ¿No podría encontrar entonces los medios para rescatarle también, o había sacrificado todo derecho a esperarlo porque había desertado de Tarzán?

Con estos perturbadores pensamientos se hallaba ocupada la mente de Dutton cuando los waruturis torcieron a la izquierda por un nuevo sendero; entonces el americano se sumió en el desaliento, pues ahora no había esperanza alguna.

El guerrero que se había apoderado del rifle de Dutton estaba muy orgulloso de su adquisición y no paraba de tocarlo y juguetear con él, hasta que sin darse cuenta lo amartillo y apretó el gatillo. Como el cañón estaba a puntando a la espalda del hombre que iba delante de él, la consecuencia fue de lo más nefasta para este; pero por fortuna para él, jamás fue consciente de su desgracia, pues el proyectil le atravesó limpiamente el corazón.

Este accidente obligó a efectuar un alto en el camino y provocó un largo parlamento, durante el cual Dutton fue golpeado varias veces con el mango de una lanza por el hermano del hombre muerto, y habría resultado muerto también él mismo de no haber intervenido el jefe del grupo en su favor, pues comprendía, prudente, que era mucho más fácil llevar el ganado a pie que tener que acarrearlo.

Emplearon más tiempo construyendo una tosca camilla en la que llevar el cuerpo del muerto hasta la aldea, ya que de ser un compañero inseparable de pronto había pasado a ser un festín en perspectiva, lo que aliviaba considerablemente la aflicción de todos. Creo que no le resultará difícil imaginar qué ocurriría si se encontrara usted en esta situación, si tuviera hambre y un tío rico hubiera muerto, y usted pudiera no solo heredar su fortuna sino también comérselo; sin embargo esto es imposible, ya que lo más seguro es que usted no tenga ningún tío rico y, si lo tiene, lo más probable es que deje su dinero a una misión extranjera como soborno para que san Pedro le deje entrar en el reino de los cielos.

Antes de reanudar la marcha, los waruturis desataron las manos de Dutton y le hicieron sostener un extremo de la litera en la que llevaban el cadáver.

XIV
«Entonces se abrió la puerta»

Cuando el rey salió del apartamento, las esclavas de Sandra la prepararon para acostarse. Apagaron el fanal que iluminaba la habitación, y Kyomya se tumbó en el umbral de la puerta que daba al corredor. Débilmente y de lejos llegaban los rugidos de los guardianes de Alentejo, mientras la exhausta muchacha se sumía en el sueño.

El día siguiente transcurrió sin incidentes. No vio ni al rey ni a Ruiz. Por la tarde se dedicó a pasear, atendida por Kyomya y protegida por dos guerreros. Salió del castillo por el lado opuesto de aquel por el que había entrado, y vio una aldea de chozas de techo de paja que se extendía desde la muralla del castillo hasta la llanura. Allí vivía la gente común, los que cultivaban la tierra, los pastores, los artesanos y los soldados rasos. Había muchos; y todo el que se cruzaba con ella se arrodillaba y se santiguaba. Kyomya se sentía muy orgulloso.

A un lado de la aldea había grandes corrales en los que abundaban los búfalos. Al verlos, Sandra mostró sorpresa, pues siempre había creído que el búfalo africano era una bestia salvaje e indomable, tal vez el más peligroso de los animales salvajes de Continente Oscuro.

—¿Para qué se usan? —preguntó a Kyomya.

—Son búfalos de guerra —le respondió él—. Tenemos muchos más, pero ahora los pastores los tienen fuera, pastando. Estos son utilizados por los soldados de Alentejo cuando van a la guerra con los musulmanes.

—¡Los musulmanes! ¿Quiénes son? —preguntó de nuevo Sandra.

—Son mi gente —dijo Kyomya—. Vivimos en una aldea de las

montañas, al otro lado de la llanura. A veces bajamos a saquear y matar, o a matar al búfalo de Alentejo. Somos gallas, pero nos llaman musulmanes, no sé por qué. Nosotros también utilizamos el búfalo cuando vamos a la guerra. Me encontraba en un grupo de saqueo de gallas hace tres lluvias. Entonces fui capturado por los alentejos y me hicieron esclavo.

—¿Mantienen a todos estos búfalos solo para la guerra? —preguntó Sandra.

—También por su carne y sus pellejos. Son muy valiosos para los alentejos y para nosotros. Mi padre poseía muchos búfalos. Era un hombre rico. Cuando los alentejos matan un búfalo, no desperdician nada, porque lo que no aprovechan para ellos lo arrojan por el gran acantilado a los leones.

Aquel día Kyomya le contó muchas cosas. Le habló de la rica mina de oro que había en las montañas, más allá del valle.

—Hay tanto oro que a veces se extrae en piezas tan grandes como tu cabeza, y es oro puro. A menudo, un búfalo macho no puede llevar toda la carga que se recoge en un solo día; pero a los alentejos no les resulta fácil conseguir el oro, porque la mina está en las montañas, no lejos de nuestra aldea, y casi siempre cuando van a trabajar a la mina les atacamos.

Aquella noche, después de cenar, alguien llamó a la puerta de Sandra. Esta se sorprendió, pues nunca nadie había llamado hasta entonces. Los que deseaban entrar se limitaban a hacerlo sin formalidad alguna.

A su invitación de entrar, la puerta se abrió, y el hombre que se llamaba Dios entró en la estancia.

Cuando le vio pensó de inmediato en la visita del rey, y llegó a la conclusión de que este hombre había ido con el mismo propósito.

Él recorrió la habitación con la mirada.

—Parece que te han puesto muy cómoda —comentó.

—Sí —dijo ella—. Ahora, si me haces el favor de dejarme sola.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

Ella le habló de la visita del rey y de sus proposiciones, más para avisarle que por cualquier otro motivo.

—¡Qué bestia! —exclamó. Le puso una mano sobre la suya con suavidad—. ¿Podrás perdonarme alguna vez por haberte traído aquí? —le preguntó—. Lo lamento muchísimo; pero siempre estoy

confuso. No sé por qué hago las cosas, salvo lo que me dicen que haga, y tengo que hacer lo que ellos dicen; ¿pero por qué tengo que hacerlo? ¿No soy Dios? Sí, soy Dios, y sin embargo he sido injusto contigo; pero quizá pueda compensarte —dijo de pronto.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Intentando sacarte de aquí —respondió él.

—¿Lo harías? —preguntó la muchacha.

—Haría cualquier cosa por ti, Sandra. No hay nada en todo el mundo que no hiciera por ti.

Había algo en su tono de voz y en sus ojos que la puso sobre aviso; y sin embargo, de pronto y por primera vez, no tuvo miedo de él.

Estuvieron hablando una media hora, luego él se despidió deseándole buenas noches y se marchó; entonces ella empezó a darle vueltas al tema. Los remordimientos que demostraba por haberla secuestrado le parecían bastante sinceros; y era evidente que creía de verdad que a él le habían obligado a hacerlo, pues en aquel momento no podía haberse negado a obedecer al rey. Ahora ella sabía que era diferente. Él ya no estaba obsesionado por ningún falso sentido de lealtad.

Cuando se hubo marchado se sentó a pensar y a hacerse preguntas sobre él, pues era incuestionable que presentaba un enigma cuya solución no podía hallar. Sandra descubrió que su interés por aquel hombre aumentaba. Al principio le había odiado con todas sus fuerzas por lo que le había hecho, pero después el odio se transformó en simple resentimiento por su acto; más tarde, al conocerle mejor, su actitud hacia él cambió bastante. La enojaba un poco, porque no podía comprender su propia actitud; tampoco encontraba ninguna explicación razonable de la actitud que mantenía él hacia ella. Intentó analizar algunas cosas que le había dicho, y siempre volvía al mismo supuesto; sin embargo, era tan ridículo que no podía albergarlo. ¿Pero tan ridículo era el hecho de que aquel hombre la amara? Habían pasado mucho tiempo juntos. Sabía que era una muchacha atractiva, y era la única mujer blanca que él había visto durante todas aquellas semanas. Estaba segura de que fueran cuales fuesen sus sentimientos hacia ella, no se los dictaba la pasión puramente animal. La había tenido en su poder durante mucho tiempo, y nunca había cometido el más leve acto

reprobable.

La muchacha se preguntó… se preguntó si aquel extraño hombre la amaba, y de repente se preguntó qué pensaba ella misma del asunto.

Cuando el hombre al que llamaban Dios abandonó la estancia de Sandra, se dirigió a la suya, que se hallaba en el otro extremo del mismo corredor. Al entrar por la puerta de su habitación, echó una mirada hacia atrás, dirigida al largo corredor, en el preciso instante en que Ruiz entraba desde otro corredor transversal.

El hombre miró al sacerdote. Vio que iba en dirección a la estancia de Sandra; entonces entró en su propia habitación y cerró la puerta.

Las esclavas de Sandra la estaban desnudando para pasar la noche cuando se abrió la puerta de la estancia y Ruiz el sumo sacerdote entró.

—¿Qué significa —preguntó la muchacha— esta intromisión?

Una sonrisa irónica curvó los labios de Ruiz.

—No te des aires conmigo —dijo él—. Si puedes entretener a Dios en tu estancia por la noche, sin duda también puedes hacerlo con su legítimo representante. Para tu información, te diré que tengo espías en todo el castillo, y uno de ellos me ha dicho que Dios ha estado aquí y que ha estado mucho rato. Debe de haberse marchado justo cuando yo venía.

—Vete de aquí —ordenó ella.

—Vamos, vamos, seamos amigos —le dijo él con zalamería—. Si eres buena conmigo podrás tener todo cuanto quieras en Alentejo; y tú y yo podemos gobernar el país.

—Vete —repitió ella.

Él se acercó con aire lascivo.

—No me toques —exclamó ella, apartándose.

Él la cogió del brazo y la atrajo hacia sí, mientras Kyomya y las cuatro esclavas permanecían encogidas de terror en un rincón.

—Ayúdame, Kyomya —gritó la muchacha. Kyomya vaciló un momento y luego se puso en pie de un salto y corrió hacia el diván. Ruiz le había oído acercarse y se volvió para enfrentarse a él, sin soltar a Sandra. Con la mano libre dio un fuerte puñetazo en la cara del muchacho y lo arrojó al suelo.

Kyomya se puso de pie al instante.

—Deja en paz a mi diosa —exclamó—. Déjala en paz o te mataré —dicho lo cual se precipitó con inusitada rapidez sobre el sacerdote.

Ruiz tuvo que soltar a Sandra y forcejear con el esclavo galla; pero el sumo sacerdote tenía ventaja, pues casi al instante se sacó un cuchillo de debajo de la túnica y lo hundió en el corazón de Kyomya. Una de las esclavas del rincón lanzó un grito, pues estaba enamorada de Kyomya.

Sandra trató de esquivar a Ruiz y llegar a la puerta, pero él volvió a agarrarla y la arrastró de nuevo al diván. Ella le pegó y le dio patadas, pero él la obligó lentamente a tumbarse y entonces se abrió la puerta.

XV
¡Liberad al hombre blanco!

Los grandes simios buscaban comida: llantén, bananas, brotes tiernos y en ocasiones una jugosa oruga. Tarzán se levantó y se desperezó.

—Vamos —les dijo—. Es hora de irnos.

Echó a andar despacio por el sendero que conducía hacia el norte, cuando llegó claramente a sus oídos el disparo de un rifle. Ese sería Dutton, pensó. ¿Estaba cazando? ¿O tenía problemas? El disparo procedía de la dirección en la que iba Tarzán, y decidió investigar. Trepó a un árbol cercano y fue en línea recta hacia el punto del que había procedido el disparo del rifle.

Los waruturis avanzaban en dirección a su aldea, instando a Dutton a seguir dándole golpes y pinchándole de vez en cuando con la punta de alguna lanza.

El hombre blanco no había podido dormir la noche anterior, y prácticamente no había comido en todo el día, y se tambaleaba con la carga y los golpes. Varias veces estuvo a punto de soltar la carga y atacar a sus atormentadores, pues sentía que era mejor morir enseguida que sufrir más maltratos solo para que al final lo torturaran y mataran. Deseaba haber peleado cuando aún tenía su rifle, pero en aquellos momentos creyó que tal vez existía alguna esperanza; ahora sabía que no había ninguna.

Dos nativos portaban la parte delantera de la litera, mientras que él solo llevaba la parte trasera. De pronto, uno de los negros lanzó un grito y cayó de bruces, con una flecha clavada entre sus hombros. Los otros se pararon, consternados, y se agruparon, mirando en todas direcciones para descubrir al autor del ataque.

—El hombre blanco —exclamó el hermano del hombre al que

habían disparado—. Él lo ha hecho. —Y levantó su lanza para arrojársela al corazón de Dutton; pero también él se desplomó al suelo, con una flecha clavada en el cuerpo.

Ahora los negros estaban absolutamente perplejos y asustados, y entonces les llegó una voz que decía:

—Liberad al hombre blanco.

Los negros hablaron entre sí unos instantes y decidieron seguir con su prisionero, abandonando a sus tres muertos, pues tres eran demasiados para llevarlos mientras un misterioso enemigo les acechaba de cerca.

Volvió a oírse la voz:

—Liberad al hombre blanco.

Esta vez los negros casi echaron a correr.

Cayó un tercer hombre, atravesado por una flecha; y de nuevo la voz pidió que liberasen a su prisionero.

Esto ya fue demasiado para los negros, y un instante después Dutton se quedó solo en el sendero mientras los waruturis huían a toda prisa hacia su aldea.

Un instante después Tarzán de los Monos cayó de un árbol al sendero, cerca de Dutton.

—Nunca te alejes del campamento —le dijo—. Siempre resulta peligroso. Los simios te protegerán.

Pensó que Dutton se había ido del campamento la noche anterior y había sido capturado por los waruturis.

—Sin duda has llegado a tiempo —dijo Dutton—. No sé cómo podré agradecértelo. —Se dio cuenta de que a Tarzán no se le había ocurrido pensar que había huido del campamento y decidió que lo mejor para su seguridad era permanecer cautivo del loco hasta dar con Sandra; luego esperaría una oportunidad razonablemente buena para escapar.

A primera hora de la mañana siguiente llegaron al bosque de espinos, donde Tarzán localizó enseguida la entrada secreta, y al cabo de un rato llegaron a la garganta y vieron a los guardianes de Alentejo.

Los simios no estaban muy entusiasmados con la idea de tener que pasar por el estrecho sendero bajo el cual se encontraban los leones; pero ante la insistencia de Tarzán lo hicieron, y al fin llegaron al pie del elevado precipicio.

Tarzán levantó la mirada hacia la cima, y sus aguzados ojos enseguida descubrieron indicaciones de que el acantilado había sido escalado recientemente. Se volvió a Dutton.

—Tiene un aspecto colosal, ¿verdad? —dijo.

—Sí —respondió el americano—, pero no es imposible. Yo he hecho mucha escalada en el noroeste de Canadá, en Estados Unidos y en Suiza, pero no te aconsejaría que lo intentaras.

—Oh, creo que lo intentaré —dijo el hombre mono.

—¿Acaso crees que puedes conseguirlo? —preguntó Dutton.

—Me parece que sí. El hombre al que estoy buscando y la muchacha tienen que haber subido por aquí; y si ellos han podido hacerlo, yo también puedo.

—¿Quieres decir que *miss* Pickerall ha trepado por este espantoso lugar? —preguntó Dutton.

—Bueno, no está aquí; y a menos que haya servido de alimento a los leones, subió, porque he seguido su rastro de olor todo el día; ella y el hombre que se hace llamar Tarzán, así como los simios que iban con ellos.

—Los simios deben de haberse marchado —dijo Dutton—, y eso mismo harán los tuyos.

—¿Por qué tendrían que volverse? —preguntó Tarzán.

—Bueno, son demasiado grandes y torpes y pesan más de la cuenta para escalar este risco.

Por toda respuesta Tarzán habló con Ungo. El simio gruñó algo a los otros simios; entonces inició la ascensión, seguido por sus compañeros.

Dutton se quedó atónito por su agilidad y la rapidez con que subían por la pared vertical del risco; y un instante después se quedó aún más atónito cuando Tarzán los siguió, con la misma agilidad, pensó, que los antropoides; y un instante después, se dio cuenta de que el hombre mono era más ágil y mucho más rápido.

Meneando la cabeza, Dutton les siguió; mas no podía seguir su ritmo. No solo escalaban más deprisa que él, sino que no tenían que pararse para descansar, con lo que llegaron a la cima cuatro horas antes que él. Dutton se arrojó al suelo, jadeando. Tarzán le miró, con un asomo de sonrisa en sus labios.

—Bueno, los monos y yo lo hemos conseguido, ¿no? —dijo.

—¡No me lo refriegues por las narices! —exclamó Dutton

sonriendo con aire arrepentido—. Ya me siento bastante idiota.

Cuando Dutton hubo descansado, emprendieron la marcha de nuevo. El sendero, que era claro a los ojos del hombre mono, se extendía por la llanura hacia la jungla. Después oyeron gritos a lo lejos, al frente.

—Me pregunto qué será eso —dijo Dutton.

El hombre mono meneó la cabeza.

—Parece una batalla —dijo.

—Pero no he oído ningún disparo —objetó Dutton.

—Aún existe en el mundo gente que se mata con armas primitivas —explicó el hombre mono—. Utilizan arcos y flechas y, por supuesto, probablemente, lanzas.

—¿Cómo sabes que utilizan arcos y flechas? —preguntó Dutton.

—Oigo el chasquido de las cuerdas del arco —respondió el hombre mono.

Dutton nada comentó, pero cada vez estaba más convencido de que aquel hombre estaba loco. ¿Cómo podía identificar el chasquido de la cuerda de un arco en medio de todo aquel tumulto y a tanta distancia?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dutton.

—Tendremos que ir a ver lo que ocurre. Quizá tu amiga se encuentre en un apuro; y en algún lugar, más adelante, tal vez esté esperando para morir el hombre al que busco.

—¿Vas a matarle? —preguntó Dutton.

—Sin duda alguna. Es un hombre malo al que hay que destruir.

—¿Y la ley? —exclamó Dutton.

—Aquí, la ley, soy yo —respondió Tarzán.

Al penetrar en la jungla el ruido aumentó de volumen y a ninguno de los dos hombres le cupo la menor duda de que se estaba librando una batalla a poca distancia al frente de ellos. Avanzaron con cautela; y lo que vieron sus ojos cuando llegaron al otro extremo de la franja de jungla llenó de asombro incluso al flemático hombre mono, pues allí se encontraba un enorme castillo medieval, su barbacana y sus murallas guarnecidas por soldados oscuros con casco y coraza de oro lanzando dardos y jabalinas y piedras a una horda de guerreros negros que gritaban y proferían maldiciones, armados con arcos y flechas y lanzas.

—¡Asombroso! —exclamó Dutton—. Míralas cómo suben por la

escalera de madera. Sin duda son heroicos, pero no tienen ninguna posibilidad. ¡Y mira lo que viene ahora! —exclamó señalando.

Tarzán miró y vio una torre de la altura de la muralla que rodeaba el castillo. Iba llena de guerreros negros y la arrastraban hacia la muralla un grupo de veinte búfalos, arreados por negros que les gritaban y que blandían gruesos látigos.

Tan absortos se hallaban los dos hombres observando el emocionante incidente que tenía lugar ante sus ojos que ninguno de ellos, ni siquiera Tarzán de los Monos, con sus aguzados sentidos, ni sus peludos compañeros se dieron cuenta de que un destacamento de guerreros negros les había descubierto y se dirigía con sigilo hacia ellos por detrás. Un instante después les atacaron lanzando salvajes aullidos.

Los dos hombres y los simios se quedaron momentáneamente aturdidos, pero después, los grandes antropoides y el Señor de la Jungla empezaron a defenderse de sus atacantes; aunque en la refriega dos simios resultaron muertos y Dutton fue capturado.

Ante semejante desequilibrio de fuerzas Tarzán se hallaba indefenso, de modo que cuando los negros se vieron reforzados por otro destacamento e iban a atacarle, se subió a los árboles y desapareció.

XVI
El plan que fracasó

La noche anterior a la captura de Dutton por parte de los guerreros de Galla, el hombre al que Da Gama llamaba Dios había entrado en su habitación y cerrado la puerta. Por un momento permaneció indeciso. Había visto a Ruiz el sumo sacerdote torcer por el corredor en dirección al aposento de Sandra. Recordó que la muchacha le había hablado de la visita del rey; y se quedó preocupado. Entonces volvió a abrir la puerta y salió al corredor. No le haría ningún daño ir a investigar. Mientras caminaba lentamente por el corredor, oyó un grito de mujer, y entonces echó a correr.

Cuando abrió la puerta del apartamento de Sandra vio a Ruiz asfixiando a la muchacha y forzándola sobre el diván. Vio el cuerpo de Kyomya yaciendo en el suelo y a las cuatro aterradas esclavas acurrucadas en un rincón.

Un instante después una fuerte mano cayó sobre el hombro del sumo sacerdote. Lo apartó de su víctima y le hizo dar la vuelta para que se quedara frente a frente con el hombre al que llamaba Dios. Cuando Ruiz reconoció a su agresor, sus facciones se contrajeron de rabia.

—¡Estúpido! —exclamó, y perdido todo control se sacó un cuchillo de debajo de la túnica. Inútil gesto.

El hombre que creía ser Tarzán le agarró la otra muñeca y le arrancó el cuchillo de la mano, arrojándolo al otro lado de la habitación. No pronunció una sola palabra, pero haciendo girar a Ruiz de nuevo lo tomó del cogote y lo empujó hacia la puerta, que seguía abierta. Allí le dio un empujón y le propinó una patada que le hizo caer despatarrado en el corredor; luego cerró la puerta.

Se volvió hacia la muchacha.

—Me alegro de haber llegado a tiempo —dijo.

—Jamás podré pagártelo —señaló ella—, pero ¿qué te harán ahora?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Qué pueden hacerle a Dios? —preguntó.

Sandra meneó la cabeza.

—Pero tú no eres Dios… intenta comprenderlo. Ruiz y Da Gama no creen que seas un dios o que yo sea una diosa. Simplemente están empleando esta farsa para engañar a la gente por razones políticas.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó él.

—El pobre Kyomya, anoche, les oyó hablar en el corredor.

—No me sorprende —dijo él—. Yo nunca creí que fuera Dios; pero no sabía quién o qué era; y como ellos insistían en que era Dios, me pareció más fácil estar de acuerdo. Me alegro de no serlo. Me alegro de que no seas una diosa.

—En realidad, ¿quién eres? —preguntó ella.

—No lo sé. —La muchacha se fijó en que acudía de nuevo a su rostro aquella expresión extraña, de pura perplejidad. De pronto se le iluminaron los ojos—. Soy Tarzán de los Monos. Casi lo había olvidado.

—No eres Tarzán de los Monos —replicó ella—. Yo le he visto, y tú no te pareces en nada a él salvo en que eres igual de fornido y en que ninguno de los dos lleváis suficiente ropa.

—Entonces, ¿quién soy? —preguntó él, desesperado.

—¿Acaso no recuerdas nada de tu vida pasada? —preguntó ella.

—Solo sé que estaba aquí y que me dijeron que había bajado del cielo, y que era Dios, incluso cuando yo insistía en que era Tarzán.

—¿Cómo ibas vestido cuando llegaste? Tu ropa debería darnos alguna clave en cuanto a tu origen y, tal vez, tu identidad.

—Iba vestido tal como me ves ahora, solo un taparrabos, y llevaba mi cuchillo y mi arco y flechas.

—Es absolutamente inexplicable —dijo la muchacha—. A nadie le pasa eso, ¿y cómo diantre llegaste al campamento de mi padre? Debe de estar a más de quince mil kilómetros de aquí.

—Cuando Da Gama me envió a buscar una diosa, los sirvientes de Dios fueron conmigo para ayudarme y protegerme; y caminamos

hasta encontrarte.

—¿Atravesaste toda esa peligrosa región tú solo sin un safari, sin provisiones y aun así no tuviste ningún contratiempo?

—Encontramos leones y leopardos, mas nunca nos atacaron. Quizá los simios les daban miedo; y los pocos nativos que vimos sin duda alguna estaban atemorizados. En cuanto a la comida, los simios se ocupaban de sí mismos y a mí no me costaba encontrar caza. Soy un excelente tirador con el arco y las flechas, como debe serlo también Tarzán de los Monos.

—Ojalá lo supiera —dijo ella; y él creyó percibir lo que ella quería decir.

—Ojalá lo supiera yo también.

Arrastró entonces el cuerpo de Kyomya al corredor y cerró la puerta; luego recogió algunas pieles del suelo y las extendió junto a la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó Sandra.

—Voy a dormir aquí —respondió—. No me atrevo a dejarte sola otra vez.

—Gracias —dijo ella—. Estoy segura de que dormiré mucho mejor sabiendo que tú estás aquí. —Ni siquiera se le ocurrió preguntarse por el cambio que habían experimentado sus sentimientos con respecto a aquel hombre al que hasta entonces había temido y odiado y creído loco.

Mientras Alentejo dormía, guerreros negros bajaban de las montañas más allá de la llanura y se reunieron en la jungla que había detrás del castillo; y allí estaban todavía a la mañana siguiente cuando las cuatro esclavas sirvieron el desayuno a la pareja en el aposento de Sandra Pickerall.

Mientras esta y el hombre comían, hablaron de sus planes para el futuro.

—Creo que deberíamos intentar marcharnos de aquí —dijo el hombre—. Nunca estarás a salvo en el castillo de Da Gama.

—Pero ¿cómo podemos irnos? —preguntó ella.

—Para todos, salvo para Da Gama y Ruiz, todavía somos un dios y una diosa. He salido del castillo siempre que he querido y nadie ha tratado de detenerme.

—¿Y adónde podernos ir?

—Podemos volver por donde vinimos, regresar al campamento

de tu padre —dijo él.

—¡Será imposible sortear ese acantilado! —exclamó ella—. Jamás podría bajar por ese horrible lugar. Sé que me caería.

—No te preocupes por eso —aseguró él—. Me encargaré de que bajes y nos llevaremos a los sirvientes de Dios para que nos ayuden y nos protejan durante el camino.

La muchacha se estremeció.

—No creo que pueda hacerlo —dijo.

—Vas a hacerlo, Sandra —afirmó él con énfasis—. Te traje aquí, y voy a sacarte de aquí.

—Pero si tú y yo nos marchamos del castillo con todos esos simios, alguien sospechará algo.

—Probablemente están en la jungla —replicó él—. Allí es donde pasan la mayor parte del tiempo. Cuando estemos a salvo en la jungla, los llamaré y vendrán.

—De acuerdo —accedió ella—. Vámonos.

—Saldremos por la puerta delantera —dijo— y después daremos la vuelta al castillo para ir a la jungla. Si nos buscan pensarán que estamos en la aldea.

Se encaminaron hacia la escalera, cruzaron el patio y se dirigieron hacia la puerta principal sin dificultad. Sandra estaba segura de que allí les detendrían; pero a medida que se iban acercando a la puerta, los soldados se arrodillaban y se santiguaban, y los dos salieron de la aldea.

De una manera tranquila, para no levantar sospechas, dieron la vuelta al castillo y penetraron en la jungla.

—Ha sido milagrosamente fácil —se felicitó la muchacha—. Qué bien, ser una diosa.

—Todo será así de fácil —le aseguró él—. Ahora estás prácticamente a salvo. —Sin embargo, mientras esto decía, una horda de guerreros negros les rodearon.

Inútil toda resistencia. Eran cincuenta contra uno. El hombre pensó con rapidez. Sabía que se trataba de salvajes ignorantes y creía que si los habitantes algo más civilizados de Alentejo estaban convencidos de que era Dios, tal vez aquellos gallas también lo creyeran.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó en tono imperioso—. ¿No sabéis que soy Dios y que esta es mi diosa?

Resultó evidente que los negros quedaron impresionados, pues el jefe se apartó con varios de sus tenientes y estuvieron unos minutos cuchicheando. Al fin, el jefe regresó y se paró ante ellos.

—Hemos oído hablar de ti —dijo.

—Entonces, apartaos y dejadnos ir —ordenó el hombre.

El negro se limitó a negar con la cabeza.

—Os llevaremos ante el sultán —dijo. Cuando dejó de hablar, se oyeron fuertes gritos y un gran tumulto procedente del lado opuesto del castillo—. ¡Han venido! —exclamó—. Ahora tenemos que atacar desde este lado, ¡vamos! —exclamó; entonces se volvió a uno de sus tenientes.

—Llévate a diez guerreros y conduce a estos ante el sultán.

XVII
La esclava blanca

Minsky estaba hambriento de buena carne roja; sin embargo, cuando vio un antílope e iba a dispararle, Crump le detuvo.

—¿No sabes que estamos en territorio waruturi, estúpido? —dijo —. ¿Quieres indicarles dónde encontrarán buena comida para sus ollas y tener sobre nosotros a una manada de demonios en un instante?

—Estaba convencido de que eras muy amigo del viejo jefe Mutimbwa —replicó Minsky—. Nos contabas lo muy amigos que erais y que no podríamos cruzar el territorio de los waruturis sin ti. Siempre ibas a su aldea y le llevabas regalos.

—Eso era para que no se quejaran de que fuéramos con ellos —afirmó Crump—. No quería tener problemas si podía evitarlos. Nunca he estado en la aldea de los waruturis y solo he visto al viejo Mutimbwa una vez en mi vida, y entonces iba en un safari con más de veinte armas. Si nos prendiera a los dos solos, únicamente podríamos despedirnos con un beso; así que supongo que tendrás que seguir comiendo bananas y llantén durante un tiempo; a menos que te gusten los saltamontes y las hormigas blancas.

Minsky pensó en todo esto con mucha atención, y cuanto más pensaba en ello más rencor sentía por lo que Crump le había hecho. No habría penetrado en el territorio de los waruturis por ninguna cantidad de oro si no hubiese creído que Crump mantenía buenas relaciones con Mutimbwa. Ahora se veía en una trampa de la que tal vez jamás escaparía; pero si alguna vez lo hacía, lo primero que haría sería matar a Crump. No paraba de pensar en ello mientras avanzaban pesadamente por la tenebrosa jungla.

Al fin llegaron a campo abierto, y al otro lado de una llanura

punteada de árboles vislumbraron a lo lejos los montes Ruturi.

—Bueno —dijo Crump—, no ha estado tan mal.

—¿Qué es lo que no ha estado tan mal? —preguntó Minsky.

—Nos encontramos fuera del territorio de los waruturis. Son gente de la jungla. No hay ni una sola posibilidad entre mil de que tropecemos con ninguno de ellos aquí; y ahí están las montañas donde se encuentra el oro, y también el bosque de espinos.

—Y hay algunos indígenas —dijo Minsky, señalando hacia la derecha.

Los dos exploradores se ocultaron en la jungla y observaron una fila de hombres que salían de su derecha, cerca del borde del bosque de espinos. Contaron quince caminando en fila india.

—No son waruturis —dijo Crump.

—¿Cómo van vestidos? —preguntó Minsky—. Llevan abrigos y sombreros relucientes.

—Cinco de ellos portan fardos sobre la cabeza —explicó Crump —. Parece un safari, pero es el safari más condenado que he visto en mi vida.

—Bueno, probablemente son hombres blancos; y mientras no sean waruturis, casi seguro que serán amistosos. Salgamos a ver.

Poco después de que Crump y Minsky salieran a campo abierto fueron descubiertos por el otro grupo, que se detuvo, y los dos hombres vieron que todos los rostros estaban vueltos hacia ellos. Todavía se hallaban demasiado lejos para distinguir los detalles. No podían saber si eran hombres blancos o negros; pero naturalmente supusieron que había hombres blancos en el safari, que no prosiguió la marcha sino que esperó a que ellos se acercasen.

—No son blancos —dijo Minsky después.

—Y tampoco son negros —replicó Crump—, solo cuatro de los porteadores… son negros completamente. El quinto parece un hombre blanco. Bueno, esos tipos llevan camisas y sombreros de oro.

—Tienen la piel de color marrón claro como si estuvieran morenos —comentó Minsky—. A lo mejor, después de todo, son hombres blancos.

—No me importa de qué color sean —dijo Crump—. Seguro que saben dónde está la mina de oro, y vayan adonde vayan nosotros vamos con ellos.

Entonces una voz les llamó.

—¿Entendéis inglés? —preguntó.

Crump y Minsky vieron que quien hablaba era el porteador blanco.

—Claro que entendemos inglés —respondió Crump—. ¿Por qué?

—Porque entonces me entenderéis cuando os diga que hagáis el puñetero favor de salir de aquí antes de que esta gente os coja. Llevad al oficial inglés más próximo el recado de que Francis Bolton-Chilton se halla prisionero en los montes Ruturi.

—¿Quieres decir que intentarán matarnos si nos prenden? —preguntó Crump.

—No —respondió el hombre—, te harán esclavo como hicieron conmigo.

—Podríamos rescatar a ese tipo —intervino Minsky—. Esos otros no llevan armas. Podríamos liquidarlos uno a uno. —Hizo ademán de levantar su rifle.

—Quieto —dijo Crump—. Estamos buscando esa mina de oro, ¿verdad? Bueno, hay una manera de localizar dónde está. Dejemos que nos hagan esclavos. Cuando hayamos dado con la mina y tomado lo que queremos, siempre podremos escapar.

—Es muy arriesgado —dijo Minsky.

—He corrido riesgos peores que este por unos cientos de kilos de marfil —replicó Crump—. ¿Estás conmigo o vas a regresar atravesando solo el territorio de los waruturis?

—Me quedo —dijo Minsky—. Mientras no nos maten, siempre tendremos una oportunidad. No tendría ninguna si atravesara solo el territorio de los waruturis. —No obstante, pensaba en lo estúpido que había sido al ir con Crump, para empezar. Estaba más decidido que nunca a matar a su compañero cuando ya no le necesitara. Crump ya había avanzado otra vez hacia los extraños y Minsky se colocó a su lado.

—Volved atrás —gritó Bolton-Chilton—. ¿Acaso no habéis comprendido lo que os he dicho?

—Vamos a seguir, amigo —respondió Crump—. Sabemos lo que hacemos.

Cuando llegaron al safari se vieron rodeados por seis u ocho guerreros morenos que portaban corazas y cascos de oro. Uno de los guerreros se dirigió a ellos en una lengua que no comprendieron

pero que les resultaba vagamente familiar.

Bolton-Chilton se sentó sobre su fardo.

—Sois un par de idiotas —afirmó.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Crump—. No entiendo su jerga.

—Dicen que sois prisioneros y que arrojéis las armas. Si quieres hablar con ellos, prueba con el swahili. Lo entienden, incluso aquí, tan arriba.

—Esos tipos de Zanzíbar abarcaron mucho terreno en su día —dijo Crump—. Todavía no he estado nunca en ningún sitio de África donde no entiendan swahili.

Los guerreros formaron un estrecho círculo a su alrededor.

—Vendréis a Alentejo con nosotros —dijo el jefe; luego les arrebataron las armas.

—Vendréis como esclavos. Coged dos de esos fardos. Los otros esclavos necesitan un descanso.

—¿No os he dicho que erais unos idiotas? —dijo Bolton-Chilton.

—Te ha calado enseguida, Crump —dijo Minsky con indignación.

—Cargad con esos dos fardos —dijo el guerrero, señalando, y al mismo tiempo pinchó a Crump con su lanza.

Profiriendo blasfemias por lo bajo, Crump se llevó uno de los paquetes a la cabeza; y luego Minsky tomó el otro.

—No sirve de nada quejarse —dijo Crump—. ¿Acaso no nos estamos acercando a esa mina de oro todo el rato? Y, bueno, estos fardos no pesan tanto.

—No es el peso —dijo Bolton-Chilton—. ¡Es la humillación de llevar fardos para mestizos! —concluyó enfadado.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó Minsky—. ¿Adónde nos llevan?

—A Alentejo —respondió el inglés.

—¿Qué clase de lugar es? —preguntó Crump.

—Nunca he estado allí —respondió Bolton-Chilton—. Hace unos dos años me capturaron los gallas, que viven en una aldea que da a la llanura donde se encuentra Alentejo. He visto el castillo de Alentejo de lejos, pero nunca he estado en él. Hace un par de semanas bajaba de una mina con un grupo de esclavos y una escolta de guerreros gallas, cuando nos tropezamos con estos

sinvergüenzas. Hubo una pequeña refriega y me capturaron. Los gallas no me trataban tan mal. Son primitivos bastante buenos; pero he oído historias truculentas sobre estos alentejos. Profesan una especie de religión pagana con sacrificios humanos y ese tipo de cosas, y los gallas dicen que alimentan a un grupo de leones cautivos arrojándoles personas.

—¿Has estado aquí dos años —preguntó Minsky— y nunca has tenido ocasión de escapar?

—Ni una sola —respondió Bolton-Chilton.

—¿Eso quiere decir que tendremos que quedarnos aquí el resto de nuestra Vida? —preguntó de nuevo Minsky.

—Yo llevo dos años —dijo el inglés—, y en todo ese tiempo no ha habido un solo minuto en que haya estado despierto y no haya buscado una oportunidad de escapar. Por supuesto, no habría sabido en qué dirección ir, y probablemente no habría vivido para atravesar el territorio de los waruturis; pero es mejor estar muerto que pasar una larga existencia de esclavitud, solo para morir al fin de hambre o arrojado a los leones. Cuando un esclavo de los gallas es incapaz de trabajar por enfermedad o vejez, dejan de darle de comer; de este modo muere de hambre de forma natural y los alentejos, según me han dicho, arrojan a sus esclavos viejos a los leones. Si hubierais hecho lo que os he pedido, no os habrían capturado Y tendría alguna posibilidad de ser rescatado.

—Qué listo es este tipo —dijo Minsky, echando una mirada de odio a Crump—. Habríamos podido rescatarle nosotros mismos, con dos armas; pero no, este tipo debe encontrar una mina de oro.

Bolton-Chilton se rio con cierta amargura.

—Encontrará esa mina, claro —dijo—, pero tendrá que trabajar en ella bajo el ardiente sol como un antiguo esclavo de las galeras. En poco tiempo odiará la simple vista del oro.

—Correré ese riesgo —dijo Crump—, y no pienso pasarme aquí dos años.

Siguieron caminando en silencio durante un rato, y después el jefe del destacamento desplegó a sus esbirros y a los esclavos con intervalos de unos palmos entre los hombres.

—¿Cuál es la idea? —preguntó Minsky al inglés—. No iremos a pelear, ¿verdad?

—Nos han de poner así —respondió Bolton-Chilton para no

dejar un camino bien definido hacia una entrada secreta que tienen para cruzar ese bosque de espinos que queda ahí.

De nuevo reinó el silencio durante un rato; y de nuevo fue roto por Minsky.

—¿Qué hay en estos fardos? —preguntó.

—Sal y hierro —respondió el inglés—. Bajamos oro a los waruturis para cambiarlo por sal y hierro. Los gallas y los alentejos lo hacen varias veces al año.

Cuando hubieron atravesado el bosque de espinos vieron un sendero bien definido que conducía directamente a un elevado risco; sin embargo los guerreros de Alentejo no siguieron este camino. En su lugar, torcieron a la izquierda, se desplegaron una vez más y se desviaron casi en ángulo recto con el sendero.

—Los gallas dicen que este sendero es sobre todo para los tontos —explicó Bolton-Chilton—. A veces los alentejos escalan ese acantilado, pero resulta difícil y peligroso. El otro camino para llegar a la llanura es mucho más fácil; no obstante, procuran no tomar el mismo camino dos veces y nunca marchan en fila india, salvo en algún lugar donde sea la única forma de ascender. Si esperáis escapar alguna vez, fijaos con mucha atención por donde vamos y tomad nota de cualquier punto de referencia. Yo lo hice al bajar y voy a hacerlo de nuevo al subir.

—Entonces, ¿hay alguna posibilidad de huida? —preguntó Minsky.

—La esperanza es lo último que se pierde —respondió Francis Bolton-Chilton.

XVIII
Rey de todos los simios

La batalla de Alentejo, poco más que una rápida refriega, pronto terminó. Los defensores repelieron a los negros que habían escalado la muralla del lado del castillo que daba al bosque; y cuando el enemigo cayó sobre la aldea, al otro lado, las grandes puertas del castillo se abrieron de par en par y Osorio da Serra encabezaba una procesión de veinte carros tirados por búfalos de carga y atestados de guerreros. En una sólida línea se lanzaron a un enloquecido galope sobre los mercenarios gallas, que dieron media vuelta y huyeron después de prender fuego a unas cuantas chozas de techo de paja y de llevarse a varios campesinos que habían capturado para hacerlos esclavos.

Osorio da Serra no persiguió a los negros que huían, pues esto no entraba en las normas de la guerra que durante años se había convertido en costumbre. Estos ataques rápidos eran como una especie de juego entre los «musulmanes» y los «cristianos» y tenían sus reglas, que eran observadas de modo más o menos estricto. Servían para dar un poco de chispa a la vida y una salida al exhibicionismo natural del hombre. A los alentejos les gustaba ponerse coraza y casco y llevar obsoletos mosquetes para los que no tenían munición. A los gallas, en cambio, les encantaban su pintura de guerra y sus plumas y lanzas. El prototipo de cada uno hay que buscarlo entre los prusianos que alardeaban del poder militar y el dictador europeo bocazas y fanfarrón.

Así que el victorioso Osorio da Serra volvió a cruzar triunfante las puertas de Alentejo y el gordo rey se retorcía de celos que alimentaban su odio.

Tarzán de los Monos observó la batalla desde el lado del castillo

que daba al bosque, espectador interesado, solo para ver su final tan rápido como inesperado había sido su inicio. Vio a los guerreros negros recoger a sus muertos y heridos y llevárselos, junto con sus escaleras y una gran torre arrastrada por veinte búfalos que no había servido para nada.

Tarzán se preguntó por la inutilidad de todo aquello y la estúpida pérdida de hombres y material, el absurdo gasto de tiempo y de esfuerzo sin ningún fin apreciable; y la poca estima que sentía por el hombre bajó aún más. Tarzán ya había hecho planes, y este desatinado encuentro los había obstaculizado. Pretendía presentarse con atrevimiento a la puerta del castillo y esperaba la hospitalidad que sabía que era común entre la gente civilizada; pero ahora tenía que esperar hasta el día siguiente, porque sabía que el ataque a su fortaleza habría dejado a los defensores nerviosos y suspicaces.

Las ensoñaciones de Tarzán fueron interrumpidas por una confusión de gruñidos y rugidos salvajes, entre los que reconoció algún ocasional «¡kreeg-ah!» y «¡bundolo!». Pensando que los simios de Ungo se estaban preparando para pelear entre ellos, se levantó y avanzó por los árboles en la dirección de la que había venido el ruido. «¡Kreeg-ah!» es un grito de aviso y «bundolo» significa matar o luchar a muerte; cualquiera de los dos puede significar un reto. Cuando llegó al lugar donde los simios se hallaban congregados, encontró a Ungo y a sus compañeros frente a un grupo de simios extraños. Cada bando estaba entregado a una creciente excitación que sin duda acabaría en enfrentamiento.

Tarzán, quieto sobre ellos, comprendió enseguida la gravedad de la situación.

—Mato —gruñó Ungo; y un gran simio macho que se enfrentaba a él enseñó los colmillos y repitió el reto.

—Soy el rey de los simios de Ungo —exclamó Ungo.

—Yo soy Mal-gash, rey de los simios —gritó a su vez el otro.

El hombre mono se dejó caer del árbol entre los dos grandes brutos y se enfrentó a Mal-gash.

—Yo soy Tarzán, rey de todos los simios —declaró.

Por un instante, Mal-gash y sus compañeros, los sirvientes de Dios, se quedaron perplejos, pues el hombre iba desnudo salvo por

un taparrabos igual que el otro, al que conocían como Tarzán; y dijo que se llamaba igual: Tarzán, que significa piel blanca en la lengua de todos los simios y los monos.

Mal-gash se volvió pesadamente a sus compañeros y parlotearon unos momentos; luego se dirigió de nuevo al hombre mono.

—Tarmangani no Tarzán —dijo—. Mal-gash mata.

—Tarzán mata —gruñó el hombre mono.

—¡Kreeg-ah! —gritó Mal-gash, y se precipitó hacia el hombre moviendo sus enormes brazos.

Los otros simios observaban sin hacer ademán de participar en el combate, pues cuando el simio rey se enfrenta con otro simio de su condición deben resolver el problema entre ellos, y del resultado depende la soberanía de uno o del otro. Si Mal-gash derrotaba a Tarzán, bien matándole o bien haciendo que se rindiera, entonces Mal-gash podría proclamarse único rey de todos los simios. Por supuesto, a él no le cabía duda de que ya lo era; pero sería agradable sentir cómo se hundían sus colmillos en la garganta de aquel enclenque y presuntuoso hombre-cosa. Se precipitó hacia Tarzán con intención de agarrarle; sin embargo, cuando sus grandes brazos se cerraron, Tarzán no estaba entre ellos, y Mal-gash sintió un golpe en la cabeza que le hizo retroceder momentáneamente. Lanzando un salvaje rugido se abalanzó sobre el hombre mono de nuevo; y otra vez se le escapó cuando su ágil oponente se agachó bajo sus brazos extendidos y, dándose la vuelta, saltaba sobre su lomo. Un brazo de acero le rodeó su corto cuello y se cerró con fuerza bajo su barbilla. Tiraba del brazo con ambas manos, pero unos golpes repetidos detrás de las orejas le dejaron aturdido y le debilitaron.

Los simios que observaban estaban intranquilos, y los de Mal-gash de pronto sintieron miedo, pues habían esperado una rápida victoria de su rey. Mientras miraban la escena, vieron que el hombre mono de pronto se volvía y se inclinaba hacia delante; y luego vieron el enorme cuerpo de

Mal-gash
alzarse por encima de la cabeza de su antagonista y que era lanzado pesadamente al suelo. Cuando cayó, Tarzán se acercó a él de un salto y le agarró uno de sus peludos brazos; y una vez más el cuerpo de
Mal-gash
voló por encima de la cabeza del hombre mono hasta estrellarse pesadamente contra el duro suelo.

Esta vez Mal-gash permaneció inmóvil; y Tarzán saltó sobre él, con su gran cu chillo de caza reluciendo en el aire.

—¿Kagoda? —preguntó.

Mal-gash, sorprendido y aturdido, vio el cuchillo que relucía sobre él y sintió los dedos en su garganta.

—Kagoda —dijo, que significa «¿Te rindes?» o bien «Me rindo», según la inflexión.

Tarzán se puso en pie y se golpeó el pecho, pues conocía a estos antropoides y sabía que un rey no solo debía demostrar su derecho a mandar sino impresionar constantemente las mentes simples de sus seguidores golpeándose el pecho y jactándose igual que una mente fascista simple queda impresionada.

—Soy Tarzán, rey de todos los simios —gritó; y entonces miró alrededor a los simios allí congregados para ver si había alguno que se atreviese a poner en duda su derecho a mandar pero al ver lo que había hecho con el poderoso
Mal-gash
, los sirvientes de Dios empezaron a alejarse lentamente con tímida indiferencia; Tarzán, sin embargo, les hizo volver.

—Mal-gash todavía es vuestro rey —dijo—, y Ungo es el rey de su tribu; viviréis juntos en paz mientras Ungo permanezca en vuestro territorio. Juntos pelearéis contra vuestros enemigos comunes; y cuando yo, Tarzán de los Monos, os llame, vosotros acudiréis.

Mal-gash, algo tembloroso, se puso en pie con dificultad.

—Soy Mal-gash —dijo, golpeándose el pecho—; soy Mal-gash, rey de los simios de
Ho-den
.

De este modo Mal-gash siguió siendo rey de los simios de la

jungla; pero un par de jóvenes y fuertes machos le lanzaron miradas especulativas. Si el enclenque tarmangani podía hacer que
Mal-gash
dijera «kagoda», cada uno de ellos pensaba que podría hacer lo mismo y convertirse en rey; no obstante, cuando evaluaron los grandes músculos y los fuertes colmillos amarillos de
Mal-gash
, cada uno por su lado decidió esperar un poco.

Tarzán permaneció con los simios el resto del día; después, cuando llegó la noche, se marchó y se subió a un árbol a tumbarse cerca de la muralla del castillo de Alentejo.

XIX
El búfalo enloquecido

Al amanecer, Tarzán se despertó y se desperezó; luego buscó un arroyuelo que discurría cerca de la muralla en un extremo del castillo camino de su terrible caída sobre el acantilado, al final de la meseta. Tras beber y bañarse, buscó qué comida podía proporcionarle la jungla. Tenía hechos sus planes, pero no tenía prisa; y era media mañana cuando se aproximó a las puertas de Alentejo.

El centinela de la barbacana le vio y pensó que Dios regresaba; y los guerreros que abrieron la puerta también creyeron que era Dios, hasta que hubo pasado; solo entonces empezaron a sospechar, pero antes de poder detenerle o interrogarle, su atención se vio distraída por unos gritos y chillidos que venían del otro extremo del patio. Todos los ojos se volvieron en la dirección del alboroto y vieron a algunos campesinos asustados que se apartaban despavoridos del camino de un resonante búfalo macho.

En el centro del patio, directamente en el camino de la bestia, se erguía una magnífica figura con casco y coraza de oro sólido. Era Osorio da Serra, el gran noble de Alentejo. Por un momento el hombre vaciló, haciendo ademán de sacar su gran espada; sin embargo, al punto comprendió la futilidad de semejante defensa y dio media vuelta y huyó. Entonces la bestia de ojos rojos, salpicados de espuma su cuello y costados, centró su carga en el hombre que huía, la reacción natural de cualquier animal enloquecido.

Cuando Da Serra pasó cerca de Tarzán, el hombre mono vio que en unos cuantos metros el animal alcanzaría su presa; la arrojaría al aire y luego la pisotearía y la cornearía.

Tarzán sabía que si se quedaba quieto el animal pasaría por

delante de él, pues toda su atención estaba concentrada en el hombre que corría, que con su movimiento le invitaba a perseguirle.

Cuando el búfalo llegó a su altura, el hombre mono dio unos pasos rápidos cerca de su lomo; luego se lanzó sobre su cabeza, agarrándole un cuerno y el hocico, retorciéndole la cabeza hacia abajo y hacia un lado. El búfalo se tambaleó y cayó, estando a punto de soltarse del hombre mono; pero aquellas manos de acero resistieron, y aunque el gran bruto forcejeaba, resollando y bramando, el hombre le retorció la cabeza y se la sostuvo de modo que no pudiera levantarla.

Da Serra, comprendiendo que no podría evitar que el búfalo le atacara, se había vuelto blandiendo la espada para hacer frente a la bestia; presenció, por tanto, el acto del extraño, maravillado ante su coraje y su fuerza sobrehumanas. Corrió entonces hacia el hombre y la bestia que luchaban, convocando a guerreros para que le ayudaran; pero antes de que llegaran el fuerte animal dejó caer la cabeza y se tambaleó delante del hombre.

Tarzán seguía sujetándole un cuerno, y entonces tomó el otro como hombre y bestia frente a frente. El búfalo sacudió la cabeza mientras, resollando y rugiendo, rascaba en la tierra con la pata; luego se echó hacia delante para cornear y pisotear al hombre mono. Los músculos del Señor de la Jungla se tensaron bajo su piel bronceada, mientras, ejerciendo toda su fuerza, sujetaba al búfalo hasta llegar a retorcerle poco a poco la cabeza.

Los sobrecogidos alentejos observaban la escena con ojos como platos, maravillados, mientras una vez más el gigantesco hombre blanco hacía arrodillarse al gran búfalo hasta que, con un solo gesto, le hizo girar la cabeza.

Esta vez Tarzán sujetó al bruto que forcejeaba hasta que, por fin, se quedó inmóvil, jadeando y apagado; en ese momento llegaron los cuidadores, veinte de ellos, y le ataron cuerdas en los cuernos. Cuando Tarzán lo soltó, y el búfalo cayó, se lo llevaron, diez hombres a cada lado.

Osario da Serrase acercó al hombre mono.

—Te debo la vida —dijo—. ¿Quién eres y cómo puedo pagártelo?

—Soy Tarzán de los Monos —respondió el Señor del Jungla.

Da Serra le miró con sorpresa.

—Pero eso no puede ser —dijo—. Conozco bien a Tarzán de los Monos; durante dos años ha sido dios de Alentejo.

—Yo soy Tarzán de los Monos —repitió el hombre mono—. El otro es un impostor.

Osario da Serra entrecerró los ojos con aire pensativo.

—Ven conmigo —dijo—. Eres mi invitado en Alentejo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Tarzán.

—Soy Osario da Serra, capitán general de los guerreros de Alentejo.

Da Serra se volvió a los soldados que se agolpaban cerca de ellos admirando al gigante blanco que podía sujetar y dominar a un búfalo macho.

—Este, hijos míos, es el verdadero Dios —dijo—. El otro era un impostor. —Y todos los que le oyeron se hincaron de rodillas y se santiguaron.

Ante esa declaración ni el más mínimo cambio en la expresión de Tarzán reveló su sorpresa. Esperaría hasta descubrir qué significaba aquella estúpida suposición. Tal vez mejoraría su situación entre gente extraña. Se preguntó por qué motivo aquel hombre, Da Serra, le había proclamado dios. Decidió que ya tendría tiempo de averiguarlo.

—Ven —dijo Da Serra—, iremos a mi apartamento —y le condujo al castillo.

En los lúgubres corredores, donde no era fácil distinguir nada, todo el que se cruzaba con Tarzán se arrodillaba y se santiguaba; y enseguida corrió la voz por todo el castillo de que Dios había regresado. Llegó a oídos de Da Gama, quien de inmediato convocó a Ruiz el sumo sacerdote.

—¿Qué es esto que he oído —preguntó el rey de que Dios ha regresado?

—Yo mismo acabo de enterarme —replicó Ruiz—. Dicen que ha doblegado a un búfalo enloquecido en el patio, y que Da Serrase lo ha llevado a sus aposentos.

—Hazles venir a los dos —ordenó Da Gama.

En las estancias del capitán general de Alentejo, Da Serra hablaba con impaciencia a Tarzán.

—Me has salvado la vida. Ahora déjame salvarte de la esclavitud

o de la muerte.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre mono.

—Todos los extraños que caen en manos de Da Gama, el rey, están condenados a la esclavitud para el resto de su vida, o son sacrificados en el altar de Ruiz, el sumo sacerdote. Lo que quiero decir es que si podemos convencer al pueblo de que eres el verdadero Dios, ni Da Gama ni Ruiz se atreverán a hacerte esclavo o a matarte. Haz lo que te digo y no tengas miedo.

—No tengo miedo —dijo el hombre mono—. Si hubiera tenido miedo no habría venido aquí.

—¿Por qué has venido? —preguntó Da Serra.

—Para matar al hombre que se hace llamar Tarzán de los Monos, y que roba mujeres y niñas, por lo cual mis amigos me odian.

—¿O sea que has venido para matar a Dios? —preguntó Da Serra—. Eres muy valiente para contarme eso. Imagina que yo hubiera creído en el hombre al que Da Gama llama Dios.

—¿No creías en él? —preguntó Tarzán.

—No, ni Da Gama ni Ruiz tampoco; pero la gente creía que era Dios. Da Gama y Ruiz sabrán que no eres Dios; pero eso carece de importancia si el resto lo cree; y cuando oigan la historia del búfalo, sabrán que ningún hombre mortal habría podido hacer lo que tú has hecho.

—Pero ¿por qué tengo que engañar a la gente? —preguntó Tarzán.

—No les engañarás. Ellos mismos se engañarán.

—¿Con qué fin? —preguntó el hombre mono.

—Porque resulta fácil controlar a la gente corriente mediante sus propias supersticiones —explicó Da Serra—. Es por su propio bien; y, además, les gusta tener un dios. Él les dice lo que han de hacer y ellos le creen.

—No me gusta. No diré que soy Dios; y cuando haya matado al hombre que se hace llamar Tarzán, me marcharé. ¿Dónde está? ¿Y dónde está la muchacha que trajo consigo?

—Ayer fueron secuestrados por los musulmanes en el transcurso de una gran batalla.

—¿Quieres decir los negros que ayer atacaron el castillo? —preguntó Tarzán.

—Sí.

—A mí me parecieron gallas.

—Son gallas; pero también son musulmanes. Su aldea se encuentra sobre la llanura.

—Iré allí y le encontraré —dijo Tarzán.

—Te matarán —sentenció Da Serra—. Los musulmanes son gente muy fiera.

—No obstante, iré.

—No tengas prisa —insistió Da Serra—. Si no le han matado ya, será esclavo allí mientras viva. Por lo tanto, puedes quedarte en Alentejo durante un tiempo y ayudarme.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Da Gama es un pésimo rey, y Ruiz el sumo sacerdote es otro canalla. Queremos deshacernos de ellos y elegir un nuevo rey y un nuevo sumo sacerdote. Cuando veamos que la gente confía en ti, solo será necesario que les ordenes que se alcen contra Da Gama.

—Y entonces tú serás rey —sugirió Tarzán.

Da Serra enrojeció.

—Quienquiera que los nobles y los guerreros elijan será rey —replicó.

Cuando Da Serra calló, apareció un mensajero y les convocó a la sala del trono por orden del rey.

XX
El sultán

Al entrar en la aldea de Alí, el sultán, negros vociferantes saludaron a los prisioneros acompañados por su escolta.

—¡Escapar! —exclamó Sandra Pickerall con amargura—. Estábamos mucho mejor en Alentejo.

El hombre caminaba con la cabeza gacha.

—Todo lo que hago está mal —dijo—. He atraído sobre ti toda esta desgracia… yo, que moriría por ti.

Ella le tocó el brazo con dulzura.

—No te lo reproches —trató de consolarlo—. Ahora sé que no sabías lo que hacías; aunque quién sabe, después de todo, tal vez haya sido el destino —añadió enigmáticamente.

La aldea era una mezcolanza de chozas de paja, casas de tepe o arcilla y varias construidas con rocas nativas. La mayor de estas se alzaba en el centro de la aldea junto a una gran plaza. Fueron conducidos a este edificio, rodeados por una horda de negros que no paraban de gritar.

Allí les hicieron detenerse, y entonces salió un negro enorme del interior con unos guerreros que marchaban a ambos lados y delante y detrás de él, con un esclavo que portaba una sombrilla para cubrirle la cabeza, mientras otro le apartaba las moscas con un racimo de plumas atadas al extremo de un palo. El hombre gordo era el sultán Alí. Se sentó en un taburete y su corte se reunió en torno y detrás de él.

El jefe de la escolta que vigilaba a los prisioneros avanzó y se arrodilló ante el sultán.

—Hemos salido airosos de nuestra batalla con los alentejos —informó—, y traemos estos dos prisioneros a nuestro sultán.

—¿Te atreves a molestarme —exclamó Alí— para traerme a dos esclavos blancos de los alentejos? Llévalos a la prisión; y en cuanto a ti…

—Paciencia, oh sultán —dijo el guerrero—. Estos no son esclavos. Son el dios y la diosa de Alentejo.

El sultán Alí frunció el entrecejo.

—No hay dioses —bramó—. El único dios es Alá. Llévate al hombre al recinto de la prisión. La mujer me gusta. Tal vez me la quede; o si los alentejos desean que les devolvamos sus dioses, se los devolveré cuando ellos me envíen doscientos búfalos. Llévale este recado al rey Cristóforo: doscientos búfalos antes de la luna llena.

—Sí, oh sultán —exclamó el guerrero, postrándose—. Iré enseguida a Alentejo portando una bandera de tregua.

Sandra dio un paso hacia el sultán negro.

—¿Por qué nos haces prisioneros? —preguntó en vacilante swahili—. No somos enemigos. No te hemos hecho ningún daño. Éramos prisioneros de los alentejos. Ahora que nos has rescatado de ellos, déjanos marchar. No te servimos para nada.

—El hombre es fuerte —dijo Alí—. Trabajará en las minas. Tú eres hermosa; pero si Cristóforo me envía doscientos búfalos, os devolveré a él.

—Mi padre te dará más de lo que valen los doscientos búfalos, si me dejas marchar —declaró Sandra.

—¿Qué me dará? —preguntó Alí.

—Te dará oro —respondió ella.

El sultán se echó a reír.

—¡Oro! —exclamó—. Tengo más oro del que puedo usar.

—Mi gente es rica y poderosa —insistió la muchacha—. Son muchos. Algún día vendrán Y te castigarán, si no nos dejas marchar.

El sultán hizo una mueca.

—El hombre blanco no nos da miedo. Ellos nos temen a nosotros. Cuando lleguen, les haremos esclavos. ¿Alguna vez han enviado soldados contra nosotros? No, tienen miedo; y basta de cháchara. Llevaos al hombre al recinto de la prisión y entregad la muchacha a las mujeres. Decidles que no le hagan daño, o sentirán la ira de Alí.

Sandra se volvió al hombre que creía ser Tarzán.

—Supongo que es inútil —dijo sin esperanza alguna.

—Me temo que sí —repuso él—; pero no pierdas la esperanza. Puede que encontremos la manera de huir. No pensaré en otra cosa.

Llegaron unas mujeres y se llevaron a Sandra, y un par de guerreros empujaron al otro prisionero en dirección opuesta; y mientras se lo llevaban no dejó de mirar atrás, alegrando sus ojos, pues tal vez fuera la última vez que viese a aquella muchacha de la que se había enamorado.

En el recinto de la prisión, un lugar infecto rodeado de una alta empalizada, no había nadie. Solo una entrada por una pesada puerta, atrancada por fuera mediante enormes barras. En el interior, el hombre distinguió un cobertizo en un extremo. El suelo estaba cubierto de hierbas secas y sucias esteras de dormir, y desparramados por el lugar había varios cazos de cocinar igualmente sucios. El hombre calculó con la vista la altura de la empalizada y al hacerlo vio una cabeza humana colgada casi en la punta. Se hallaba cubierta de moscas que zumbaban a su alrededor y que entraban y salían por las orejas, las ventanas de la nariz y la boca abierta. El hombre desvió la mirada experimentando un estremecimiento de asco.

El sol de media tarde arrojaba la sombra de una pared situada en mitad del recinto. El hombre fue a sentarse en la sombra, apoyándose en la pared. Físicamente no estaba cansado, pero su mente se hallaba exhausta. No paraba de reprocharse los espantosos males que le había causado a la chica. Por su mente desfiló una procesión de absurdos planes para liberarla. En todo momento se repetía: «Soy Tarzán. Soy Tarzán. No hay nada que no pueda hacer», aunque siempre tenía que volver a la realidad y afrontar el hecho de que se hallaba indefenso.

A media tarde las puertas del recinto se abrieron de pronto y entraron quince o veinte esclavos. Todos menos uno eran sucios Y demacrados negros o alentejos. Este era un hombre blanco. Se trataba de Pelham Dutton.

El hombre se puso en pie de un salto Y se dirigió apresuradamente hacia él.

—¡Dutton! —exclamó—. ¿Cómo diantre has llegado aquí?

Los ojos del americano echaban chispas.

—Ojalá tuviera algo con qué matarte —dijo.

El hombre meneó la cabeza.

—Yo no te echo la culpa de nada —aseguró—. Merezco morir por lo que he hecho; pero quiero vivir para poder salvarla a ella.

El americano hizo una mueca.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó—. La secuestraste no una sino dos veces. La arrastraste a este país infernal. Dios sabe lo que le has hecho, ¿y ahora intentas decirme que quieres vivir para salvarla? ¿Esperas que me crea eso?

El otro meneó la cabeza de nuevo.

—No —admitió—, supongo que no; pero eso no cambia el hecho de que lamento lo que hice y me gustaría ayudarla.

—¿A qué viene este repentino cambio de sentimientos? —preguntó Dutton con escepticismo.

—Verás, yo nunca sabía por qué hacía las cosas. —Dutton reparó en la expresión dolorida, de desconcierto, que había en los ojos del hombre—. Solo hacía todo lo que Da Gama me decía que hiciera. Creía que tenía que hacerlo. No sé explicar por qué. No lo entiendo. Él me dijo que fuese a buscar a una mujer blanca para hacerla diosa; y dio la casualidad de que Sandra Pickerall fue la primera mujer blanca que encontré; pero después de regresar a Alentejo, descubrí que ni el rey ni el sumo sacerdote creían que yo era un dios. Solo me estaban utilizando para engañar a la gente corriente. Ella me lo enseñó. Me enseñó muchas cosas que no he sabido descubrir por mí mismo. Verás, siempre había pensado que en realidad a ella le hacía un favor llevándola a Alentejo para ser una diosa; pero cuando descubrí que incluso el hombre que me había enviado por ella no creía en su pretendida divinidad, cuando descubrí cómo me habían engañado y se habían burlado de mí y me habían hecho causar ese daño, decidí que encontraría la manera de rescatarla y devolverla a su padre. Esta mañana hemos conseguido escapar del castillo, y estábamos saliendo de la región cuando nos han capturado estos musulmanes.

—¿Han capturado a Sandra contigo? —preguntó Dutton—. ¿Está en manos de estos demonios negros?

—Sí.

—¿De verdad intentabas llevártela? —preguntó Dutton.

—Te doy mi palabra —dijo el otro.

—No sé por qué debería hacerlo —dijo Dutton—, pero por

alguna razón te creo.

—Entonces, hemos de trabajar juntos para sacarla de aquí —resolvió el hombre, tendiéndole la mano como para sellar un trato.

Dutton vaciló; luego aceptó la mano que le ofrecía el otro.

—Espero que seas de fiar —dijo—, y por alguna razón me parece que lo eres, a pesar de tu nombre falso y todo lo demás.

—Creía que ese era mi nombre hasta que ella me dijo que no lo era.

—Bueno, entonces, ¿cómo te llamas? —preguntó Dutton.

—Ese es el único nombre que conozco.

«Está chiflado», pensó Dutton.

—¿De dónde venís? —inquirió el hombre que se hacía llamar Tarzán.

—De la mina de oro —respondió Dutton—. Nos llevan allí a trabajar casi cada día.

—En ese caso, si nos sacan del recinto, tal vez tengamos alguna posibilidad de escapar.

—¡Jamás! Nos custodian demasiados guerreros.

—Entonces crearemos una oportunidad —dijo el hombre—. Si queremos sacarla de aquí antes de que sea demasiado tarde. Alí ya ha enviado recado a Da Gama, ofreciéndole liberarnos a cambio de doscientos búfalos; y si Da Gama no envía los búfalos, Alí asegura que se quedará con Sandra; y ya sabes lo que eso significa.

—¿Sabes dónde está ella? —preguntó Dutton.

—Sí. He visto a unas mujeres llevarla a una choza cerca del… palacio, supongo que lo llaman así, del sultán.

Hasta sumirse en un sueño exhausto aquella noche, los dos hombres estuvieron inútilmente haciendo planes para escapar.

XXI
El nuevo dios

Cuando el mensajero del rey entró en el aposento de Da Serra y sus ojos se posaron en Tarzán, el asombro asomó a su semblante, y, por un instante, a punto estuvo de arrodillarse. Da Serra les había hecho llamar a él y «al extraño» y a primera vista pensó que aquel hombre era Dios.

En el instante en que vaciló antes de entregar su mensaje, Da Serra le habló con aspereza.

—¡Arrodíllate! —ordenó—. ¿Cómo te atreves a quedarte de pie en presencia de Dios?

Desconcertado, el tipo hincó una rodilla y se santiguó; y en esa postura entregó el mensaje de Da Gama.

—Dile al rey —dijo Da Serra— que convoque a los nobles y a los guerreros a la sala del trono para recibir como es debido al verdadero Dios, que por fin ha llegado a Alentejo.

De modo que otro converso recorrió el castillo para difundir la noticia de que el verdadero Dios había ido a Alentejo, y como un reguero de pólvora se corrió la voz por todo el castillo y la aldea donde vivía la gente corriente.

Cuando el mensaje llegó al rey, todo el mundo en el castillo lo sabía, de manera que los nobles y guerreros empezaron a llegar a la sala del trono casi pisándole los talones al mensajero. Allí se repitieron uno a otro, embelleciéndola, la historia de la fuerza sobrehumana de este verdadero Dios que podía vencer a un búfalo macho solo con sus manos.

Da Gama estaba furioso.

—Esto es un truco de Da Serra —se quejó a Ruiz—. Quiere un dios al que pueda controlar. Escucha a esos necios, ni siquiera han

visto al extraño; sin embargo, ya se refieren a él como al verdadero Dios. Creerán cualquier cosa.

—Entonces, ¿por qué no decirles que ese tipo es un impostor? —aconsejó el sumo sacerdote.

—Deberías decírselo tú —replicó el rey—. Tú eres sumo sacerdote; o sea que tú debes reconocer a Dios cuando le ves, mejor que nadie.

Ruiz pensó en esto. Si negaba a este Dios pero el pueblo lo aceptaba, él perdería todo el crédito de que gozaba. En ese caso Da Serra sería todopoderoso, y eso Ruiz lo temía, pues podía ser el fin tanto de él como de Da Gama. Razonando esto, rápidamente tomó una decisión; bajó de la tarima y ocupó su lugar tras el altar y mandó callar a todo el mundo.

—Todos sabéis que el verdadero Dios fue secuestrado por los musulmanes —dijo—. Si, por azar, este es el verdadero Dios que ha regresado, todos debemos dar gracias; pero si no lo es, entonces se trata de un impostor y debemos hacerlo esclavo o arrojarlo a los guardianes de Alentejo.

Se oyó un murmullo entre la multitud congregada en la sala del trono; si era de aquiescencia o de disentimiento no se podía saber.

Entonces sonó una voz desde la parte posterior de la estancia. Era Osorio da Serra.

—¡El verdadero Dios está aquí! —gritó el capitán general.

Todos los ojos se volvieron en dirección a los dos hombres que se hallaban en el umbral de la puerta, y mientras avanzaban lentamente hacia la tarima se arrodillaron y se santiguaron; aunque algunos no lo hicieron.

—El verdadero Dios —gritó alguien.

—¡Impostor! —gritaron otros.

Da Serra se detuvo en el centro de la sala.

—Muchos de vosotros habéis oído contar cómo este verdadero Dios detuvo el ataque de un búfalo macho enloquecido en el patio y lo sujetó y lo hizo caer al suelo. ¿El otro habría podido hacerlo? ¿Cualquier mortal habría podido hacerlo? Si todavía dudáis, permitidme que os pregunte si creéis que un verdadero Dios habría podido ser capturado por los musulmanes. Los habría fulminado a todos.

Al oír esto se oyeron muchos gritos de asentimiento, y más

guerreros y nobles se hincaron de rodillas. Algunos nobles se volvieron a Ruiz.

—¿Es este hombre el verdadero Dios? —preguntaron.

—No —gritó el sumo sacerdote—. Es un impostor.

—Es un truco de Da Serra —exclamó Da Gama—. Prended a los dos, al impostor y al traidor. ¡Arrojadles a los leones!

Algunos nobles y guerreros se precipitaron hacia Tarzán y Da Serra.

—Abajo Da Gama y Ruiz —gritó este último, desenvainando su espada.

Un guerrero golpeó a Tarzán con su pesado sable, pero el hombre mono saltó a un lado y, acercándose a su antagonista, lo levantó por encima de su cabeza y lo lanzó pesadamente a la cara de sus compañeros. Después se produjo una pausa y otra voz exclamó:

—¡Abajo Da Gama! ¡Viva el rey Osorio!

Y, como por arte de magia, los nobles y los guerreros se congregaron alrededor de Da Serra y de Tarzán, oponiendo un gran anillo de hojas de acero al puñado que habían permanecido leales a Da Gama.

Ruiz el sumo sacerdote maldijo y lanzó insultos, exhortando a los guerreros a permanecer fieles a su rey y al verdadero Dios, quien, prometió, pronto volvería con ellos; pero el que había sido tan temido era odiado por igual. Vio que iban a prenderle y huyó gritando por una portezuela que había en la parte posterior de la tarima; y con él huyó el rey Cristóforo. De esta manera Osario da Serra se convirtió en rey de Alentejo y Tarzán de los Monos en el verdadero y único Dios.

Mientras Da Serra y Tarzán ocupaban su lugar en sus respectivos tronos sobre el estrado, el sacerdote Quesada surgió de la multitud y se arrodilló ante el hombre mono.

Da Serra se inclinó hacia Tarzán.

—Este es tu nuevo sumo sacerdote —susurró—. Anúncialo a la gente.

Ahora a Tarzán no le gustaba la parte que estaba interpretando ni sabía cómo debía actuar; no dijo nada, y por fin fue Da Serra quien ordenó a Quesada sumo sacerdote de Alentejo.

El nuevo rey ordenó que se celebrara un festín en honor de

todos; y mientras lo preparaban, llegó recado de que un destacamento de guerreros había regresado con esclavos blancos y cinco cargas de sal y de hierro.

Da Serra ordenó que los llevaran inmediatamente a la sala del trono.

—Es un buen augurio —dijo— al principio de mi reinado. Raras veces capturamos esclavos blancos; y ni los más ancianos recuerdan haber capturado tres al mismo tiempo.

Tarzán empezaba a aburrirse y a inquietarse. Todo cuanto aquellos hombres hacían le parecía una tontería. Su credulidad era asombrosa. Los comparaba con los simios, y los simios no se quedaban atrás al compararlos. Todo lo que hacían los simios tenía un fin y un significado práctico. Aquellos hombres cambiaban de dioses y de gobernantes sin saber si eran mejores o no que los otros. Cuando los simios cambiaban de rey, sabían que tenían un jefe más poderoso para dirigirles y protegerles.

Tarzán se levantó y se desperezó. Había decidido que ya tenía suficiente y que se iba, y cuando se levantó todo el mundo cayó de hinojos y se santiguó. El hombre mono miró a aquella gente con sorpresa y en aquel momento vio que entraban en la sala del trono unos guerreros con tres hombres blancos y reconoció a dos de ellos: Crump y Minsky. Aquí sucedía algo interesante. Tarzán volvió a sentarse y los nobles y guerreros se pusieron en pie.

Cuando los tres hombres fueron empujados hacia el estrado, Crump profirió una blasfemia de sorpresa. Dio un codazo a Minsky.

—Mira —le dijo—, el maldito hombre mono.

—Y está sentado en un trono —dijo Minsky—. No me gustaría estar en tu piel. Jamás vivirás para ver ninguna mina de oro.

Cuando los tres se sentaron al pie del estrado, Tarzán apenas echó una mirada a Crump y a Minsky; pero sus ojos se posaron en Bolton-Chilton.

—¿Eres inglés? —preguntó Tarzán.

—Sí. —¿Cómo has llegado a juntarte con estos dos hombres?

—Los hombres que me capturaron han sido sus captores —respondió Bolton-Chilton.

—Entonces, ¿no son amigos tuyos? —preguntó el hombre mono.

—Nunca les había visto.

—¿Cómo fuiste capturado? —preguntó Tarzán.

—Hace dos años me secuestraron los gallas del viejo sultán Alí, y el otro día hicieron lo mismo estos tipos.

—¿Has vivido dos años en la aldea Galla?

—Sí. ¿Por qué? —preguntó el inglés.

—Tal vez pueda utilizarte y de paso sacarte de aquí.

—¿Eres el jefe? —preguntó el inglés.

La sombra de una sonrisa asomó a los labios del hombre mono.

—No —dijo, señalando con la cabeza hacia Da Serra—; él es rey. Yo soy Dios.

Bolton-Chilton lanzó un silbido.

—Eso es excelente; bueno, a menos que uno no se lo tome demasiado en serio. —Había reparado en la sonrisa.

—Yo no —dijo Tarzán.

—¿Qué dice? —preguntó Da Serra—. ¿Le conoces?

—Les conozco a todos —dijo Tarzán—. Este hombre es amigo mío. Me lo quedaré. Con los otros podéis hacer lo que queráis.

—Un momento —dijo Da Serra—. Decidiré yo. Soy el rey, ¿sabes?

—Pero yo soy Dios —replicó el hombre mono—, o al menos toda esa gente que está ahí así lo cree. ¿Me quedo con mi hombre sin problemas?

Da Serra no era mala persona, pero su reinado le venía grande y estaba celoso de su autoridad.

—Al fin y al cabo —dijo—, te debo mucho. Puedes quedarte con este hombre como esclavo.

Cuando se llevaron a Crump y Minsky al lugar donde vivían los esclavos, Chilton se quedó; y al finalizar el festín acompañó a Tarzán y a Da Serra de nuevo a los aposentos de este último.

Tarzán se acercó a una ventana y miró hacia el otro lado de la aldea de chozas de tejado de paja, hacia las lejanas montañas. Por fin se volvió a Bolton-Chilton.

—¿Conoces bien la aldea de los gallas? —preguntó—. ¿Qué sabes de sus costumbres y su potencia para luchar?

—Sí, confía en mí… Les conozco bien —respondió Chilton.

—He venido desde muy lejos para matar a un hombre que está allí —dijo Tarzán—. Y con él se halla prisionera una muchacha inglesa a la que me gustaría rescatar. Será más fácil si llevo conmigo a alguien que conoce bien el camino; y, al mismo tiempo,

si lo consigo, podrás escapar.

El otro hombre meneó la cabeza.

—No hay escapatoria —dijo—. Solo conseguirás que te capturen, seas Dios o no —añadió, con una sonrisa irónica. La misma semisonrisa curvó los labios del hombre mono.

—Sé que no soy Dios —concedió—, pero sí sé que soy Tarzán de los Monos.

Bolton-Chilton le miró con sorpresa; entonces se echó a reír.

—¡Primero Dios y ahora Tarzán de los Monos! —exclamó—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Arzobispo de Canterbury? Nunca he visto a ninguno de ellos, pero cualquiera de ellos es famoso y fuerte.

A Tarzán le resultaba evidente que el hombre no le creía, mas eso no tenía importancia. Se volvió a Da Serra.

—El hombre al que voy a matar y una muchacha inglesa están prisioneros en la aldea Galla.

—Sí —dijo Da Serra—. Lo sé. Esta mañana ha llegado un mensaje del sultán Alí ofreciendo liberar al hombre y a la mujer si Da Gama le envía doscientos búfalos como rescate. Da Gama se ha negado.

—Déjanos ir y sorprenderles —dijo Tarzán.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Da Serra.

—Deja que nos llevemos a todos tus guerreros y ataquemos la aldea.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Da Serra.

—Acabas de ser nombrado rey, y observo que no todos te han aceptado con entusiasmo. Si inmediatamente obtienes una gran victoria sobre tus enemigos, te ganarás la lealtad de todos tus guerreros. A los hombres les gustan los reyes que ganan batallas.

—Quizá tengas razón —accedió Da Serra—. Al menos, vale la pena pensárselo.

XXII
La batalla

Ataviada con la espléndida vestimenta que Da Gama estimaba como propia de una diosa, Sandra Pickerall yacía en la mísera y sucia choza galla esperando casi con apatía el siguiente golpe del Destino. Si Da Gama enviaba los doscientos búfalos para rescatarles a ella y a su compañero, al menos volverían a estar juntos, aunque le parecía que no estaría más segura en un lugar que en el otro.

Su mente se entretenía mucho con aquel hombre que había entrado en su vida para alterarla tanto. Ya no se lo reprochaba, porque tenía la sensación de que él no era responsable. Al principio, pensaba que tal vez se trataba de un demente; pero cuanto mejor le conocía, más convencida estaba de que no era así. Si bien nunca se había encontrado con ningún caso de amnesia, sabía lo suficiente de esta por lo que había oído hablar y por lo que había leído, para convencerse de que aquel hombre era víctima de esta extraña aflicción. El misterio que le rodeaba le picaba la curiosidad. ¿Quién era? ¿Qué había sido? Pensaba en él continuamente y empezó a tener un poco de miedo al hacerse preguntas; no obstante, era sincera y tenía que admitir que del odio había nacido la amistad y que esta se acercaba peligrosamente a un sentimiento aún más fuerte.

Cuando se dio cuenta de ello contuvo el aliento. Qué terrible sería permitirse enamorarse de un hombre del que no sabía absolutamente nada; un hombre que nada sabía sobre sí mismo. Podía ser un criminal, o, aún peor, tal vez estuviera casado.

No, no debía albergar tales pensamientos. Tenía que quitárselo de la cabeza por completo, lo cual era más fácil de pensar que de hacer. Independientemente de sus buenas intenciones, aquel

hombre no paraba de acudir a su mente; y trabajando en la mina de oro bajo aquel ardiente sol africano, el hombre, por el contrario, hacía esfuerzos para conjurar recuerdos de la muchacha y disfrutar sabiendo que la amaba, a pesar de comprender que su enamoramiento no tenía esperanzas; y Dutton, que trabajaba a su lado, alimentaba recuerdos similares y su amor por la misma muchacha le inundaba de alegría. Era una suerte para la paz mental de cada uno el hecho de que ninguno de los dos pudiera leer los pensamientos del otro.

A pesar de que los capataces gallas eran muy exigentes, no eran innecesariamente crueles. Y aunque varios de ellos llevaban látigos, raras veces los utilizaban y solo para estimular a algún que otro gandul; pero si los hombres no eran crueles con sus cargas, las mujeres mayores habrían tratado a Sandra con toda indignidad y dureza de no haber temido a Alí, que había dado órdenes de que no le hiciesen daño.

Una mujer joven que le llevaba comida era amable con ella, y por ella se enteró de que el mensajero había regresado de ver a Da Gama y que el rey de Alentejo se había negado a pagar un rescate por la dama inglesa y por el hombre que creía ser Tarzán.

Preguntó a la muchacha qué iba a ser de ella; y la respuesta no tardó en llegar, cuando una vieja arpía entró en la choza gruñendo a través de unos dientes amarillentos, maldiciendo y rabiando mientras difundía lo que ahora cuchicheaba toda la aldea. Alí había proclamado a la prisionera blanca como su nueva prometida y había fijado el día para los ritos del matrimonio.

La vieja arpía estaba furiosa, porque como esposa más vieja del sultán su deber era supervisar la preparación de la novia.

Sandra estaba frenética. Suplicó a la joven muchacha que había sido buena con ella que le trajera un cuchillo para poder suicidarse; pero la muchacha tenía miedo. La boda se celebraría mediante una fiesta y una orgía de bebida al día siguiente, y el matrimonio se consumaría por la noche; entretanto ella necesitaba encontrar algún modo de escapar o matarse; pero como ahora la vigilaban tan de cerca era imposible cualquiera de las dos cosas.

Cuando los esclavos regresaron de la mina el rumor se filtró en el reciento de los prisioneros. Los dos blancos lo oyeron y quedaron petrificados.

—Tenemos que salir de aquí —dijo el hombre que creía ser Tarzán.

Dutton señaló la cartilaginosa cabeza que oscilaba en lo alto de la empalizada.

—Eso es lo que les ocurre a los esclavos que intentan escapar —dijo.

—No obstante, hemos de intentarlo —insistió el otro—. Tal vez mañana, al ir a la mina o al volver, podamos encontrar una oportunidad.

Mas el día siguiente no les proporcionó ninguna oportunidad mientras seguían el cansino camino hacia la mina.

En la aldea habían comenzado los preparativos para la celebración. Se estaba elaborando comida y cerveza; y la aterrada novia recibía instrucciones sobre su participación en los ritos.

A media tarde, un guerrero, jadeante por el ejercicio, entró en la aldea y corrió al palacio del sultán, donde informó a Alí de que había visto un ejército de alentejos acampado en las colinas de detrás de la aldea.

Esta suponía una nueva técnica y desconcertó a Alí. Hasta entonces, los alentejos habían llegado atacando por la llanura con resonantes trompetas y hoscos gritos de guerra. Que se acercaran a él con sigilo por detrás era algo nuevo. Se preguntó por qué habían acampado. Parecía extraño hacerlo si habían venido en son de guerra. Uno de sus jefes sugirió que podrían estar esperando atacar después de anochecer; y Alí se escandalizó. Jamás se había hecho nada semejante.

El sultán dio órdenes de reunir a los soldados y a los esclavos de la mina y de armar a todos los esclavos, pues el informe que había recibido le llevaba a creer que los alentejos quizá fuesen más numerosos que sus propios guerreros.

No obstante los preparativos para la batalla, los de la boda prosiguieron tal como estaba previsto.

En todo cuanto siguió, Sandra no intervino, ya que la tenían permanentemente vigilada en su choza; pero el novio comía y bebía mucha cerveza, al igual que sus guerreros, y con el baile y la comida y la bebida, casi se olvidaron del enemigo que tenían a las puertas.

A menos de un kilómetro de distancia en las colinas, un millar

de búfalos se encaminaban lentamente hacia la aldea, ya que caía la noche. Los carros de guerra se habían quedado en la fortaleza, pues para los alentejos este era un nuevo estilo de guerra y lo aceptaron porque lo había ordenado su Dios. En un flanco de los búfalos que caminaban lentamente marchaban Tarzán y Chilton; y detrás del Señor de la Jungla iban Ungo y
Mal-gash
con sus simios. Tarzán sabía que conducir a aquellos búfalos semidomesticados por la noche entrañaba no pocos peligros. Al caer la oscuridad, se pusieron cada vez más nerviosos e irritables; pero siguieron avanzando despacio hacia la aldea y, para gran alivio de Tarzán, hacían muy poco ruido. Los escasos bramidos y rugidos quedaban ahogados en la aldea por los gritos y aullidos de los que bailaban y los chillidos de las mujeres.

El sultán Alí, medio borracho y haciendo eses, entró en la choza donde estaba confinada Sandra Pickerall. Apartó a las mujeres a empujones, agarró a la muchacha del brazo y la sacó de la choza a rastras en dirección a su palacio, precisamente cuando un centinela entraba precipitado en la aldea gritando:

—¡Qué vienen los alentejos! ¡Los alentejos están aquí!

La conmoción pareció poner sobrio a Alí. Soltó el brazo de Sandra y enseguida profirió ordenes a sus capataces y a sus guerreros. Los esclavos armados fueron liberados del recinto y puestos en la linde de la aldea formando una hilera frente a los alentejos que se acercaban.

—Esta es nuestra oportunidad —susurró a Dutton el hombre que creía ser Tarzán—. Ve despacio por aquí conmigo, hacia la choza de Sandra. Durante el fragor de la batalla la sacaremos de aquí.

Fuera, en la noche, más allá de la aldea Tarzán emitió la orden que los guerreros de Alentejo estaban esperando; y ante la señal sonaron trompetas mientras detrás de los desconcertados búfalos resonaban gritos de guerra. Los guerreros se precipitaron a la parte posterior de las bestias, arreándolas con los mangos de las lanzas. Bramando y resollando, las asustadas bestias echaron a correr; y al cabo de un momento el gran rebaño ya estaba cargando en dirección a la aldea de Alí el sultán; y con ellos corrían Tarzán y Chilton y el grupo de grandes simios.

En la aldea reinaban la confusión y el caos cuando las bestias

entraron a la carga. El falso Tarzán corrió a la choza de Sandra y la llamó, mas no obtuvo respuesta. La muchacha estaba donde Alí la había dejado: a la sombra del palacio.

Algunos gallas permanecieron en su sitio, arrojando lanzas y teas encendidas a los búfalos. Otros dieron media vuelta y huyeron despavoridos con las mujeres y los niños del camino de las ahora enloquecidas bestias, solo para toparse con los simios de Ungo y Mal-gash

.

Sandra Pickerall oyó que los guerreros de Alentejo gritaban detrás de la horda de búfalos y se dio cuenta de que al cabo de unos minutos entrarían en la aldea y volverían a capturarla. Vio una abertura en la horda que se dispersaba y pasó corriendo como pudo entre ella, con la esperanza de escapar de la aldea. El falso Tarzán la vio y corrió hacia ella, seguido por Dutton. La llamó por su nombre y, asiéndole la mano, corrieron esquivando los búfalos hasta que estuvieron fuera de la manada y de la aldea. Protegidos por la oscuridad, se apresuraron a alejarse, resonándoles aún en los oídos los fuertes bramidos de los búfalos, el rugido de los simios y los gritos de los guerreros, aunque disminuyendo el volumen a medida que se distanciaban de la aldea.

Sandra miró atrás.

—Nos está siguiendo alguien —dijo.

—Es Dutton —dijo el hombre.

Sandra se detuvo y se giró en redondo.

—¡Pelham! —exclamó—. ¿De veras eres tú?

La felicidad que había en su voz llenó de plomo el corazón del hombre que creía ser Tarzán, pues adivinó que Dutton amaba a la muchacha, apercibiéndose de que lo razonable era que Sandra regresara con su amor; mientras que en lo que a él se refería, no merecía nada más que el odio y el desprecio de la muchacha.

Dutton corrió hacia ella tendiéndole las manos.

—Oh, Sandra —exclamó—, ¡cuántas cosas te han pasado! Pero tal vez ya ha terminado todo. Tal vez podamos salir de esta maldita región.

Mientras avanzaban en la noche, Sandra y Dutton se contaron las aventuras que cada uno había vivido desde que se habían separado. Parecían muy felices, pero el hombre que caminaba un

poco más atrás estaba triste.

XXIII
Escondidos

La desbandada de los gallas fue completa; y cuando los búfalos finalmente atravesaron la aldea, Osario da Serra y sus guerreros entraron en ella. Encontraron a Tarzán buscando a la muchacha y al hombre al que había ido a matar; mas la búsqueda resultó infructuosa, y Tarzán supuso que habían escapado de la aldea con los negros fugitivos. Era inútil buscarles esa noche. Al día siguiente les encontraría. Sin embargo, hallaron al sultán Alí escondido en su palacio; y Osario da Serra le hizo prisionero para llevárselo a Alentejo como triunfo.

Los victoriosos alentejos se instalaron cómodamente en la aldea, apurando el festín y la cerveza que los gallas habían dejado.

Tarzán llamó a los simios. Mientras se reunían a su alrededor, les dijo que se marcharan a sus respectivos territorios, pues comprendía que ni siquiera él podía retenerlos mucho más tiempo; salieron entonces con calma de la aldea, con gran alivio por parte de los guerreros de Alentejo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Chilton—. Me parece un buen momento para largarme.

Tarzán asintió.

—Después nos iremos los dos —dijo—. Quiero echar otro vistazo en la aldea para asegurarme de que el hombre al que he venido a matar no está aquí.

—¿De veras viniste a esta región solo para encontrar a este hombre y matarle? —preguntó Chilton—. Vaya, no puedes hacer eso. Sería asesinato.

—Si aplastaras una araña venenosa con la bota, no lo llamarías asesinato —replicó el hombre mono—. Para mí, ese hombre no es

mejor que una araña.

—Debe de haber hecho algo muy despreciable para ti —aventuró Bolton-Chilton.

—Lo hizo. Me robó el nombre. Y luego se dedicó a robar las mujeres y las niñas de mis amigos para hacerlas esclavas o matarlas.

—¿Cómo se hacía llamar? —preguntó el inglés.

—Tarzán de los Monos.

Bolton-Chilton se rascó la cabeza.

—Debe de ser contagioso —aventuró.

Tarzán recorrió de nuevo la aldea, registrando las chozas e interrogando a los guerreros de Alentejo y a sus prisioneros, pero no halló rastro de Sandra ni del hombre al que buscaba; después volvió junto a Chilton, y los dos salieron de la aldea sin llamar la atención.

—¿Sabes? —dijo Chilton—. Siempre creí que estas aldeas nativas estaban rodeadas por una empalizada.

—La situación de estos poblados es única —respondió Tarzán—. Da Serra me lo ha explicado. Los gallas solo tienen un enemigo: los alentejos; y durante cuatrocientos años el método de ataque de estos ha sido siempre el mismo. Vienen por la llanura haciendo sonar trompetas y lanzando gritos de guerra. Los gallas salen precipitadamente a su encuentro. Se produce una refriega muy breve en la que algunos hombres mueren y otros son hechos prisioneros; después, cada bando regresa a su aldea. Los alentejos nunca habían intentado entrar en la aldea de los gallas. Esta vez la idea ha sido mía, porque de lo contrario no habría podido encontrar ni a la muchacha ni al hombre al que busco.

—Los gallas harían bien en empezar a construir una empalizada —dijo Chilton.

Siguieron caminando en silencio durante un rato, y entonces el inglés preguntó a Tarzán cuáles eran sus planes.

—Encontraré a mi hombre, y después de haberle matado, te llevaré a algún asentamiento en el Congo donde podrás encontrar transporte para salir del país.

—Tengo entendido que solo hay dos caminos para salir de aquí —dijo Bolton-Chilton.

—Yo solo conozco uno —replicó Tarzán—, y es un descenso por un acantilado bastante difícil.

—Eso he oído —dijo el otro—, pero yo he ido dos veces por un

camino fácil, que creo que puedo volver a encontrar, por lo que no tendremos que acercarnos a Alentejo y correr el riesgo de que nos capturen.

—De acuerdo —concedió el hombre mono—, encontraremos el otro camino.

—¿Y la muchacha?

—Probablemente está con él —dijo Tarzán.

* * *

Mientras Da Serra había estado preparándose para salir de Alentejo con su ejército, todos los esclavos habían recibido instrucciones de reunir a los búfalos que debían ser conducidos al frente de la fuerza que avanzaba; y en la confusión, Crump y Minsky habían logrado escapar a los bosques de detrás del castillo, donde se escondieron hasta que cayó la noche; luego, al amparo de la oscuridad, echaron a andar por la llanura hacia las montañas.

—Por la mañana —dijo Crump— buscaremos la mina de oro por los alrededores.

—¡Por la mañana —replicó Minsky— buscaremos el camino para salir de este maldito país! No quiero saber nada, haya o no haya mina de oro.

—Si hubiese sabido que eres un gallina —dijo Crump— no te habría traído conmigo.

—Si yo hubiera sabido que no eres más sensato que un asno no habría venido —replicó Minsky—. Sin armas con las que matar algún animal para comer, y tengo que estar perdiendo el tiempo buscando una mina de oro. Aparte de buscar el camino que me saque de aquí, lo único para lo que tengo tiempo es para buscar comida.

Crump rezongaba mientras avanzaba pesadamente. No le gustaba la idea de estar solo, aunque su compañero fuera tan indefenso como él; pero la tentación del oro era más fuerte que cualquier otra fuerza que animara su interior.

Como habían tomado una ruta que daba un rodeo con el fin de evitar un encontronazo con algún guerrero de Alentejo al regresar de la aldea de los gallas, casi era de mañana cuando, hambrientos, sucios y exhaustos, los dos hombres llegaron a las colinas y se

tumbaron para descansar. En las mismas colinas también se escondían Sandra, Dutton y el hombre que creía ser Tarzán.

Sandra fue la primera en despertar por la mañana. Vio a los hombres tumbados a ambos lados de ella para protegerla. Había dormido mal y no pudo descansar mucho; por eso no les molestó, y se quedó satisfecha allí tumbada en silencio. Por su mente pasó la extraña secuencia de acontecimientos que habían sucedido, uno tras otro, en las últimas y largas semanas de peligro y desesperación y tuvo la impresión de que había transcurrido una eternidad desde que la habían arrebatado de la protección de su padre. Era libre. Trató de pensar solo en eso, pues no se atrevía a mirar hacia el futuro, que apenas si le ofrecía más esperanza que el pasado.

Era libre, mas ¿por cuánto tiempo? Si no la volvían a capturar los gallas o los alentejos, todavía tenía que atravesar la horrible región de los waruturis; y siempre existía la amenaza de las bestias salvajes así como la de los caníbales, y su única protección la constituían aquellos dos hombres armados con arcos, flechas y lanzas que les habían sido entregados cuando Alí el sultán dio la orden de que los esclavos fueran situados en primera línea para recibir a los atacantes alentejos. ¿Qué protección podían ofrecer estas lastimosas armas contra los waruturis, el león o el leopardo? Sabía que aquellos dos hombres eran valientes, pero no superhombres; poco después pensó en Tarzán de los Monos, al que creía que Crump había matado. ¡Qué segura se había sentido con él!

Volvió la cabeza y posó los ojos en el hombre que había usurpado el nombre de Tarzán, y enseguida su mente se llenó de especulaciones sobre quién y qué era en realidad. Observó su pecho subir y bajar con su respiración regular. Vio un mechón de pelo alborotado que le caía sobre la frente y tuvo ganas de apartárselo hacia atrás. Tenía necesidad de acariciarle y se dio cuenta de su impulso entre perpleja y avergonzada. Volvió entonces la cabeza hacia el otro lado y miró a Dutton. Aquel era un hombre de su propia casta, un hombre que estaba segura de que la amaba; sin embargo, no sentía necesidad de acariciarle la frente. La muchacha suspiró y cerró los ojos. Esta era otra cosa que la atormentaba y acosaba, como si las otras pruebas con que se enfrentaba no fueran suficientes. Deseó no haber visto nunca al hombre que se hacía llamar Tarzán; pero cuando abrió los ojos le miró directamente, con

franqueza. Él sonrió, y el mundo adquirió una nueva luz y ella se alegró de estar viva y allí, porque él estaba allí. Darse cuenta de su reacción hizo que el rostro se le sonrojara de pronto, pero le devolvió la sonrisa al hombre y dijo:

—Buenos días.

Dutton entonces se despertó y se incorporó.

—Deberíamos hacer planes —propuso—. Anoche no tuvimos oportunidad. Personalmente, creo que deberíamos permanecer varios días escondidos aquí en las montañas; y después, una noche, aprovechando la oscuridad, seguir hasta el acantilado.

Sandra sintió un escalofrío.

—Sé que jamás podré bajar por allí —dijo.

—Hay otra salida —dijo el hombre que creía ser Tarzán—. Aseguran que es un camino mucho más fácil, pero no sé dónde está. Creo que es en esta dirección —y señaló hacia el noroeste.

—Entonces, mientras esperamos en las montañas —sugirió Sandra—, podemos buscarla. Si hay otra salida, habrá un sendero que conduzca a ella.

—Necesitamos comida —dijo Dutton—, así que busquémosla en esa dirección. —Y de este modo los tres partieron en dirección noroeste.

XXIV
Capturada por los grandes simios

Los simios de Ungo y los simios de Mal-gash se habían adentrado en las montañas después de la batalla, separándose los dos grupos casi de inmediato, y por la mañana cada uno partió en busca de comida.

Las grandes bestias, nerviosas, recelosas e irritables por naturaleza, resultaban ahora doblemente peligrosas, pues no solo estaban hambrientas sino que como consecuencia de la batalla de la noche anterior todavía se hallaban emocionalmente trastornadas.

No paraban de pelearse y, si los dos grupos hubiesen permanecido juntos, al final habría tenido lugar una batalla campal, pues entre las diferentes tribus de simios no hay más sentimiento de fraternidad que el que aparece entre las diferentes tribus de hombres. No se buscan mutuamente solo con el propósito de matarse, como hacen los hombres, pero un encuentro casual es fácil que acabe en derramamiento de sangre.

Sandra Pickerall y sus dos compañeros también buscaban comida, pero hasta el momento no habían tenido éxito. La muchacha se encontraba muy cansada. Se preguntaba cuánto tiempo podría seguir, maravillada de lo mucho que la carne humana podía soportar el castigo; mas no se quejaba. Dutton era el más débil de los dos hombres, pues había estado más tiempo soportando la malas condiciones de vida como esclavo de los gallas y no poseía el espléndido físico del hombre que decía ser Tarzán; pero tampoco daba muestras, ni con gestos ni con palabras, de que se sentía al borde del agotamiento.

Sin embargo, el falso Tarzán reparó en que de vez en cuando a

sus compañeros les fallaban los pies.

—Los dos estáis muy cansados —dijo—. Tal vez sea mejor que os detengáis aquí y descanséis mientras yo voy a buscar comida. Ahí delante hay un bosquecillo de bambú y a la izquierda un bosque. En uno u otro puedo encontrar alguna pieza de caza.

—No creo que debamos separarnos —dijo Sandra—. Cuantos más seamos más fuerza tendremos, aunque seamos pocos; y al menos da la sensación de mayor seguridad.

—Estoy de acuerdo —dijo Dutton—. Permanezcamos juntos hasta que uno de nosotros no pueda seguir adelante; entonces decidiremos qué hacer. Entretanto, tal vez encontremos caza, y una buena comida sin duda nos renovará las fuerzas.

El otro hombre asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Al menos, tal vez encontremos un lugar más seguro y más oculto que este.

Mientras hablaban, unos ojos enojados y muy juntos les observaban ocultos en el bosquecillo de bambú hacia el que se dirigían; y cuando los tres se hallaron muy cerca, el propietario de los ojos se volvió para marcharse.

—Ahí hay algo —dijo el hombre que se hacía llamar Tarzán—, algún animal grande. Me arriesgaré.

Y dicho esto, rápidamente puso una flecha en su arco y disparó al matorral donde veía levemente que una forma se volvía.

Al instante se oyó un grito de dolor y de rabia, ruido de bambú aplastado y un enorme simio macho apareció a la vista; entonces todo el bosquecillo pareció cobrar vida. Se balanceó y gruñó y se aplastó bajo el peso de los grandes cuerpos de una docena de simios que habían reaccionado al oír el grito de su compañero.

Sandra se horrorizó cuando las grandes bestias se dirigieron pesadamente hacia ellos, rugiendo y golpeándose el fuerte pecho.

—¡Los sirvientes de Dios! —exclamó el hombre que se hacía llamar Tarzán; y entonces les habló en la lengua que los alentejos le habían enseñado. Les ordenó que se pararan, y por un momento los simios vacilaron, pero solo fue un instante; después, conducidos por el simio herido, atacaron.

Los dos hombres tuvieron tiempo de disparar una sola flecha cada uno, pero solo sirvió para enfurecer aún más a los monos. Tal vez reconocieron al hombre que había sido Dios, el hombre que se

hacía llamar Tarzán; pero si lo hicieron, su antigua fidelidad a él se había disipado debido a la rabia engendrada por su ataque hacia ellos.

Los dos hombres dejaron caer sus arcos y empuñaron las lanzas, permaneciendo de pie dispuestos a defenderse ellos y a Sandra con sus vidas. La muchacha podía haber huido corriendo entonces y posiblemente habría logrado escapar; pero lo que hizo fue quedarse detrás de los hombres, esperando y observando. Qué débiles e indefensos se veían al lado de aquellos peludos monstruos y qué sumamente valientes.

La muchacha vio que el hombre que se hacía llamar Tarzán arrojaba una lanza a un simio; la bestia la agarró y se la arrancó de la mano con tanta facilidad como si el hombre hubiera sido un niño pequeño; y entonces vio que el simio hacía oscilar la lanza y asestaba un fuerte golpe en un costado de la cabeza del hombre. Uno de sus defensores había caído, muerto, pensó ella; en ese momento, otro enorme simio se enzarzó con Dutton. El hombre forcejeó, dando puñetazos inútilmente; la gran bestia lo atrajo hacia sí y hundió sus amarillos colmillos en la yugular. Asustada, Sandra dio media vuelta y echó a correr. No podía hacer nada para ayudar a sus compañeros, los cuales era evidente que estaban muertos. Ahora debía pensar en sí misma; pero apenas había dado unos pasos cuando una gran garra peluda le cayó sobre el hombro y la muchacha fue arrastrada hacia atrás con tanta violencia que cayó al suelo.

Un simio enorme se cernía sobre ella, gruñendo y rugiendo, y después se vio rodeada por los demás. Se acercó otro macho e intentó agarrarla. El que la había capturado, rugiendo, saltó sobre él; y mientras los dos se enzarzaban en un combate mortal, un joven simio la recogió del suelo, se la llevó bajo un enorme brazo y se alejó pesadamente tan deprisa como sus cortas patas y la carga que llevaba le permitían.

Pero no le sería tan fácil escapar con su presa. Otro simio le persiguió, y luego se vio obligado a dejar a su cautiva y volverse contra su compañero.

Magullada, aterrada, casi exhausta, Sandra logró con gran dificultad ponerse en pie. Vio el bosque a poca distancia. Si pudiera llegar hasta allí tal vez hallara refugio entre los árboles. Miró atrás.

Los dos simios aún peleaban, y los otros no la seguían. Existía una posibilidad y ella la aprovechó. Dotada momentáneamente de un nuevo poder por el grave apuro en que se hallaba, consiguió echar a correr, cuando unos minutos antes tenía la sensación de que al cabo de poco rato ya no podría ni andar.

Mas su huida fue breve. El simio que se había ido corriendo con ella había vencido a su antagonista, y mientras este último retrocedía, gruñendo, el otro se volvió y persiguió a Sandra. En cuestión de segundos la había alcanzado. La recogió de nuevo del suelo y se alejó pesadamente hacia el bosque. Sandra miró atrás y vio que los otros simios ahora les seguían. No les perseguían, se limitaban a seguirles; pero el simio que la acarreaba no se atrevía a pararse por miedo a que los otros le alcanzaran y le arrebataran su presa; razón por la cual penetró en el bosque seguido por todo el grupo, mientras atrás, junto al bosquecillo de bambú, yacían los cuerpos de Pelham Dutton y del hombre que se hacía llamar Tarzán.

XXV
Sola

Durante todo el día, Crump y Minsky habían buscado comida en vano. Habían encontrado agua, y eso fue lo único que les permitió seguir adelante. Estaban al borde del agotamiento cuando al anochecer se tumbaron. La noche era fría y se acurrucaron, temblando. Oyeron el rugido de un león que bajaba de las montañas a cazar; y estaban aterrados. Más tarde, le oyeron rugir otra vez, y parecía estar muy cerca. El león había rugido cuando encontró los cuerpos de los dos hombres. Al principio le desconcertó el olor a hombre, y parecía un poco temeroso; pero después se acercó más y oliscó uno de los cuerpos. No era un caníbal y no le gustaba el olor de aquella carne; pero estaba atrozmente hambriento y entonces tomó el cuerpo por un hombro, lo levantó y se adentró con él en el bosquecillo de bambú.

Tal vez el hombre muerto había salvado la vida de Crump o de Minsky, pues aquella noche el león ya no cazaría más.

Al llegar el amanecer, el león, con el vientre lleno, se adentró más en el bosquecillo y se tumbó a dormir. Crump y Minsky, ateridos y entumecidos, se pusieron en pie tambaleantes.

—Hemos de seguir adelante —dijo este último—. No podemos quedarnos aquí tumbados y morir de hambre o de frío.

—Tal vez podríamos encontrar huevos de algún ave o algo en ese bosquecillo de bambú —sugirió Crump.

—Detrás hay un bosque —dijo su compañero—. Seguro que encontraremos algo en alguno de los dos sitios.

Se encaminaron hacia el bosquecillo de bambú; y de pronto Minsky, que iba delante, se paró.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando.

—Es un hombre —dijo Crump—. Ha estado durmiendo ahí. Se está levantando. ¡Vaya, es ese simio, Tarzán!

—No —le contradijo Crump—, es el otro, el tipo que se llevó a la muchacha.

—¡La muchacha! —exclamó Crump—. Me pregunto dónde estará. Aún vale tres mil libras, si podemos dar con ella.

—Y localizarla atravesando el territorio waruturi —añadió Minsky.

El hombre que creía ser Tarzán se había incorporado y miraba alrededor. Acababa de recuperar el conocimiento. Tenía frío y estaba aterido y entumecido. Miró alrededor buscando a Sandra y a Dutton, pero no vio a ninguno de los dos; entonces vio a los dos hombres que se acercaban y les reconoció. ¿Qué hacían allí? Sabía que eran hombres malos. Se preguntó si tenían algo que ver con la desaparición de Sandra; entonces, de pronto, recordó el ataque de los simios. Él había quedado completamente aturdido por el golpe de la lanza y le costaba recuperar los sentidos. Se levantó y se enfrentó a los dos hombres.

—Debería matar a ese tipo —dijo Crump a Minsky en voz baja para que no llegara a oídos del hombre que les estaba esperando.

—¿Con qué le matarías? —preguntó Minsky—. Tal vez le matarías de miedo, ¿eh? No tienes nada más que la boca para matarle.

Ya se estaban acercando al hombre.

—Hola —gritó Crump.

El hombre hizo gestos de asentimiento.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó—. ¿Habéis visto a *miss* Pickerall?

—No —respondió Crump—, no desde que tú la robaste de mi campamento. ¿Qué has hecho con ella? ¿Dónde está?

—Ella y Dutton estaban conmigo hasta ayer a última hora de la tarde; nos atacó un grupo de grandes simios y eso es lo último que recuerdo hasta ahora. Uno de ellos me golpeó en la cabeza con mi lanza. Los simios debieron de llevarse a Dutton y a *miss* Pickerall.

—Quizá no fueron ellos —sugirió Minsky—. Tal vez solo huyeron de ti. Verás, él estaba bastante colado por la muchacha y no les servías de mucho a ninguno de los dos después de haberla secuestrado un par de veces.

—No creo que hicieran eso —dijo el hombre—. Ahora somos buenos amigos, y he tratado de devolverla a su padre.

—Mira la sangre que hay allí —dijo Crump—. Debe de haber medio litro por lo menos. ¿Estás herido?

—No —respondió el hombre que se hacía llamar Tarzán—. Debe de ser de alguno de los otros. —Se arrodilló y examinó el gran charco de sangre que solo en parte estaba coagulada.

—¿De quién será? —preguntó Minsky.

—Ojalá lo supiera —respondió el hombre—. Podría ser de cualquiera de los dos.

—Si han matado a uno y se han llevado al otro —dijo Crump—, seguro que se han llevado a la muchacha, no al hombre.

—Debo seguirles y averiguarlo —dijo el hombre que se hacía llamar Tarzán.

—Iremos contigo —dijo Crump—, pero hace tanto tiempo que no comemos nada que estamos en los huesos. Tú tienes un arco y flechas. Puedes cazar algo mientras nosotros buscamos.

—Sí —dijo el hombre—, vamos. —Y echó a andar en dirección al bosque, siguiendo el rastro de los grandes simios en la llanura.

* * *

La tarde anterior, cuando el simio se llevó a Sandra, la criatura se había visto obligada a seguir en movimiento constantemente pues sus compañeros le iban pisando los talones. Había arrastrado a Sandra a través de matorrales, lo que le había producido numerosos arañazos. Tenía la carne llena de rasguños y cortes, y su corpiño y falda de cota de malla dorada se habían roto en numerosas ocasiones. Sin embargo, habían aguantado y habían constituido cierta protección contra los peligros de tan espantoso viaje.

La muchacha llegó a pensar que las otras situaciones en las que se había encontrado durante las últimas semanas habían sido desesperadas, pero ahora resultaban insignificantes al compararlas con esta: sola y desarmada, cautiva de grandes simios, con los dos únicos hombres que habrían podido salvarla yaciendo muertos en el lugar donde habían intentado defenderla.

Los simios de Ungo se alimentaban en el bosque. Era un mal terreno de caza, y estaban hambrientos e irritables. A menudo

discutían entre ellos; y Ungo, el simio rey, con frecuencia tenía que castigar a alguno de sus súbditos con el fin de mantener la paz. Precisamente había separado a
Zu-tho
y a otro simio, que querían la misma oruga, cuando
Ga-un
lanzó un ¡kreeg-ah! de aviso.

Al instante todos los miembros del grupo se pusieron alerta ante el peligro. Aguzaron el oído y oyeron que algo se aproximaba; después vieron lo que había causado la alarma de
Ga-un
. Era Sancho, uno de los sirvientes de Dios, que se dirigía hacia ellos con una tarmangani hembra bajo uno de sus peludos brazos. Cuando el primero estuvo al alcance de la vista, miró atrás, hacia los simios que le seguían; y por eso no vio enseguida a los simios de Ungo. Cuando los vio, se detuvo y enseñó sus grandes colmillos a modo de aviso. Ungo lanzó un grito de desafío y se acercó, seguido por sus grandes machos. Sancho retrocedió, lanzando también gritos de desafío y llamando a sus compañeros.

Ungo se precipitó hacia delante y agarró a la muchacha por un brazo, tratando de arrebatársela a Sancho. Tiraron uno y otro de la muchacha mientras se pegaban con las garras que les quedaban libres, y la habrían partido por la mitad si los otros sirvientes de Dios no hubieran llegado al lugar precipitándose a librar una batalla que hizo que tanto Sancho como Ungo renunciaran a la muchacha para poder defenderse a sí mismos.

Sandra cayó al suelo mientras los grandes simios peleaban a su alrededor. Los vio atacarse con sus poderosos colmillos y darse fuertes golpes con sus grandes garras, gritando y rugiendo de dolor y de rabia.

Fue una batalla primitiva, como habrían podido librar los antepasados de los primeros hombres para poseer una presa. Era bestial y primitiva, y carecía de los refinamientos civilizados de ametralladoras y gas letal y era mucho menos efectiva, pues las heridas, en su mayor parte, eran superficiales, y el ruido mucho más un *sine qua non* que destrucción.

Empujando y tirando, dando empujones, rugiendo, mordiendo, gritando, los simios de Ungo, lentamente, hicieron retroceder a los

sirvientes de Dios. Sandra Pickerall volvió a verse libre, pero sola en una jungla extraña sin más futuro que la muerte por hambre o entre los colmillos y las garras de alguna bestia salvaje. Sentía miedo ante tamaña expectativa, pero más temía la ira e irracionalidad del hombre.

XXVI
Oro

Crump, Minsky y «Tarzán» buscaban señales de la muchacha, buscaban comida y no encontraron ni una cosa ni la otra. Estaban cansados y desanimados; Crump y Minsky prácticamente exhaustos. «Tarzán» estaba hambriento, pero su mente no pensaba en la comida. Se hallaba ocupada pensando en Sandra Pickerall y haciendo conjeturas sobre su destino. ¿Era su sangre o la de Dutton la que había visto en la hierba cerca del bosquecillo de bambú? Era sangre de uno de ellos, seguro; y si uno de ellos había resultado muerto, ¿cómo habría podido escapar el otro? No estaba de acuerdo con la teoría de Crump de que se la hubieran llevado los simios, pues con frecuencia, aunque había oído contar historias de grandes simios que robaban mujeres y se las llevaban, nunca las había creído. Le parecía más probable que alguna bestia salvaje hubiera dado cuenta de los cuerpos de los dos, de Dutton y de Sandra; sin embargo, su amor por la muchacha no le permitía abandonar su búsqueda mientras existiera el más mínimo vestigio de duda en cuanto a su destino. El resultado fue que se dedicó a la caza con indiferencia y, como consecuencia de ello, no obtuvo ningún éxito.

Aunque creía ser Tarzán, su conocimiento de la vida en el bosque era algo más desarrollado que el de un hombre civilizado corriente; y por ello perdió el sendero de los grandes simios y siguió un falso sendero que conducía más arriba de las colinas. Esta pequeña desviación iba a tener trágicas consecuencias.

—Maldito país —dijo Minsky—. No he visto nada tan grande siquiera como un saltamontes; y créeme, si ves alguno me lo comeré. Dios mío, cuánto me gustaría comerme un buen plato de bullabesa.

—¡Cierra el pico! —espetó Crump—. Otra broma como esa y…

—No harás nada —le interrumpió Minsky—. Y después de la bullabesa, me comeré huevos con jamón.

Crump se abalanzó sobre él pero falló y se cayó. Minsky se rio de él.

—O tal vez un enorme y grueso bistec cubierto de cebollas.

—Para ya —dijo «Tarzán»—. Las cosas ya están lo bastante mal como para que además nos peleemos.

—¿Quién te crees que eres para decirme lo que puedo hacer y lo que no puedo hacer? —preguntó Minsky—. Si quiero ostras, o tarta de manzana, o crepes *suzette*, me las comeré y nadie me detendrá.

—Haré que no hables más de eso —dijo «Tarzán» propinándole un bofetón. No fue un golpe muy fuerte, pero Minsky se tambaleó hacia atrás y cayó sentado pesadamente—. Ahora escucha —prosiguió el hombre que decía ser Tarzán—, dejaréis de hablar de todo eso, los dos, o me iré y os dejaré; y sin mi arco y mis flechas jamás conseguiréis comida.

—Todavía no te he visto matar nada —dijo Crump.

—Ya me has oído —dijo «Tarzán»—. Lo tomas o lo dejas. —Entonces se dio media vuelta y subió por un pequeño barranco por el que discurría el sendero. Crump y Minsky se pusieron en pie y le siguieron, hoscos y malhumorados, llenos de odio hacia el otro hombre, entre sí y hacia sí mismos.

Después llegaron a una excavación al lado del barranco. «Tarzán» se detuvo en el borde y miró abajo. La excavación tenía unos siete u ocho metros de profundidad y estaba cubierta aproximadamente en una extensión de un cuarto de hectárea. El sendero descendía por ella.

Crump y Minsky llegaron y se pusieron a su lado; y al ver el agujero a primera vista, Crump profirió un grito de júbilo.

—¡La mina! —exclamó—. ¡Oro! ¡Oro! ¡Miradlo! —Bajó entonces dando traspiés por el sendero mientras Minsky iba detrás pisándole los talones.

Era de verdad la fabulosa mina de los alentejos y los gallas, temporalmente abandonada debido a la batalla y a la captura de Alí. En el suelo se hallaban desparramados grandes pedazos de oro puro que habían sido arrancados, aunque no transportados todavía.

Crump se abalanzó sobre ellos y acaparó los trozos más grandes

que encontró.

—Estos son míos —exclamó.

—¿Qué harás con ellos? —preguntó «Tarzán».

—¿Que qué haré con ellos, idiota? Voy a llevármelos a Inglaterra. Seré rico, muy rico, eso es lo que seré.

Se quitó la chaqueta, la extendió en el suelo y se puso a colocar oro encima.

Minsky estaba ocupado de manera similar.

—Yo me compraré un yate —dijo—, y tendré un cocinero francés.

—¿Qué distancia creéis que podréis recorrer con eso? —preguntó «Tarzán»—. Si apenas os tenéis en pie.

—Tú podrías ayudarnos, si llevaras chaqueta —dijo Crump—. Espera —añadió—, me quitaré los pantalones; en ellos cabrá mucho.

—Puedes dejarte los pantalones puestos —dijo «Tarzán»—. No tengo intención de transportar nada de eso.

—¿Qué? —exclamó Crump—. ¿Quieres decir que no vas a ayudarnos? ¿Quieres decir que vas a dejar todo esto aquí para un hatajo de salvajes que no saben qué hacer con ello? ¡Esto es oro, amigo, oro! En el mundo podrás comprar cualquier cosa con él: mujeres, vino, caballos. Con suficiente oro podría comprarme un título: *Sir* Thomas Crump. No suena mal.

—Estás chalado —dijo Minsky—. No hacen lord a gente como tú. Tienes que ser un encopetado.

Crump le hizo caso omiso y se volvió a «Tarzán».

—No me extraña que no tengas la sensatez de llevar pantalones —dijo—. Ayúdanos a llevar parte de esto y nos lo repartiremos contigo. Eres más fuerte que nosotros, y podrías acarrear el doble.

El hombre hizo gestos de negación con la cabeza.

—No me interesa —dijo—. Voy a seguir cazando y a buscar a *miss* Pickerall. Si queréis salir vivos de este país, será mejor que olvidéis esta locura y sigáis conmigo.

—Jamás en la vida —dijo Crump—. Ve a cazar. Yo saldré de este país y me llevaré este oro.

«Tarzán» se encogió de hombros y volvió al barranco, pues al ver que el camino terminaba en la mina supo que se había equivocado de dirección y que debía volver atrás y tratar de

recuperar el rastro de los simios en el punto donde lo había perdido.

—¿Cuánto oro crees que podemos llevar? —preguntó Minsky. Unió las esquinas de su chaqueta y probó el peso de su carga—. Dios mío, esto pesa mucho —se lamentó.

Crump seguía amontonando oro.

—Me temo que esto es todo cuanto puedo cargar —aceptó al fin; entonces ató la chaqueta lo mejor que pudo e intentó llevarse la carga al hombro; pero ni siquiera pudo levantarla del suelo.

—Me parece que tendrás que olvidarte de tu título —dijo Minsky con una sonrisa irónica.

—Debería matarte —replicó Crump.

Minsky se burló de él de un modo insultante; entonces ató su chaqueta con su carga de oro e hizo esfuerzos para levantarla del suelo. Por fin logró ponerla a la altura de una rodilla; y después, lentamente, aplicando toda su fuerza, logró llevársela al hombro.

Crump descartó algunas piezas de oro y lo volvió a probar, mas sin éxito alguno. Maldijo el oro, maldijo a «Tarzán» y maldijo a Minsky, y entonces quitó un poco más de oro y por fin consiguió llevarse la pesada carga al hombro. Se quedó parado, jadeando y temblando bajo el sol africano, con el sudor que le resbalaba por la frente y le entraba en los ojos y en la boca. Se lo secó y profirió algunas maldiciones más.

Minsky echó a andar sendero arriba para salir de la mina. Cada dos pasos debía pararse y descansar. A medio camino se cayó. Se quedó donde había caído, respirando con fuertes jadeos.

Crump se acercaba a él, maldiciendo y escupiendo.

—¡Apártate de mi camino! —exclamó.

—Todavía no has llegado —dijo Minsky—, y me apuesto un par de miles de libras a que no llegas aquí con esa carga.

Apenas estas palabras habían salido de su boca cuando Crump tropezó y se cayó. Se quedó allí lanzando horribles maldiciones y casi echando espuma por la boca.

—Será mejor que dejes un par de caballos de carreras y dos o tres chicas —sugirió Minsky—. No tienes fuerza suficiente para llevar un establo entero y un harén completo al mismo tiempo.

—Si alguna vez te atrapo, te mataré —gruñó Crump.

—¡Bah, cierra el pico! —exclamó Minsky—. Si se te hubiera ocurrido, podrías haberte llevado tu título de caballero en esa

bocaza que tienes.

Lentamente, Minsky se puso sobre una rodilla e intentó levantar de nuevo el improvisado saco para llevárselo al hombro. Pesaba mucho, y sabía que aunque lograra llevárselo al hombro no podría salir de la excavación con él. Entonces se le ocurrió otro plan. Sin levantarse, avanzó unos centímetros por el camino y luego, muy laboriosamente, arrastró la chaqueta llena de oro tras él centímetro a centímetro; así fue subiendo, y Crump, al ver que lo lograba, siguió su ejemplo.

Les llevó mucho tiempo, y cuando sus pesadas cargas por fin estuvieron en lo alto de la excavación, se despatarraron a su lado para descansar.

—Me pregunto cuánto hemos pillado —dijo Crump.

—Tal vez un millón de libras —dijo Minsky.

—Tal vez dos millones —sugirió Crump.

XXVII
Rateng el cazador

Cuántos de nosotros, atados a una vida monótona de campo o de ciudad, hemos deseado correr aventuras; hemos soñado una vida cerca de la naturaleza, lejos del ruido y la confusión y los problemas de la civilización, y nos hemos emocionado imaginando encuentros con fieras y hombres salvajes a los que, con nuestra superior astucia y capacidad, invariablemente los hemos vencido. Ante la radio, o en un confortable sillón con un buen libro, hemos vivido peligrosamente, aunque no de forma directa.

Tal vez, después de todo, sea esto lo mejor, y sin duda es la mejor manera de vivir una aventura, como Sandra Pickerall sin duda alguna habría asegurado mientras vagaba, perdida y sin esperanzas, por esas colinas de Alentejo, pues eran las ganas de aventura lo que la habían llevado a África con su padre. Ahora, mientras buscaba un sendero en la meseta, habría dado toda la formidable herencia que algún día sería suya para poder hallarse de nuevo a salvo en Escocia.

Rateng, un guerrero galla de la aldea de Alí el sultán, se hallaba cazando, hasta el momento sin demasiado éxito; en realidad, sin éxito alguno. A Rateng le parecía que todos los animales habían abandonado el país. Descorazonado, decidió volver sobre sus pasos para regresar a su aldea.

Muchos pensamientos atravesaron la mente de Rateng el cazador mientras iba, silencioso, camino de casa. Se preguntaba qué harían los alentejos con Alí el sultán ahora que lo habían capturado. Sin duda le matarían, y el hijo mayor de Alí se convertiría en sultán. Alí era malo, pensó Rateng, pero su hijo era aún mucho peor. A Rateng no le gustaba por muchos motivos, pero el principal

era que había tomado por esposa a la muchacha que Rateng deseaba; además, también era altanero y arrogante y muy exigente. Cuando fuera sultán sería un tirano.

Rateng se hallaba entre los que habían capturado al dios y a la diosa de los alentejos en los bosques de detrás del castillo; y había formado parte del destacamento que les acompañó a la aldea de Alí el sultán. También pensó en estas cosas. Se preguntó qué habría sido del dios y la diosa blancos, que sabía huidos, cuando los búfalos y los grandes simios y los alentejos atacaron la aldea.

Dejó que su mente se entretuviera con la diosa blanca. Estaba muy bella con su vestido y corpiño dorados y con la corona de oro en su cabeza. Si los alentejos no hubieran atacado, para entonces sería la esposa de Alí. Rateng suspiró. Qué bien debe de sentirse uno siendo sultán y teniendo todas las mujeres que uno desea, aun incluyendo una diosa blanca; pero él no era un sultán y nunca tendría una esposa blanca. Tendría suerte si tenía más de una nativa.

Aunque estos y otros muchos pensamientos cruzaron por la mente de Rateng el cazador, no mermaron su estado de alerta. Sus oídos y sus ojos permanecían atentos constantemente, y así fue como oyó que algo se aproximaba procedente de la dirección en la que él iba.

Rateng agarró con más firmeza su lanza y se escondió detrás de un arbusto bajo. Se agazapó allí y esperó, observando, escuchando.

Fuera lo que fuese lo que venía, lo hacía despacio. Tal vez era algún animal al que podría cazar. Rateng dejó su lanza en el suelo y puso una flecha en el arco, y un instante después apareció a la vista la diosa blanca con la que había estado soñando.

Rateng contuvo el aliento. Qué visión tan maravillosa. Observó su apariencia de debilidad, sus pasos vacilantes; mas no había compasión en el corazón del galla. Solo vio a una mujer y solo pensó en sí mismo.

A medida que ella se acercaba, él salió de detrás del arbusto y se enfrentó a ella.

Sandra se detuvo, aterrada, y retrocedió; Y entonces, motivada únicamente por el terror y sin razonar la inutilidad de su acto, dio media vuelta y echó a correr.

Debilitada por el hambre y el agotamiento, tras dar unos pasos

Rateng la alcanzó agarrándola bruscamente por el brazo. La hizo girar en redondo y la retuvo, enfrentando su cara.

El semblante de Rateng era salvaje, aun dentro del canon de las normas del salvajismo. La muchacha cerró los ojos para no ver aquel rostro cruel y bestial.

Rateng había capturado a la diosa, y consideró el asunto desde todos los ángulos. Este imprevisto podría resultar una bendición o lo contrario. Todo dependía de cómo aprovechara su buena fortuna.

Si la llevaba a la aldea, no se la podría quedar. El hijo del sultán se la quitaría; y él no obtendría nada por sus penalidades. Indudablemente los alentejos pagarían una recompensa por ella, si no podían recuperarla de otra manera; pero si tenía que llevarla a Alentejo, estaba seguro de que su única recompensa sería la esclavitud de por vida, a menos que prefirieran sacrificarle a su dios pagano o arrojarle a los leones que mantenían como protección al pie del gran acantilado.

Sin embargo, había una alternativa, una alternativa que parecía muy agradable. Sabía de un lugar lejano en las colinas donde había agua buena y frutas agradables, así como una acogedora cueva bajo una roca que sobresalía. Allí, durante unos días, podría fingir que era un sultán; y cuando estuviera dispuesto a regresar a la aldea podía cortarle la garganta a la muchacha y dejarla allí; y nadie se daría cuenta. Esto es lo que Rateng decidió hacer.

—¿Vas sola? —preguntó en lengua galla.

—No te entiendo —dijo ella en un vacilante swahili.

Él repitió la pregunta en esa lengua.

Sandra pensó con rapidez.

—No estoy sola —dijo—. Mis amigos vienen detrás. Pronto estarán aquí.

Rateng no la creyó, pues su aguzado oído no le había avisado de que hubiera otras personas cerca; pero era mejor ser prudente. No deseaba que le robaran su trofeo.

—Ven —dijo, y la arrastró hacia las colinas más elevadas.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella—. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Ya deberías saberlo —dijo él—. Eres una mujer.

—No soy una mujer mortal. Soy una diosa. —Trató de asirse a una paja.

Rateng se rio de ella.

—Alá es el único dios existente.

—Si me haces daño, morirás —le amenazó ella.

—Eres una infiel —dijo Rateng—; y por cada infiel que yo mate, mayores honores tendré en el cielo.

—¿Vas a matarme? —preguntó Sandra.

—Más adelante —respondió Rateng.

Hasta entonces, Sandra Pickerall había creído que lo peor ya había pasado. No podía concebir que hubiera nada más. Intentó idear algún plan para escapar. Si contara con su fuerza y vitalidad normales, aún podría distanciarse de él corriendo; pero en el estado de debilidad en que se encontraba, el solo pensamiento de ello era inútil. Autodestruirse podría ser su única esperanza; pero ¿cómo iba a destruirse si no tenía ningún medio para hacerlo? No tenía armas, no tenía nada. De pronto sus ojos se quedaron fijos en el carcaj con flechas que colgaba del hombro desnudo del hombre. Allí estaba el medio, mas ¿cómo apoderarse de él y aprovecharlo?

Rateng la agarraba con fuerza por la muñeca izquierda mientras con su mano derecha la arrastraba. Sandra no llegaba por detrás con la mano izquierda para sacar una flecha del carcaj.

Finalmente, ideó un plan. Esperaba que el nativo fuera lo suficientemente estúpido para ser engañado.

—No es necesario que me arrastres —dijo—. Me haces daño en la muñeca. Iré a tu lado, pues estoy demasiado débil para correr.

Rateng gruñó y la soltó.

—No irías muy lejos —dijo; y si lo intentaras, te pegaría.

Siguieron caminando en silencio. Poco a poco, centímetro a centímetro, la muchacha se fue quedando atrás hasta que su hombro estuvo detrás del hombro del cazador; entonces estiró el brazo para coger una flecha. Tendría mucho cuidado de no mover el carcaj para que el hombre no se diera cuenta.

Suave, gradualmente, consiguió retirar la flecha del carcaj. Entonces la sujetó con firmeza con la mano derecha. Para clavarse la punta en el corazón solo precisaría un instante de valor supremo. En ese momento corrieron por su mente miles de recuerdos de su vida pasada. Pensó en su padre. Él nunca lo sabría. Era indudable que hacía tiempo que la daba por muerta. Ningún hombre en el mundo, excepto aquel nativo salvaje, conocería su final o dónde

yacían sus huesos blanqueándose bajo el sol africano después de que las hienas y los chacales y los buitres le hubieran arrancado la carne. Pero tendría que quedarse un poco más atrás para poder llevar a cabo su plan, y eso podría levantar las sospechas de su captor. Sin embargo, no había otra salida. Debía correr ese riesgo.

Se rezagó un poco. Vio los músculos del hombro del cazador moverse bajo la piel con el balanceo de su brazo, su brazo izquierdo. Aquella reluciente espalda, aquellos músculos le fascinaban. Los ojos le brillaron al tener una súbita inspiración. La boca se le quedó seca ante el horror del pensamiento que inundaba su mente, pero no vaciló. Echó hacia atrás la mano que sostenía la flecha y entonces, con todas sus fuerzas, hundió la flecha en el cuerpo de Rateng el cazador.

Con un grito de dolor y de rabia, el salvaje se volvió hacia ella, con el rostro contraído formando una horrible mueca de odio y agonía. Lanzando un gruñido lobuno, saltó sobre ella, rodeándole el cuello con las manos. Ella tropezó hacia atrás y cayó, y el hombre, sin soltarle el cuello, cayó sobre ella.

XXVIII
Juntos de nuevo

El hombre que creía ser Tarzán cazaba para comer. Tenía el corazón cargado de tristeza pues estaba seguro de que la muchacha a la que amaba había muerto. Dutton había muerto también. Dutton le caía bien, aunque estaba celoso de él. Se sentía muy solo, pues no consideraba a Crump y Minsky compañeros. Pensaba en ellos solo con desprecio, al recordarles maldiciendo y peleándose por su oro. Qué criatura tan despreciable podía llegar a ser el hombre, pensó.

Intentó trazar un plan, pero ahora parecía no haber motivos para ello. Él y Sandra y Dutton iban a escapar juntos. Habrían sabido adónde ir. Él no. Este era el único mundo que conocía. Ahora le parecía que no podía hacer otra cosa más que regresar a Alentejo. No sabía que Osorio da Serra le había arrebatado el reinado a Da Gama; y aunque lo hubiera sabido, habría sido igual, pues conocía el poder que tenía sobre la gente corriente que creía que él era Dios. En Alentejo existiría cierta paz y seguridad, con muchas comodidades y buena comida; pero sabía que él nunca tendría paz en su mente, ya que en su interior existía una inquietud y una curiosidad que no podía comprender. Siempre tenía la necesidad de buscar algo, sin saber qué era lo que buscaba. Resultaba enloquecedor, este constante buscar a tientas esa cosa desconocida, inalcanzable.

De repente, su melancólico ensueño se vio interrumpido por un ronco y horrible grito. Era el grito de un ser humano en agonía mortal. El hombre que creía ser Tarzán, motivado por los elevados ideales humanitarios que atribuía al hombre mono, se precipitó en dirección al lugar de donde procedía el ruido, llegando a la conclusión de que un ser humano estaba siendo atacado por una

bestia salvaje, con su pesada lanza galla lista en la mano.

Había recorrido poco más de cien metros cuando tropezó con una vista que le llenó de aprensión. Vio el cuerpo de Sandra Pickerall yaciendo inmóvil en el suelo, y sobre ella el cuerpo de un guerrero galla negro de cuya espalda sobresalía el mango de una flecha. Echó una rápida mirada en todas direcciones en busca del enemigo que les había atacado, pero no había señal alguna de ningún enemigo; entonces corrió y apartó el cuerpo del galla del de la chica. El hombre estaba muerto.

Se arrodilló junto a Sandra y la tomó en brazos. Al principio no detectó ninguna señal de vida; pero cuando pegó la oreja al pecho de la muchacha oyó el débil latir de su corazón. Le frotó las manos y las muñecas. La apretó contra él como para darle calor, ajeno al hecho de que el sol caía sobre ellos con fuerza.

Después la muchacha abrió los ojos, y al ver la cara del hombre por poco se salen de sus órbitas

—¡Dios mío! —exclamó con un hilo de voz; entonces cerró los ojos y se estremeció y se acurrucó más a él—. ¡O sea que esto es la muerte! —La frase fue como un aliento, casi inaudible, pero él captó las palabras.

—No es la muerte —dijo—. Ahora significa vida.

—Pero tú estás muerto —dijo ella—. Vi que los simios te mataban, y si volvemos a estar juntos, tiene que ser porque yo también estoy muerta.

Él la apretó con fuerza contra sí.

—No, amor mío —dijo—. Ninguno de los dos está muerto.

Era la primera vez en su vida que pronunciaba una expresión de cariño hacia ella, que Sandra aceptó. La muchacha alzó los brazos y le rodeó el cuello y se apretó aún más a él. Durante un largo minuto ninguno de los dos dijo nada. No era necesario hablar. Se entendían perfectamente.

Fue el hombre quien rompió el silencio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Quién le ha matado?

La muchacha sintió un escalofrío; luego se lo contó.

—¡Qué valiente! —exclamó él.

—Ha sido la desesperación. Tenía tanto miedo…

—Debe de haber muerto casi al instante —dijo el hombre.

—Sí. Me había agarrado el cuello, pero ha muerto antes de que

pudiera apretar. La flecha debe de haberle perforado el corazón. —Volvió a sentir un escalofrío—. He matado a un hombre.

—Has matado a una bestia que de lo contrario te habría matado a ti. Ahora debemos pensar en nosotros y tratar de encontrar la manera de salir de este país.

—¿Dónde está Pelham? —preguntó la muchacha—. ¿Los simios le mataron?

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Me temo que sí. No hemos hallado ni rastro de él. Creíamos que os habían matado a los dos, a él y a ti. ¿Cómo pudiste escapar?

Ella le contó brevemente la horrible odisea que había vivido desde que se habían visto por última vez.

—Y ahora —dijo—, supongo que solo quedamos nosotros.

—No; Crump y Minsky siguen vivos. Acabo de dejarles en la mina de oro de Galla, cargando el precioso metal que no podrán acarrear. Yo me he alejado para cazar. Ninguno de nosotros ha comido mucho últimamente, y están débiles debido al hambre y al agotamiento.

—Entonces tendrás que cazar hasta que mates algo —dijo ella— y llevárselo.

—No —replicó él con énfasis—. No se merecen que les salve, aunque si estuviera solo encontraría comida para ellos; pero jamás te expondré a esos dos. Son los peores canallas que jamás he conocido.

—Entonces, ¿les dejarás morir? —preguntó ella.

—Podríamos volver a Alentejo y ser Dios y diosa otra vez —dijo él—, o puedo bajarte por el acantilado e intentar devolverte a tu padre.

—Oh, no sé —dijo ella—. Deseo tanto vivir, ahora que hay tanto por lo que vivir.

—Viviremos —dijo él—, y seremos felices. Lo sé.

—Bueno, ¿qué tenemos que hacer? —preguntó ella—. Decide tú y yo haré lo que tú digas.

—Nos enfrentaremos al acantilado —dijo.

Sandra parecía haber adquirido fuerzas al tener al hombre que amaba a su lado. Gran parte de su fatiga y agotamiento desaparecieron, y caminó junto a él cuando empezaron a descender las colinas hacia la llanura, al otro lado de la cual se encontraba

Alentejo y la colosal barrera del acantilado.

Más tarde él abatió un pequeño gamo mediante un disparo certero.

El animal había estado bebiendo en un arroyuelo, de manera que ahora tenían comida y agua; y tras una breve búsqueda, el hombre encontró un pequeño claro oculto en un barranco donde podrían acampar gozando de una relativa seguridad.

—Nos quedaremos aquí —dijo él—, hasta que hayas recuperado las fuerzas. No podrías ir muy lejos en el estado en que te encuentras ahora. Tenemos agua y carne, y hay fruta comestible en algunos de esos árboles.

Se afanó en descuartizar el gamo; y cuando lo hubo hecho, recogió leña y después de muchos intentos inútiles por fin logró producir una llama mediante el primitivo método de dar vueltas rápidas con un palo afilado en un agujero lleno de yesca en otro pedazo de madera. Cuando se elevó la primera voluta de humo, la muchacha aplaudió.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Creía que no serías capaz de hacerlo; y a pesar del hambre que tengo, no creo que hubiera podido comer carne cruda.

El hombre asó parte de la carne en palos afilados. Estaba medio cruda y medio chamuscada; pero cuando estuvo lo bastante fresca para comerla sin quemarse, se la comieron con avidez; después de comer fueron al arroyuelo y, tumbándose de bruces, bebieron como beben las bestias.

La muchacha se tumbó boca arriba en la profunda hierba poniéndose los brazos bajo la cabeza.

—Jamás había esperado sentirme tan feliz y satisfecha y a salvo de nuevo —dijo—. Aquí se está perfectamente.

—Para mí cualquier lugar sería perfecto estando contigo —repuso él.

—Tal vez sea eso lo que lo hace perfecto para los dos —dijo ella—, el simple hecho de estar juntos; y pensar que hace poco tiempo te temía y te odiaba…

Él asintió.

—Tenías razón —dijo él.

—Y pensar que ni siquiera ahora conozco tu nombre, ni quién eres, ni de dónde eres.

—Sabes tanto como yo —dijo él.

—¿Supones que algún día lo sabremos? —preguntó la muchacha.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué importa? Sabemos que nos queremos. ¿No basta con eso?

El sol se puso; y, a lo lejos, rugió un león.

XXIX
Oro y muerte

Crump y Minsky yacían donde habían caído en el borde de la excavación, demasiado débiles y exhaustos para ponerse en pie. Cada uno agarraba su fardo de oro como si temiera que alguien pudiera robárselo. Durante algún tiempo permanecieron jadeando bajo el implacable sol; luego, Minsky se incorporó y se apoyó en un codo y miró alrededor. Vio un árbol cerca que arrojaba un poco de sombra, y se arrastró penosamente con su hatillo de oro hacia allí.

—¿Qué haces? —le preguntó Crump.

—Buscar una sombra —respondió Minsky—. No puedo quedarme más tiempo bajo este sol.

Crump se incorporó y avanzó poco a poco en dirección al árbol, arrastrando su carga; y al fin ambos se cobijaron bajo la sombra.

—Si descansamos unos minutos —dijo Crump—, deberíamos poder seguir.

—Yo no voy a ninguna parte hasta que ese tipo vuelva con comida —dijo Minsky—. Llevarnos algo de alimento a la boca nos estimulará un poco.

Transcurrió la tarde. Los dos hombres sufrían de sed; pero ahora tenían miedo de irse por si el cazador regresaba con comida y no les encontraba.

Cayó la noche.

—¿Qué supones que se habrá hecho de ese maldito hombre mono? —preguntó Crump—. Debería haber regresado hace ya mucho rato.

—Tal vez no vuelva —dijo Minsky.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó Crump.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó a su vez Minsky—. No

significamos nada para él. ¿Qué podemos hacer por él? Y no tiene ningún motivo para estar enamorado de nosotros.

—Si alguna vez le pongo las manos encima le mataré —dijo Crump.

—¡Oh, mierda! —gruñó Minsky—. Siempre estás matando a alguien. Ahora no matarías a nadie, porque no tienes ningún arma para disparar por la espalda.

Crump murmuró por lo bajo; y durante largo rato reinó el silencio, finalmente roto por la estentórea respiración de Minsky. Dormía.

Crump medio se incorporó y apoyó sobre un codo y miró en dirección a su compañero. Se maldijo porque no tenía fuerza suficiente para llevar las dos cargas de oro, pues estaba pensando en lo fácil que sería matar a Minsky mientras dormía; pero ¿de qué serviría? Ni siquiera podía llevar su propia carga. Tal vez más tarde, cuando hubieran comido y bebido y recuperado las fuerzas, tendría otra oportunidad.

—Dos millones de libras —murmuró antes de caer en el profundo sueño del agotamiento.

Cuando llegó la mañana, los dos hombres se sentían algo refrescados y mucho más fuertes que la tarde anterior. Habían perdido toda esperanza de que el cazador regresara, y Crump perdía el tiempo y sus fuerzas maldiciéndole.

Minsky no decía nada. Era el más inteligente de los dos, y con mucho el más peligroso. Algún día encontraría al hombre mono, pensó, algún día, cuando Minsky llevara su arma favorita, cuyo gatillo casi podía sentir bajo la presión de su dedo.

Después apartó estos pensamientos de su mente y habló.

—Será mejor que nos movamos —sugirió—. Encontraremos agua —dijo—. Tenemos que encontrar agua. Podemos seguir un tiempo sin comida, pero necesitamos agua.

Los dos hombres se levantaron y penosamente alzaron sus fardos y se los echaron al hombro; y entonces, con Minsky a la cabeza, deshicieron tambaleantes el sendero que les alejaba de la mina galla.

Al principio, con el fresco de la mañana, avanzaron bastante bien, aunque con frecuencia se tambaleaban con grave riesgo de caer; pero cuando el sol estuvo más alto y caía implacable sobre

ellos, sufrieron el tormento de la sed; sin embargo, siguieron pesadamente adelante.

—¡Tiene que haber agua! ¡Tiene que haber agua! —mascullaba Crump, y no paraba de repetirlo una y otra vez.

—¡Cierra el pico! —rugió Minsky.

—¡Tiene que haber agua! ¡Tiene que haber agua! —decía Crump con voz ronca.

El interminable día transcurrió lentamente al ritmo de su marcha, de sus pesados pies; y no había agua. Un castigo incesante, el implacable sol que les abrasaba a través del casco, a través del cráneo, a través del cerebro, conjurando extrañas visiones y alucinaciones. Crump intentaba repetidamente tragar, pero no había saliva en su boca y su garganta se negaba a responder a su voluntad. Ya no sudaba. Eran unas cáscaras secas, animadas solo por el deseo de vivir y por la codicia. Era difícil decir cuál de estas dos fuerzas motivadoras era más fuerte, cuál lucharía más, el oro o sus vidas.

Con los labios resquebrajados e hinchados, Crump balbuceaba hablando de su vida pasada, de sus «antiguas mujeres», de comida y de bebida, de los hombres a los que había matado y de las muchachas a las que había poseído. Después se echó a reír, con una risa seca y cacareante.

Minsky le miró.

—¡Cierra el pico! —gruñó—. Te estás volviendo loco.

—*Sir* Thomas Crump —murmuró Crump—. Esto es lo que soy: *sir* Thomas Crump; y tú eres mi criado. Eh, Minsky, tráeme el monóculo y las zapatillas. Voy a hablar con el rey, y tomaré tarta de carne con riñones y dos litros de agua, agua, agua.

—Qué plomo —masculló Minsky.

Durante un rato avanzaron con grandes dificultades en silencio, siempre aguzando la vista para ver señales de agua. Minsky notaba que perdía la cabeza. En diversos momentos vio arroyos y charcas, y una vez un lago donde navegaban barcos; pero sabía que eran alucinaciones, y cada vez le costaba un esfuerzo mayor volver a la realidad.

Se estaban debilitando con gran rapidez. Cada pocos minutos se veían obligados a detenerse y descansar; pero no se atrevían a dejar su carga, pues sabían que no tendrían fuerza suficiente para volver

a levantarla. Permanecían de pie uno o dos minutos, oscilando y jadeando, y después una vez más emprendían el atroz esfuerzo.

Minsky, el más fuerte y decidido, iba unos metros delante de Crump cuando tropezó contra una roca, oculta en la hierba, y cayó. No intentó levantarse de inmediato, pues, al estar tumbado, decidió quedarse unos minutos en esa posición para descansar.

Crump se acercó tambaleante a Minsky.

—No la bebas toda —gritó—. ¡Deja un poco para mí, canalla!

Creía que Minsky, que había caído de bruces con el rostro pegado al suelo, había encontrado agua. Tuvo que pararse y descansar de nuevo. Cada vez que plantaba un pie, apenas podía levantarlo del suelo sin caerse. Oscilaba de lado a lado y hacia delante y hacia atrás, tratando de mantener el equilibrio; entonces se tambaleó hacia delante unos pasos más. Al fin llegó adonde estaba Minsky, y, poniéndose de rodillas, bajó la cabeza al suelo en busca de agua. Lanzó horribles maldiciones, aplicando toda clase de epítetos ofensivos para insultar a Minsky.

—Te la has bebido toda —se quejó—. Te la has bebido toda. No me has dejado ni una gota.

—No había agua —dijo Minsky—. Simplemente me he caído. He tropezado. Voy a quedarme aquí tumbado y descansar unos minutos.

Crump no respondió; y entonces se echó a llorar.

—Creía que había agua —balbuceó.

Durante media hora yacieron donde habían caído, cobrándose el sol su precio de las pocas fuerzas que les quedaban; luego Minsky hizo ademán de levantarse.

—Será mejor que nos movamos —dijo—. Creo que he oído algo.

—¿Qué? —preguntó Crump.

—Agua —dijo Minsky—. La oigo fluir. Está debajo de este barranco, justo enfrente de nosotros.

Crump escuchó con atención.

—Sí —dijo—. Yo también la oigo. No podríamos estar equivocados los dos. —No lo estaban, pues unos metros más adelante, al fondo de un barranco poco profundo, discurría un arroyuelo hacia la llanura, salpicando las rocas y la grava de su lecho.

Minsky hizo ademán de levantarse.

—Podemos dejar el oro aquí —dijo— y recuperarlo después. —Laboriosamente intentó levantar el cuerpo del suelo, pero sus brazos cedieron bajo él y volvió a caer de bruces; entonces Crump trató de ponerse en pie. Se puso de rodillas, pero no pudo hacer más —. Levántate, amigo —dijo a Minsky— y ve a buscarme agua.

—Vete al infierno —dijo Minsky—. Levántate tú. —Pero no obstante volvió a intentar levantarse, y de nuevo cayó, derrotado.

Crump le golpeó.

—Levántate, estúpido —gritó— y ve por agua, o moriremos los dos.

De nuevo Minsky hizo un esfuerzo. Crump trató de ayudarle, tirando de la espalda de su camisa; y al fin Minsky se puso de rodillas. Intentó poner un pie delante; pero el esfuerzo le hizo perder el equilibrio y cayó de lado.

—¡Levántate! ¡Levántate, cerdo! —chilló Crump.

—No puedo —dijo Minsky.

—Sí, sí puedes. —La voz de Crump era un grito ronco—. Sí puedes. Te quedas ahí tumbado aguardando mi muerte, para quedarte con mi oro; pero yo te enseñaré, yo te enseñaré…, jamás lo tendrás.

Se volvió y revolvió en su chaqueta hasta que hubo encontrado un trozo grande de oro virgen. Se inclinó sobre Minsky, con el gran pedazo de reluciente metal en la mano.

Minsky yacía de costado, tal y como había caído.

—Jamás te quedarás con el mío —dijo Crump—, pero yo me quedaré con el tuyo.

Levantó el pedazo de oro y lo bajó pesadamente sobre la sien de Minsky. El hombre experimentó unas convulsiones y se quedó inmóvil.

—Esto te enseñará —gruñó Crump, y volvió a golpearle; luego, en un súbito frenesí de furia enloquecida, golpeó con el metal una y otra vez el cráneo del hombre hasta reducirlo a una sangrienta pulpa de hueso y cerebro.

Se sentó en cuclillas y supervisó su trabajo. Se echó a reír.

—Te dije que te mataría —dijo—. La próxima vez que te lo diga, me creerás.

Se había vuelto completamente loco.

—Ahora todo el oro es mío, el tuyo y el mío.

De alguna manera logró ponerse de rodillas, tomó el hatillo de oro de Minsky e intentó echárselo al hombro, pero ni siquiera pudo levantarlo del suelo. Lo intentó una y otra vez, pero cada vez estaba más débil, y al fin se volvió y se arrojó sobre su oro. Agarrándolo con dedos codiciosos, prorrumpió en sollozos.

En el barranco, el arroyuelo, fresco y claro, relucía y jugueteaba a la luz del sol.

XXX
Nuestro primer hogar

Tarzán no había tenido prisa por encontrar el camino más fácil que descendía desde la meseta de Alentejo. No había otro asunto de mayor importancia: hallar al hombre que le había robado el nombre y le había dado mala fama; asimismo, estaba la cuestión de la comida. La observación le había asegurado que había poca o ninguna caza que encontrar al pie de las colinas o en la llanura; por lo tanto, decidió penetrar en las colinas pues tanto él como Chilton debían comer.

A Chilton, lo que más le interesaba era salir del país; pero pronto descubrió que no tenía voz en el asunto, a menos que quisiera ir solo. Era Tarzán quien tomaba todas las decisiones; y todo cuanto hacía, lo hacía sin prisa. Chilton le consideraba perezoso, pero Chilton nunca le había visto actuar en una emergencia.

En muchos aspectos le recordaba una bestia salvaje, en particular un león. Los leones se mueven despacio con cierta perezosa majestad. Son inconscientes del paso del tiempo; pero Chilton sabía que cuando un león se excitaba era una criatura muy diferente, y se preguntó si eso mismo le ocurriría a Tarzán en caso de viva excitación.

La caza le hizo adentrarse en las colinas. Resultó fructífera y tuvieron carne para comer junto con la fruta y las verduras que Tarzán había recogido.

El hombre mono había dividido su presa, dándole la mitad a Chilton, que se quedó horrorizado cuando vio que su compañero se llevaba su parte a cierta distancia, se ponía en cuclillas y desgarraba la carne cruda con los dientes como una bestia salvaje; pero aún se

horrorizó más cuando oyó los rugidos bajos que brotaban del pecho del hombre mono mientras se alimentaba.

Chilton miró el gran pedazo de carne cruda que tenía en sus manos. Por fin se atrevió a hablar.

—Verás, yo… no creo que mi estómago aguante esto crudo.

—Cuécelo —dijo Tarzán.

—Pero no tenemos cerillas —se quejó Chilton.

—Recoge un poco de madera —le dijo el hombre mono—. Te encenderé fuego.

Al día siguiente vagaron por el lugar, sin rumbo, pensaba Chilton; pero no vagaban sin rumbo en lo que a Tarzán se refería. Cada vez que entraba en un nuevo territorio lo estudiaba, pues tal vez tuviera que volver. Se fijaba en cada señal y nunca olvidaba ni una. Descubrió dónde había agua y de qué dirección soplaba el viento, y la naturaleza de la caza y dónde podría hallarla. Tarzán podía parecer perezoso e indiferente a ojos de Chilton, pero eso era porque el hombre no estaba familiarizado con las costumbres de Tarzán u otras bestias salvajes.

Descendían por las colinas hacia la llanura cuando Tarzán se detuvo en seco, alerta al instante.

Chilton se paró también y miró alrededor.

—¿Ves algo? —preguntó.

—Allí hay un hombre blanco —dijo Tarzán—, y está muerto.

—No veo nada —replicó Chilton.

—Yo tampoco —aseguró Tarzán mientras echaba a andar en la dirección que había indicado.

Chilton estaba desconcertado. Para él no significaba nada una suave brisa que soplaba directamente a su cara. Se preguntó si su compañero no estaba un poco chalado, y le gustaría haber apostado algunas libras a que allí no había ningún hombre muerto. Si fuera Rand, podría hacer una apuesta. Rand siempre estaba dispuesto a apostar por cualquier cosa.

—Después subieron una pequeña elevación y a sus pies, cerca del borde del barranco, vieron los cuerpos de dos hombres. Chilton miró con ojos como platos.

—Pregunto —dijo—, ¿cómo lo sabías?

—Gracias a un entrenamiento que no está incluido en el plan de estudios de Oxford o de Cambridge —respondió el hombre mono

con una leve sonrisa.

—¿Dónde lo aprendiste? Es extraordinario —exclamó Chilton.

Se detuvieron junto a los dos hombres y Tarzán se quedó mirándoles.

—Los dos están muertos —dijo—. Murieron de sed y de agotamiento. —Se inclinó y examinó sus fardos.

—¡Oro! —exclamó Chilton—. Dios mío, menuda cantidad; y mira el tamaño de esas pepitas. No son pepitas, son trozos, trozos de oro puro.

—El precio de dos vidas sin valor —dijo el hombre mono—; pero es muy típico del hombre civilizado que hayan muerto a pocos metros de donde hay agua para no abandonar su oro.

—Habrían estado mejor en Alentejo —dijo Chilton.

—Es mejor que estos dos canallas hayan muerto —replicó Tarzán.

—¿Les conocías?

—Les conocía. Este intentó matarme. —Tocó con el pie el cuerpo de Crump.

Chilton tomó los dos fardos de oro.

—Una bonita fortuna, ¿eh? —comentó.

Tarzán se encogió de hombros.

—¿Te gustaría llevártela? —preguntó.

—¿Y acabar así? —Chilton señaló a los dos hombres—. Gracias; pero tengo todo cuanto necesito, si puedo salir de aquí.

—Entonces, vámonos —dijo el hombre mono.

* * *

El sol se derramaba sobre el rostro semidespierto de Sandra, pero la muchacha no abrió los ojos. Había estado soñando con su hogar, y creía que se hallaba en su cama en casa de su padre. Después se le ocurrió que su cama era muy dura, y abrió los ojos y vio el cielo azul. Todavía no estaba completamente despierta cuando miró a su izquierda y vio colinas, y árboles, y un arroyuelo. Por un instante pensó que estaba soñando; y después volvió la cabeza en la otra dirección y vio a un hombre que dormía a poca distancia de ella; entonces recordó, y momentáneamente se sumió en el desaliento. Era como si de pronto la hubieran arrebatado de su

casa y llevado a un mundo extraño, un mundo salvaje, peligroso; pero cuando sus ojos se posaron en el hombre se sintió satisfecha; y pensó: mejor aquí con él que en cualquier otra parte del mundo sin él.

Se levantó en silencio y se acercó al arroyuelo y bebió; luego se lavó las manos y la cara en el agua fresca y transparente. Recordó que la noche anterior había oído rugir un león y que había tenido miedo; pero estaba tan exhausta que se había quedado dormida a pesar de la amenaza que el rugido significaba. Ahora le habría sorprendido, y aterrado también, saber que por la noche el león había ido por el lado opuesto del arroyuelo y se había quedado allí mirándoles mientras ellos dormían a la luz de la luna. Permaneció largo rato observándoles; y después se dio la vuelta y se alejó con paso majestuoso, pues el olor de un blanco era desconocido a su olfato y las bestias salvajes son cautas con lo que no conocen; además, tampoco estaba vorazmente hambriento.

Cuando la muchacha se dio la vuelta otra vez, el hombre estaba sentado mirándola y se intercambiaron un saludo de buenos días.

—¿Has dormido bien? —le preguntó él.

—Sí; y estoy muy descansada.

—Muy bien, pero hoy nos quedaremos aquí para que puedas recuperar fuerzas.

Ella miró alrededor.

—Esto es el paraíso —dijo—. Casi me gustaría quedarme aquí para siempre. Es la primera vez en semanas que me he sentido segura y he sido feliz.

Pasaron el día descansando y hablando, pues tenían muchas cosas que contarse. Ella le habló de su casa, de su madre a la que había perdido cuando era pequeña, y del padre, cuya compañera desde entonces había sido siempre.

Él solo pudo retroceder dos años, al día en que se había encontrado en el castillo de Alentejo; antes de esa fecha no sabía nada. Del futuro poco había que decir, salvo comparar expectativas.

—Una de las primeras cosas que haré —le dijo ella— será averiguar quién eres. Una cosa de ti sé segura, y de otra estoy casi segura.

—¿Qué, por ejemplo? —preguntó él.

—Bueno, sé que eres un caballero.

—¿Los caballeros secuestran muchachas y se las llevan cautivas? —preguntó él.

—Ese no eras tú, el auténtico tú —le defendió ella.

—Espero que no —dijo él—. Bueno, ¿cuál es la otra cosa que crees saber de mí?

—Estoy segura de que eres americano. He conocido a muchos de todas partes de América, y tienes un acento típico de los que viven en los estados del sur.

Él meneó la cabeza.

—Yo he dejado de intentar recordar. A veces pensaba que me volvería loco tratando de forzarme a recordar algo de mi vida pasada. Tal vez, si la recuerdo, desearé no haberlo hecho. Imagina que fuera un criminal, un fugitivo de la justicia. Que sepamos, podría ser un asesino o un ladrón.

—A mí no me importaría —dijo ella.

Él la estrechó entre sus brazos y la besó.

—Odiaré irme de este lugar —dijo ella—; pero siempre guardaré su imagen en mi mente.

—Y yo también —coincidió él—. ¡Nuestro primer hogar! Sin embargo, mañana debemos marcharnos y abandonar las colinas.

XXXI
«Te mataré»

A la mañana siguiente, cuando Chilton despertó, se encontró solo. Miró alrededor pero no vio señales de su antiguo compañero.

—Me pregunto si ese tipo me habrá abandonado —dijo para sí —. No parecía de esa clase; aunque nunca se sabe. Estos hombres salvajes están todos algo chalados, según me han dicho. Bueno, ¿por qué no puede ir solo? Yo no le sirvo de gran cosa. Ha de alimentarme y encontrar agua para mí; e imagino que tendría que protegerme, en caso de que hubiera problemas. Por supuesto, yo podría encontrar el camino para salir de aquí; pero después de haber estado con él tanto tiempo, imagino que él mismo puede encontrarlo si quiere. Da la impresión de que no hay nada de este país que ese tipo no conozca.

Miró alrededor otra vez, intranquilo.

—Tarzán, o como sea que te llames, ¿dónde demonios estás? —gritó. «Resultaría muy embarazoso que me quedara aquí solo», pensó.

Después oyó un ruido detrás de él, y al volverse reconoció de pronto al hombre mono, que traía un joven cerdo salvaje y un poco de fruta. Chilton exhaló un suspiro de alivio, pero nada dijo de sus temores a Tarzán.

—Has tenido suerte —dijo Chilton, señalando hacia el cerdo.

—He tenido mejor suerte que esto —aseguró Tarzán—. Anoche estuve pensando en aquellos dos cadáveres que encontramos ayer, y se me ocurrió que posiblemente podrían darme una clave en cuanto al paradero del hombre al que estoy buscando; así que he vuelto allí para rehacer sus pasos.

—No me digas que esta mañana has vuelto atrás.

—He ido bastante más lejos; pero he salido de aquí un par de horas antes de que amaneciera. Había poca luz cuando he llegado adonde estaban ellos y he seguido sus huellas hasta que he encontrado el rastro de un hombre blanco que se dirige hacia el oeste. Iba descalzo, el hombre que dejó las huellas. Hay muy pocos hombres blancos en esta parte del país y ninguno, que yo sepa, aparte de mí y de este impostor, que vaya sin botas. Las huellas eran de hace aproximadamente un par de días, pero es lo único que necesito. Ahora sé que pronto le encontraré y le mataré. En cuanto hayamos comido, retrocederemos y seguiremos ese rastro.

—No tienes que matarle realmente, ¿verdad? —preguntó Chilton—. Me parece demasiado frío.

—¿Por qué no debería matarle? —preguntó Tarzán.

—Tal vez tenga una buena razón. Quizá pueda explicarlo.

—¿Cómo puede explicar que me robara el nombre y las mujeres e hijas de mis amigos? —preguntó el hombre mono—. Si le encuentro, tendrá que hablar muy rápido. Tendrá que decir todo lo que jamás dirá en el tiempo que tarde en alcanzarle mi flecha desde el instante en que mis ojos se posen en él.

—Bueno, al fin y al cabo, mi querido amigo, no puedes hacer eso, lo sabes. No se hace. No es humano. Los hombres civilizados no hacen cosas así.

—No estás hablando con un hombre civilizado —replicó Tarzán.

—Sí —dijo Chilton—, me lo temía.

Las hienas estaban desgarrando los cuerpos de Crump y de Minsky cuando los dos hombres llegaron hasta ellos. Esta visión consternó a Chilton; pero Tarzán de los Monos pasó de largo junto a ellos, sin mirarles siquiera.

Después llegaron al rastro que Tarzán iba a seguir y torcía a la izquierda. Chilton no veía ninguna prueba de que nadie hubiera pasado por allí antes; pero Tarzán seguía el rastro con largos pasos, sin perderlo.

Llevaban casi una hora andando cuando de pronto Tarzán se detuvo y Chilton vio que aguzaba el oído.

—Alguien viene —dijo después—. Me adelantaré. Tú sígueme, despacio.

Partió entonces a un ágil trote con el que recorrió el terreno rápidamente.

—Es la persona más asombrosa —suspiró Chilton—. No veo a nadie, no oigo a nadie. ¿Cómo demonios sabe que hay alguien? Pero apuesto a que tiene razón. Resulta extraordinario, sumamente extraordinario.

Tarzán avanzaba con celeridad y en silencio hacia el lugar de donde procedía el ruido que había oído. Al principio le había parecido un ruido que se sobreponía al crujido de las hojas y al murmullo de los insectos. Sin embargo, a los oídos de Tarzán llegó el sonido de voces humanas. Esto le desconcertó, porque el rastro que seguía era de una sola persona; y, no obstante, estaba demasiado lejos para identificar las voces, que podían ser de hombres negros o de blancos. De lo que estaba seguro era de que se trataba de voces.

Sandra y el hombre que creía ser Tarzán caminaban cogidos de la mano hacia el lecho del valle. Eran felices. A Sandra le parecía que semejante felicidad jamás podría desaparecer. Hervía de optimismo y esperanza. Tal vez era la reacción natural después de tantas semanas de no tener hogar, o quizá prefirió hacer caso omiso de las posibilidades del futuro. A ella le bastaba estar con el hombre al que amaba. Era bueno que no pudiera saber que un hombre dotado de todo el salvajismo de una bestia atravesaba en silencio la jungla, acercándose cada vez más con el propósito de asesinar en su corazón, con la intención de matar a aquel hombre.

Y entonces, de pronto, se plantó ante ellos.

—¡Tarzán! —exclamó ella—. Oh, Tarzán, creía que habías muerto.

El hombre mono no respondió. Sus fríos ojos grises estaban fijos en el hombre que decía ser Tarzán. Nunca le había visto; pero no tuvo que preguntar si era el hombre que buscaba. Su atuendo se lo indicó, así como el hecho de que se encontraba con la muchacha que había secuestrado.

Tarzán se acercó mucho y se paró. Arrojó sus armas al suelo.

—Suelta tu arco y tu lanza —ordenó.

El otro estaba perplejo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque voy a matarte; pero te daré una oportunidad.

El otro arrojó sus armas.

—No sé por qué quieres matarme —dijo—; pero eres libre de

intentarlo. —No demostraba miedo alguno.

—Voy a matarte porque has mancillado mi nombre y robaste las mujeres y las niñas de mis amigos. O las mataste o las condujiste a la esclavitud. Mis amigos creen que fui yo; y se han vuelto contra mí. ¡Ahora mato!

De repente Sandra se interpuso entre los dos hombres, mirando a Tarzán a la cara.

—Debes escucharme —dijo—. No mates a este hombre.

Tarzán la miró con sorpresa.

—¿Por qué no? —preguntó—. Además de lo que me hizo a mí, te secuestró y te llevó cautiva. Solo por eso debería matarle.

—No lo entiendes —dijo Sandra—. Por favor, escúchame. Este hombre no es un mal hombre. Le ocurrió algo. Ha perdido la memoria. No sabe quién es; pero yo le he convencido de que no es Tarzán. Cristóforo da Gama, rey de Alentejo, le obligaba a hacer las cosas que hacía. Debes creerme. Este hombre es un caballero y un buen hombre.

—¿Eso es todo? —preguntó Tarzán.

—No —respondió la muchacha.

—¿Qué más hay?

—Le quiero.

Tarzán se volvió al hombre.

—¿Qué tienes que decir? —preguntó.

—*Miss* Pickerall dice la verdad. No sé quién soy. Hasta que ella me dijo otra cosa, realmente creía que era Tarzán de los Monos. No sabía que las cosas que hacía estaban mal. Ahora estoy tratando de reparar el daño que he hecho. Estoy intentando llevar a *miss* Pickerall de nuevo junto a su padre. No puedo devolver la vida a los que yo causé su muerte, ni puedo liberar a los que hice cautivos. Ojalá pudiera.

Tarzán había estado observando al hombre con atención y ahora permaneció en silencio unos instantes mirándole; luego se inclinó y recogió sus armas. Tenía una excelente habilidad para conocer a la gente y creyó al hombre.

—Muy bien —dijo—. Te ayudaré a llevar a *miss* Pickerall junto a su padre. Él decidirá lo que hay que hacer contigo.

El otro inclinó la cabeza.

—Me parece satisfactorio —dijo—. Lo único que me preocupa es

devolverla sana y salva.

—Ahora sé que todo nos irá muy bien —dijo Sandra al hombre mono, ahora que tú estás con nosotros.

—¿Dónde está el resto del grupo? —preguntó Tarzán.

—A Pelham Dutton le mataron unos grandes simios hace un par de días —respondió la muchacha—. A los otros hace mucho tiempo que no les he visto.

—Crump y Minsky han muerto —anunció Tarzán—. Ayer encontré sus cuerpos. Murieron de sed y de agotamiento.

—Solo quedamos nosotros —dijo el hombre que se hacía llamar Tarzán.

—¡Mirad! —exclamó Sandra, señalando—. Viene alguien. ¿Quién es?

XXXII
Rand

Francis Bolton-Chilton avanzaba con dificultad en la dirección que Tarzán había tomado, pero no estaba seguro de que fuera la dirección correcta. No conocía la jungla. El rastro de Tarzán habría sido fácil para este y para cualquier otro habitante de la jungla. Allí no había senderos. Era un bosque abierto prácticamente sin maleza.

—¿Cómo espera ese puñetero salvaje que le siga? —murmuró Chilton—. Se limita a decir: «Sígueme», y va y desaparece. Es el tipo más extraordinario que jamás he visto; buena gente, aunque esté un poco chiflado, corriendo por ahí vestido con un simple taparrabos, comiendo carne cruda y rugiendo como un león en el zoológico mientras come. A veces me pone la piel de gallina; pero me inspira confianza. Por alguna razón me siento a salvo cuando está cerca, aunque nunca sé en qué momento puede saltar sobre mí y pegarme un bocado. Qué absurdo, ¿no?

Por casualidad, tropezó con los dos hombres y la muchacha.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dos de ellos! —gritó cuando vio a otro hombre vestido exactamente igual que Tarzán.

Sandra lanzó una exclamación y señaló; Tarzán se volvió y vio a Bolton-Chilton que se aproximaba.

—Amigo mío —dijo simplemente.

Cuando Bolton-Chilton estuvo más cerca y vio mejor al hombre que se había hecho llamar Tarzán, se apresuró hacia él tendiéndole la mano.

—¡Dios mío, Rand! —exclamó—. Es maravilloso, amigo. Te creía muerto desde hace dos años. El hombre al que había llamado Rand frunció el entrecejo con perplejidad e hizo gestos de negación con la cabeza.

—Debes de estar confundido —dijo—. Nunca te he visto.

Chilton dejó caer la mano.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Quieres decir que no me recuerdas? Soy Francis… Francis Bolton-Chilton.

El otro meneó la cabeza.

—Nunca he oído ese nombre —dijo.

Sandra se volvió a Bolton-Chilton.

—¿Le conoces? —preguntó impaciente.

—Claro que le conozco —dijo Chilton—. ¿Qué demonios quiere decir con eso de que no me conoce? No lo entiendo.

—Algo le ocurrió —explicó Sandra—. No recuerda nada salvo lo que le ha ocurrido durante los últimos dos años. Dile quién es.

—Es Colin T. Randolph Jr., un americano de Virginia Occidental.

—¿Lo ves? Yo tenía razón —dijo Sandra a Rand—. Te dije que eras un americano del Sur.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Chilton.

—En Alentejo —respondió Rand—. ¿Estás seguro de que me conoces? ¿No puede haber ningún error?

—Absolutamente ninguno, amigo.

Una expresión de alivio asomó a los ojos de Rand.

—Qué bien saber que hay alguien que conoce mi identidad, aunque yo no pueda recordarlo —dijo—. Tal vez algún día recupere la memoria.

—¿Lo sabes todo de él? —preguntó Sandra.

—Casi todo lo que hay que saber. Volamos juntos en España durante un año. Los hombres se hacen muy íntimos en semejantes circunstancias, y hablaba mucho de su hogar y de su vida pasada. Por ejemplo, incluso sé los nombres de los criados de la casa de su padre, aunque nunca he estado allí; y Rand conocía otro tanto de mí… antes de que ocurriera esto.

—Entonces tú… —la muchacha vaciló—. ¿Sabes si… si…? —Se calló en seco—. Si está casado —preguntó al fin con voz muy débil.

Bolton-Chilton sonrió e hizo gestos de negación con la cabeza.

—No, querida jovencita —dijo—, a menos que se haya casado en estos dos últimos años.

—Creo que él lo sabría —dijo Sandra sin gran convicción.

—Sí, es bastante corriente saber si uno está casado —coincidió

Chilton.

Tarzán había estado escuchando con interés. Se alegraba de que las esperanzas de la muchacha no se hubieran visto frustradas y aún se alegraba más de no haber matado a aquel hombre; pero ahora que el misterio estaba a punto de resolverse, había que considerar una cosa más importante. Se enfrentaba con la responsabilidad de sacar a tres personas de un territorio hostil y atravesar otro antes de que ninguno de ellos pudiera considerarse ni remotamente a salvo, y quería hacerlo cuanto antes.

—Vamos —dijo—, hemos de irnos.

—¿Adónde? —preguntó Rand.

—Se supone que hay un camino fácil que sale de este valle. Lo estoy buscando.

—Nosotros también lo buscábamos.

Tarzán avanzaba a paso rápido y no hubo tiempo de conversar hasta que aquella noche acamparon. Hacía frío, pero hicieron una fogata y se reunieron a su alrededor para asar pedazos de la carne que Chilton y Tarzán llevaban consigo, restos de lo que Tarzán había matado el día anterior.

A Sandra la estuvo consumiendo durante toda la marcha la curiosidad por saber más de Colín T. Randolph Jr., de labios de Bolton-Chilton. De manera que se sentó muy cerca del hombre que había creído ser Tarzán.

—Rand —dijo—. No sabes lo maravilloso que es que tengas nombre. ¿Sabes que durante todo el tiempo que te he conocido nunca te había llamado de ninguna manera?

—Bueno, estabas segura de que no era Tarzán, y tal vez estabas igualmente segura de que no era Dios.

—Bastante —coincidió ella—; pero ahora que sé quién eres, quiero saber lo que eres y todo lo relativo a ti. —Se volvió a Bolton-Chilton—. ¿Me contarás todo cuanto sepas —le preguntó—, cómo llegó aquí y todo eso?

—Con mucho gusto —dijo el inglés—. Verás, como os he dicho, Rand y yo volamos juntos en España. Finalmente, nos hartamos de tanta guerra y nos marchamos; y Rand se quedó un tiempo en Inglaterra conmigo antes de partir hacia América.

»Hay una cosa que debes saber de Rand. Es un jugador empedernido. No quiero decir de cartas o dados ni nada de eso.

Quiero decir que siempre está apostando por algo. Apostaba veinte libras a que una gota de lluvia llegaría al final de un cristal antes que otra gota. Antes de partir en una misión, apostaba a que regresaría o apostaba a que no regresaría. Tú podías decidir. Él apostaba por cualquier cosa a favor o en contra, solo por el placer de apostar. Por eso está aquí; y por eso estoy yo aquí; y, evidentemente, por eso estás tú aquí.

—Y por qué estoy yo aquí —añadió Tarzán.

—Lo siento, pero no veo qué tiene que ver —dijo Sandra—. No creo que apostara a que vendría a África y me secuestraría. Nunca había oído hablar de mí.

—Intentaré explicarlo —dijo Bolton-Chilton—; aunque debo retroceder un poco. Veréis, Rand solía hablar mucho de Tarzán de los Monos. Era una obsesión suya. Decía qué había leído mucho sobre él durante años y le admiraba tanto que decidió imitarle; de manera que aprendió a hacer tantas cosas como pudo de las que Tarzán hacía. Desarrolló su psique hasta que fue tan fuerte como un joven simio macho y tan ágil como un felino. Practicó el tiro al arco hasta que adquirió bastante buena puntería. Me dijo que solía ganar todos los torneos en los que participaba.

»Tenía la ambición de venir a África e intentar vivir como Tarzán; y yo solía burlarme de él y le decía que moriría de hambre al cabo de una semana si se instalaba solo en África Central, es decir, si algún león no se lo comía antes de que él muriera de hambre; pero nunca admitió que existiera ninguna probabilidad de una cosa ni de la otra. Por supuesto, todo era broma, y ninguno de nosotros pensó jamás que realmente lo intentaría. Eso ayudaba a pasar el tiempo cuando no estábamos en el aire.

Rand escuchaba con tanto interés como Sandra y Tarzán, pues para él la historia era nueva. Tenía el entrecejo fruncido en un concentrado esfuerzo por recordar. Sandra se fijó en la expresión tensa que había en sus ojos y le tomó la mano.

—Tranquilízate —dijo—. Algún día todo volverá a ti. No intentes forzarlo.

—Es como una buena historia sobre otra persona —dijo él con una sonrisa irónica—; pero si está hablando de mí, me hace parecer como un auténtico bobo.

—En absoluto —dijo Chilton—. Lo eras todo menos eso; y desde

que conocí al Tarzán auténtico, creo que conseguiste imitarle bastante bien.

—Sigue con la historia —dijo Sandra—. ¿Cómo acabó aquí?

—Bien, después de regresar a Inglaterra —prosiguió Bolton-Chilton—, un día estábamos sentados en mi club, leyendo los periódicos, cuando Rand tropezó con una historia de Sudáfrica sobre un muchacho nativo que había sido capturado por un grupo de babuinos. Actuaba igual que ellos y corría a cuatro patas la mayor parte del tiempo; y no sabía una palabra de ninguna lengua, solo conocía el lenguaje de los babuinos, si es que hay alguno. «Mira», me dijo Rand, mostrándome el artículo, «esto demuestra lo que digo. Si ese muchacho ha podido hacerlo, yo también podría».

»"Pero él era nativo y no conocía otro tipo de vida. Si los babuinos se lo llevaron, le alimentaron y protegieron. Tú estarías solo. No, jamás podrías hacerlo. No durarías una semana", le dije.

»"Mil libras a que puedo", dijo Rand.

»Así que acepté. Discutimos el asunto durante una hora, y la apuesta finalmente se quedó en esto: yo tenía que llevarle en avión hasta África Central; y después de que encontráramos un lugar en un buen terreno de caza donde aterrizar, iba a dejarle allí y recogerle al cabo de un mes. Iba a disfrazarse como Tarzán y llevaría solo las mismas armas que portaba Tarzán. Sin embargo, yo tenía que volar hasta esa zona donde estaba cada varios días; y si estaba vivo, me haría señales de humo con una hoguera; una columna de humo significaba que estaba bien, dos columnas de humo significaban que necesitaba ayuda. Si resistía un mes, ganaba mil libras. En caso contrario, yo ganaba esa cantidad.

»Despegamos en la nave de Rand y todo fue estupendamente bien al principio. Al acercarnos al punto donde queríamos empezar a buscar un lugar para aterrizar, Rand se cambió de ropa y se puso la vestimenta de Tarzán: taparrabos, cuchillo, cuerda, arco y flechas y el resto del equipo.

»Encontramos un terreno bastante accidentado con montañas y nubes bajas. No era muy bueno, pues no había lugar para aterrizar y las nubes parecían estar descendiendo; así que decidimos ir por encima de ellas. Las nubes eran muy espesas y volábamos a ciegas, y de vez en cuando el pico de alguna montaña sacaba la nariz demasiado cerca para estar tranquilos; entonces, de repente, el

motor se paró.

»Rand me dijo que saltara. No podíamos hacer otra cosa. Intentar un aterrizaje forzoso en aquellas circunstancias habría sido un suicidio; así que salté y fue la última vez que vi a Rand hasta el día de hoy. De eso hace dos años.

»Caí en una meseta no lejos de una aldea de nativos. Me quedé donde estaba mientras observaba para ver si Rand caía; pero no cayó; y entonces me dirigí a la aldea. Era la aldea de Alí el sultán; y allí he estado desde entonces, como esclavo, trabajando parte del tiempo en la mina de oro más fabulosa que jamás he visto o de la que haya oído hablar. Bueno, más o menos, esta es toda mi historia.

—¿Y tú, Rand? —preguntó Sandra—. ¿Esto te hace recordar algo?

—Solo explica cómo llegué a Alentejo —respondió Rand—. Dijeron que había caído del cielo; o sea que debí de aterrizar cerca del castillo de Da Gama; pero no recuerdo nada de todo ello. Tengo que aceptar lo que dice Bolton-Chilton; pero todo resulta muy desconcertante. No sé nada de pilotar un avión.

Bolton-Chilton meneó la cabeza.

—Quizá ahora no —dijo—, pero eras uno de los mejores pilotos que jamás he visto.

—Me pregunto qué se hizo del avión —señaló Sandra.

—Debió de estrellarse en algún lugar cerca de Alentejo —sugirió Bolton-Chilton.

—Si hubiera sido así, me habría enterado —dijo Rand—, y ningún Alentejo informó nunca de nada parecido.

—Otro misterio —dijo Sandra.

XXXIII
Un aeroplano

A la mañana siguiente echaron a andar hacia la llanura, en busca del sendero que conducía al terreno bajo. Durante el trayecto, pasaron junto a los huesos esparcidos de Crump y Minsky, ahora ya casi limpios por las hienas, los chacales y los buitres. Se detuvieron un momento a contemplar los dos fardos de oro que habían contribuido en tan gran medida a la muerte de aquellos hombres. Chilton levantó primero un fardo y después el otro.

—Debe de haber entre veinticuatro mil y cincuenta mil libras —dijo—. Una bonita suma.

—Bueno, supongo que se tendrá que quedar aquí para los gallas o los alentejos —observó Rand.

Después siguieron su camino, sin remordimientos, hacia la llanura. No encontraron el sendero que los gallas y los alentejos conocían; y se hallaban a kilómetros de él cuando llegaron a un saliente largo y llano a varios centenares de metros por encima de la llanura principal. Era un tramo sin árboles, de uno o dos kilómetros de largo y menos de uno de ancho, cubierto de alta y exuberante hierba. Se encontraba muy lejos del camino trillado de los gallas o los alentejos y, tal vez, jamás había sido pisado por el hombre blanco. Tarzán, que iba a la cabeza del grupo cuando llegaron allí, se detuvo y señaló.

—¡Mirad! —exclamó—. Un aeroplano.

Los otros se agolparon a su alrededor con gran excitación.

—¡Qué suerte! —exclamó Sandra—. Tal vez pueda sacarnos a todos de aquí.

—¡Dios mío! —exclamó Bolton-Chilton—. No puede ser… no puede ser posible; si ese no es el aeroplano de Rand, me lo comeré.

Lo reconocería desde tan lejos como pudiera verlo.

—No parece posible —observó Sandra—, porque ese aeroplano sin duda no se ha estrellado nunca.

—Bajemos a echar un vistazo —dijo Bolton-Chilton—. Sería de lo más extraordinario si pudiéramos irnos en avión, ¿no os parece?

—No hay muchas probabilidades de eso —dijo Sandra—, después de haber pasado dos años a la intemperie. La estructura debe de estar muy estropeada.

—En absoluto —le aseguró Bolton-Chilton—. Es un aeroplano de metal, íntegramente.

Tardaron casi una hora en descender hasta la meseta y una vez allí se encaminaron hacia el aeroplano.

—Es el de Rand sin duda alguna —declaró Bolton-Chilton—, y desde aquí parece estar en tan buen estado como siempre. No parece que esté estropeado ni el tren de aterrizaje.

Y cuando llegaron al aparato, vieron que estaba bien. Aunque tenía los neumáticos deshinchados, por lo demás parecía hallarse en perfecto estado.

—Rand debió de aterrizar —dijo Sandra—; pero, claro, lo ha olvidado.

—No creo que yo aterrizara —dijo Rand—, porque los alentejos insistían en que caí del cielo, es decir, que bajé flotando por mí mismo.

—El aeroplano aterrizó por sí solo —dijo Bolton-Chilton—. Por supuesto, es sumamente insólito, pero existen precedentes. Recuerdo haber leído algo de un par de aviones del ejército que habían caído en algún lugar de California, hace varios años. Su avión aterrizó perfectamente por sí solo; y el piloto fue sometido a consejo de guerra.

Colin T. Randolph Jr. dio la vuelta a su avión, examinándolo desde todos los ángulos, con un brillo de ansia en sus ojos; luego subió al ala y accedió a la cabina, seguido por los demás. Entró en el compartimiento del piloto y se sentó en su asiento. Examinó el tablero de mandos, pasando las manos por encima, como acariciándolo. Tomó el volante, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. De pronto se relajó y se volvió hacia ellos, con lágrimas en los ojos.

—¡Oh, Sandra! ¡Sandra! Estoy bien. Ahora lo recuerdo todo.

Ella se acercó y se quedó junto a él, pero la emoción ahogó las palabras que tenía en los labios.

—Vaya —dijo Bolton-Chilton—, ¿no es magnífico? Solo era necesario algo así para que recuperaras la memoria, algo a lo que en tu otra vida te sintieras muy unido; y sin duda alguna querías mucho a este aeroplano.

—Ahora recuerdo —dijo Rand despacio—. Me quedé en el aparato unos cinco minutos después de que tú saltaras; luego salté. Descendí hacia el patio del castillo de Alentejo. Ahora lo veo todo claramente… aquel asombroso castillo en esta tierra virgen, y los extraños hombrecillos con corazas de oro plantados mirándome boquiabiertos. Yo oscilaba mucho, y justo antes de caer, me estrellé contra la muralla del castillo. Esto debió de hacerme perder la memoria.

—¿Creéis que funcionará? —preguntó Sandra.

—Si no lo hace, haremos que lo haga —respondió Rand.

Mientras los otros inflaban los neumáticos, rogando fervientemente que resistieran, Rand desmontó el carburador, encontró el problema y lo arregló.

Siguió a ello una inspección y lubricación; y dos horas más tarde estaban sentados y tensos en la cabina, conteniendo el aliento, mientras Rand se preparaba para poner el motor en marcha.

Casi al instante fueron recompensados con el rugido de la hélice y el ruido del escape de gases.

—A ver si estos neumáticos resisten —dijo Rand—. Tal vez sería mejor que bajarais todos y me dejarais probarlo solo.

—No —dijo Sandra—, yo no. —Tampoco quisieron dejarle Tarzán ni Bolton-Chilton.

Rand rodó por la meseta y se puso de cara al viento.

—Si queréis llevaros ese oro —dijo Tarzán—, ahora podéis hacerlo. Hay un sitio para aterrizar no lejos de donde murieron Crump y Minsky.

—Yo no —dijo Bolton-Chilton—. Tengo todo cuanto necesito; y Rand también; y estoy seguro de que la hija de Timothy Pickerall no necesita nada más; ¿y tú, Tarzán?

Tarzán sonrió.

—¿Qué haría con el oro? —preguntó.

Rand hizo girar el aparato en la dirección del viento y siguió por

la meseta, sin dejar de acelerar. La cola se levantó del suelo. El motor ahora funcionaba a la perfección. Los neumáticos resistían.

—Gracias a Dios —murmuró Sandra, cuando el aeroplano se elevó con elegancia en el aire—. Gracias a Dios por todo.



EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 – Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo

cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado

previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.